

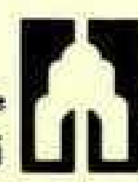
# DE PORFIRIO DIAZ A FRANCISCO I MADERO

## LA SUCESION DICTATORIAL DE 1911

LUIS LARA PARDO

REVOLUCION

Obras Fundamentales



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA REVOLUCION MEXICANA

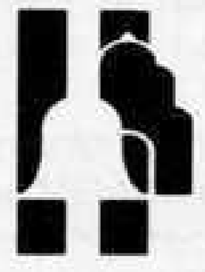
*L*a
Biblioteca de Obras
Fundamentales *de la Independencia
y la Revolución, editada para conmemorar
el inicio de la Independencia y el comienzo de
la Revolución Mexicana, no habría sido posible
sin la colaboración financiera de entidades y
dependencias de la Administración Pública
Federal y la participación de gobiernos
de los estados de la
República.*



# DE PORFIRIO DIAZ A FRANCISCO I MADERO

## LA SUCESION DICTATORIAL DE 1911

LUIS LARA PARDO



COMISION NACIONAL PARA LAS CELEBRACIONES
DEL 175 ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL
Y 75 ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION MEXICANA

**1ª edición:**
**Polyglot Publishing & Commercial Co.**
**Nueva York, 1912**

*Edición facsimilar:*


Impreso en México
*Printed in Mexico*
ISBN 968-805-277-9

COMISION NACIONAL PARA LAS CELEBRACIONES
DEL 175 ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL
Y 75 ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION MEXICANA:

---

*Presidente*
**Lic. Miguel de la Madrid Hurtado**
Presidente de los Estados Unidos Mexicanos

*Vocal*
**Lic. Antonio Riva Palacio López**
Presidente de la Gran Comisión de la H. Cámara de Senadores

*Vocal*
**Lic. Eliseo Mendoza Berrueto**
Presidente de la Gran Comisión de la H. Cámara de Diputados

*Vocal*
**Lic. Jorge Iñárritu y Ramírez de Aguilar**
Presidente de la H. Suprema Corte de Justicia de la Nación

*Secretario Ejecutivo*
**Lic. Manuel Bartlett Díaz**
Secretario de Gobernación

*Secretario Técnico*
**Lic. Juan Rebolledo Gout**
Vocal Ejecutivo del Instituto Nacional de Estudios Históricos
de la Revolución Mexicana

Los movimientos populares que le han dado rostro a México han sido producto de las fuerzas sociales. Responden no sólo a la existencia de problemas nacionales, sino a la voluntad de definir una identidad; de buscar ser una nación igual entre iguales y diferente, a la vez, a todas las demás.

Este año se cumplen 175 años del comienzo de la Independencia Nacional y 75 de haberse iniciado el proceso histórico de la Revolución Mexicana. Esta coincidencia de celebrar dos momentos fundamentales en la historia nacional ha motivado al gobierno de la República a invitar, respetuosamente, a los representantes de los poderes Judicial y Legislativo a integrar una comisión de carácter nacional para celebrar estos acontecimientos.

La Comisión Nacional ha propuesto que estas celebraciones no se limiten a los festejos y otros actos conmemorativos, sino que reflejen e inscriban en la conciencia colectiva una huella de la herencia que disfrutamos, de los valores que nos agrupan, de la enorme capacidad para vencer obstáculos que nos caracteriza y del talento para inventar juntos nuestro futuro.

De ahí la importancia de que el programa nacional de celebraciones incluya, de manera central, un esfuerzo editorial que conserve en la memoria colectiva todo aquello que los mexicanos debemos a los movimientos de Independencia y de Revolución. La reflexión ilustrada y los documentos que estos movimientos generaron son el espejo que esta Comisión desea legar a las futuras

generaciones. En este espejo se verán ellas a sí mismas hasta en sus raíces y cobrarán sentido y reconocerán su responsabilidad ante las metas superiores que pueden alcanzar sobre la firme base de los compromisos pactados en esos pasados.

La colección de obras fundamentales de la Independencia y de la Revolución es el inicio de este esfuerzo. El objetivo es hacer accesibles obras básicas que, paradójicamente escasas, aportan memoria viva a la cultura histórica del pueblo.

Han sido los criterios de selección el valor documental y la calidad historiográfica. Entre estas obras las hay que compilan documentos y legajos históricos de esencial relevancia para entender la lucha de emancipación. Otras, muestran el carácter regional y faccional que caracterizó en algunos momentos a nuestra Revolución, ayudándonos a entender sus aportaciones al proyecto de país que articula la Constitución Política de 1917. Consecuencia de esto último es el carácter polémico de varias de ellas. Pero todas las obras aquí presentadas muestran alguna faceta básica de lo que somos hoy en razón de lo que fuimos ayer.

La "Biblioteca de Obras Fundamentales", inevitablemente, sufre de ausencias notables: su papel es ser pie de futuras adiciones. Todo ello para que el compromiso de los mexicanos, especialmente los jóvenes, sea más enterado, más decidido, más visionario.

Luis Lara Pardo nació en la capital del país en 1873, y murió en esa misma ciudad en 1959. Completó la carrera de medicina, pero abandonó el ejercicio de su profesión para dedicarse al periodismo y a las letras. Fue colaborador del diario *El Imparcial* y de la revista *El Mundo Ilustrado*. Emigró después a Francia, desde donde fue corresponsal del periódico *Excelsior* y, más tarde, en Nueva York, fue jefe de redacción del diario *La Prensa*. Entre otras obras, Lara Pardo publicó *De Porfirio Díaz a Francisco Madero: la sucesión presidencial de 1911*, y *Madero: esbozo político*. Además, fue uno de los principales autores que colaboraron en el *Diccionario de geografía, historia y biografías mexicanas*.

DR. LUIS LARA PARDO.

# De Porfirio Diaz
—á—
# Francisco Madero

## La Sucesión Dictatorial de 1911



Polyglot Publishing & Commercial Co.
NUEVA YORK.
1912.

DEL MISMO AUTOR:

Estudios de Higiene Social. México, 1907.

Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicana (Parte histórica y biográfica.) México, 1910.

En los dos años de mi angustiosa expatriación, frecuentemente he tenido que resistir al impulso de dar á la prensa el fruto de mis meditaciones respecto á la difícil situación política de mi patria y, sobre todo, á su incierto porvenir velado por penumbras y preñado de tempestades. Á punto de ceder, habíame detenido, empero, la convicción de que no es siempre obra de patriotismo exhibir en tierra extraña los dolores, las miserias y las flaquezas de la propia; tanto más cuanto que la omnipotencia del gobierno que me obligó al destierro podía muy bien cerrar las fronteras á un libro que había de contener forzosamente la crítica severa del régimen imperante; y entonces ¿para qué dirigirme á los extraños en páginas que no debían ser inspiradas sino por el amor á mi infortunado país, á mi pueblo oprimido, á mi raza perseguida y proscrita? ¿Dónde germinaría el puñado de reflexiones que, como una semilla, esparciera yo al viento?

Mas los recientes gravísimos acontecimientos de mi patria han quebrantado por último mi resolución. Espectador interesadísimo he visto realizarse lo que considero como el principio de

una revolución; he visto caer aparatosamente á los principales sostenes del viejo régimen; á mi pueblo desperezarse y en sus ciegas acometidas, derribar mucho malo y no poco bueno, y amenazar de destrucción aun aquello que es utilísimo para la conservación de la nacionalidad; y, sobre todo, he visto que, apenas cortada la mala hierba esterilizante y destructora, comienza á brotar de nuevo por doquiera, como si hubiese adquirido más vigor. El grito de triunfo se convierte en el clamor de una claque interesada; vuelve la mentira pública á tratar de cubrir los ojos á la nación, y vuelve la falsedad á levantar altares para los ídolos y tronos para los tiranos. Es indispensable hablar en estos angustiosos momentos: que el pueblo sepa bien dónde radica su propia debilidad y dónde su fuerza incontrastable; que hablen las voces desinteresadas; que se oiga á los hombres de buena fe. Más tarde ¡quién sabe!

* * *

La revolución de 1910-11 ha sido objeto de libros, varios de los cuales han llegado á mis manos. Los unos están inspirados por el único deseo mercenario de aprovechar la curiosidad pública, coleccionando fotografías y relatos no siempre auténticos de los hechos más sensacionales. No hay en ellos por lo tanto mira filosófica ni histórica, ni patriótica. (1). Otros, mil veces

(1) Tal, por ejemplo, el folleto "Hacia la verdad," escrito por D. Gonzalo Rivero, español con menos de seis meses de residencia en México.

mejor intencionados, se refieren á sucesos aislados ó llevan el sello del partidarismo. No por esto son menos valiosos. De entre todos ellos ha de resultar la historia, la crítica severa de la revolución liquidadora del régimen porfiriano. Todos los escritores mexicanos tenemos la obligación imprescindible de colaborar en esa obra de conjunto, y no permitir que en torno de estos sucesos se teja el velo de la leyenda, y se pierdan las enseñanzas indiscutibles que hay en todos los fenómenos sociales. Si logramos ser nosotros mismos—los actores más ó menos directos y los espectadores más ó menos cercanos—quienes hagamos la crítica de esta página de historia nacional, habremos dado un alto ejemplo de civilización y de civismo.

Movido por esta convicción emprendo la obra, que ha de ser, naturalmente, un ligero esbozo de mis personales impresiones, libre de partidarismo, como libres han sido siempre mis escritos políticos. Mi independencia me trajo al destierro. Mío es el honor de haber sido el primero en atacar por su base el régimen de Porfirio Díaz, rechazándolo en principio públicamente en la ciudad de México, cuando el gran dictador en la plenitud de su poder imponía el pánico; cuando los revolucionarios de ahora eran porfiristas, y cuando D. Francisco Madero cantaba himnos á la grandeza del caudillo. No menor considero la honra de haber permanecido ajeno á la revolución, de la que me separaban mis convicciones,

y no haberme afiliado al maderismo ni en los momentos en que abrazar esa causa significaba el aseguramiento de un lugar en el perpetuo festín de la burocracia mexicana.

Libre, pues, de la pasión de secta, cumplo con mi deber de publicar los hechos que me constan, de la caída de Porfirio Díaz, y las reflexiones que ellos me han sugerido. Hágolo por mi patria, por mi pueblo y por mi raza. Quiero también vindicar á México de cargos injustos que la dictadura primero y la revolución después, le han arrojado.

Cuando el clamoreo del pueblo desesperado, martirizado, agarrotado por la dictadura de Díaz traspasaba océanos y fronteras, el mundo con un indiferente encogimiento de hombros murmuraba: "pero, si es tan atroz la tiranía, ¿por qué el país la ha soportado?" Y cuando las multitudes se alzaron y la revolución con sus heroísmos, sus crueldades, sus actos grandiosos y sus salvajes excesos conmovió á México, en los países extraños se cuchicheaba: "¿cómo va á poderse gobernar un pueblo que persigue, que destruye, que asesina?"

Sólo nosotros, los que hemos vivido la existencia de ese pueblo admirable, que conocemos sus sufrimientos, sus vicios y sus virtudes; sus debilidades y su fortaleza; su portentosa resistencia al dolor, su fe sencilla y ardiente; sólo nosotros podemos explicarnos el preceso lento que condujo á Porfirio Díaz desde el gobierno consti-

tucional hasta la más abominable tiranía, y por qué este pueblo ha realizado un movimiento revolucionario que no tiene paralelo en la historia latino americana, si no es en la caída del chileno Balmaceda.

Estas páginas son, por lo tanto, al mismo tiempo, mi respuesta á las despectivas interrogaciones del extranjero.

New York, Septiembre de 1911.

## CÓMO LLEGÓ AL PODER PORFIRIO DÍAZ

Para formarse cabal idea de la situación política de México en las postrimerías del gobierno porfiriano, es indispensable hacer una reseña, aunque sea breve, de cómo llegó Díaz al poder y cómo gobernó durante los treinta y cinco años de su régimen. Es claro que para hacer la historia de su última revolución y de sus actos de jefe de Estado era menester un trabajo larguísimo, queriendo, sobre todo hacer una crítica justa de su gobierno. Mas no siendo ese el fin principal de estos apuntes, y habiéndose escrito tanto respecto á los actos administrativos y políticos del gobierno que él presidió, bastará delinear en breves páginas lo más pertinente para esbozar la transformación que se operó en él, de jefe liberal y republicano en caudillo revolucionario, luégo en presidente constitucional, y por último en dictador vitalicio. Parecerá extraño que lo llame dictador vitalicio en estos momentos en que, derrocado ya, no tiene la menor participación en el

gobierno de México, y cuando precisamente se ha desvanecido su más vivo ensueño de morir reinando; pero la verdad es que en los últimos años de su régimen gobernó exactamente como si fuese un dictador vitalicio, y él, menos que nadie, pensaba que habría de ir á pasar sus últimos años en el destierro.

Porfirio Díaz en 1876 era un caudillo militar de prestigio mediano. Los panegiristas que á últimas fechas lo ungieron semidiós, proclamándolo el mejor general de México, exageraron mucho sus hazañas. En realidad su hoja de servicios durante la guerra de Reforma había sido notablemente buena; durante la Intervención había corrido la suerte de la generalidad de los jefes republicanos no mancillados por la défección: vencido siempre que la estrategia y la superioridad militar de los franceses eran manifiestas; manteniéndose á la defensiva durante el primer período de la campaña, hubo de retirarse, perseguido, hasta entregarse en Oaxaca, para surgir después guerrillero audaz, astuto, temerario, en el primer momento en que el imperio comenzó á vacilar. Tocóle en suerte operar en la zona que abandonaron las huestes imperiales, mientras Maximiliano llevaba consigo hacia el Norte, en un esfuerzo desesperado, la flor y nata de sus tropas para caer en Querétaro, y dejaba punto menos que desguarnecido el resto de su deleznable imperio. Pero las victorias del general Díaz no fueron más grandes ni más brillantes ni de

mayor trascendencia que las de San Jacinto, Santa Gertrudis y Querétaro. Había, pues, caudillos que tuvieran tanto derecho como él á la gloria.

Más que de guerrero, tenía fama de benévolo, desinteresado y recto administrador. Había entregado un sobrante en las cajas de su ejército, pagaba sus tropas con exactitud, reducía el saqueo y la matanza al mínimo en esa última parte de la campaña, en que toda represalia era sencillamente un asesinato, por ser tan débil é inútil la resistencia del enemigo. Era también modesto: al entrar en la ciudad, capital del Imperio, fué á alojarse á una habitación privada, como queriendo que su personalidad quedase en segundo término, para que el primero tocara á Juárez, dando así el primer ejemplo de sujeción al poder civil.

Juárez era, en efecto, el poder civil el primer caso en México, de un poder civil que se sobrepone al caudillaje, producto nefasto de la guerra, en vez de sometérsele. Mas el caudillaje no podía tolerar ser relegado al segundo término; los militares, cargados de glorias, legítimas ó bastardas, y de ambiciones, necesitaban asaltar la presidencia de la restaurada república, como supremo botín de guerra.

Así surgió la rebelión de la Noria, de la cual el prestigio militar del general Díaz no salió muy bien librado, y así surgió más tarde el plan de Tuxtepec.

Pero en Tuxtepec, no era exclusivamente la

sublevación del militarismo contra el poder civil; aquí el grupo de los caudillos militares que se lanzaban en pos del botín de que se consideraban desposeídos por el presidente Lerdo, no era ni el único ni el más importante. El antirreeleccionismo, que reaccionó débilmente en tiempo de Juárez, tomó mayores ímpetus ante la inercia de don Sebastián, y las filas revolucionarias se engrosaban á cada paso con los antirreeleccionistas de buena fe, y también con todos los odios, los despechos, los rencores que una administración prolongada y corrompida esparce por donde quiera. Si en la Noria la rebelión fué obra de un grupo militar desorganizado casi; en Tuxtepec fué producto de una organización ya más avanzada, con mayor cohesión, y más ampliamente difundida. El plan de Tuxtepec era la proclama de un grupo. Aunque el general Díaz asumía el mando en jefe del ejército que entonces se llamó regenerador, lo hacía sólo en virtud de ser uno de los jefes militares de mayor graduación y tener honrosa hoja de servicios. Más adelante, el mismo general Díaz reformó el plan agregándole una trampa por medio de la cual Iglesias, á quien tocaba por ley la presidencia en el caso ya muy probable de que Lerdo la abandonase, se vería en el dilema de aceptar la revolución ó ser igualmente desposeído para que el gobierno interino recayera en el jefe supremo del ejército rebelde. De tal modo el general Díaz no aparecía como aspirante directo á la presiden-

cia sino como jefe de una revolución, y, al triunfo de ésta, el caudillo, quien quiera que fuese, sería quien recogiera el botín de la campaña.

Todo esto demuestra, sin que haya lugar á duda, que el general Díaz no era sino el jefe militar de un grupo revolucionario, ó bien que no contaba entonces con la arrasadora é incontrastable popularidad personal que hubiera hecho de su nombre, por sí mismo, una bandera. Los hechos dicen que la revolución de Tuxtepec fué obra de un grupo numeroso en que el elemento civil era importante. Apoyábanla civiles como Justo Benítez y Protasio Tagle, y hubo otros, como Riva Palacio, que, siendo militares, la apoyaron más civilmente que con la espada. Y quién sabe si la campaña periodística de Riva Palacio no haya sido más eficaz para el derrumbamiento de Lerdo que las acciones guerreras, más bien malaventuradas que felices, del general Díaz.

Efectivamente, la campaña militar de 1876 no es para aumentar el prestigio militar del caudillo. Sus panegiristas han pasado siempre como sobre ascuas por ese período de su narración, y ninguno de ellos se ha atrevido á computar como victorias los encuentros en Epatlán é Icamole, entre los de mayor importancia. Los más audaces consideran que en esas acciones de guerra no hubo resultado decisivo; pero la verdad es que las fuerzas revolucionarias resultaron maltrechas. Y sin embargo, la revolución adelanta-

ba moralmente, ganaba terreno en el sentimiento público, gracias á la acción de los civiles. El mismo general Díaz, en una de las muchas autobiografías (1) que se han publicado, confiesa que estuvo á punto de perder la batalla de Tecoac. Salvólo la tenacidad de los suyos y el auxilio oportunísimo del valiente guerrillero D. Manuel González. El general Díaz no olvidó jamás que á González le debía el triunfo. y por eso dejó que él y sus compadres, amigos, parientes y secuaces, se hartaran con los fondos de la nación.

Durante casi toda la campaña de Tuxtepec, la superioridad militar estuvo de parte de los lerdistas. Sucedió entonces algo semejante á lo que hemos visto en la revolución de 1910. El gobierno lerdista, aunque no tan rico como el de Díaz en 1910, procuró dotar bien á su ejército, y envió al campo de batalla á sus mejores generales, varios de ellos muy superiores por sus conocimientos en el arte de la guerra al general Díaz. Por mucho tiempo éste anduvo á salto de mata, y él mismo ha referido todas sus angustias de perseguido, y cuántas veces estuvo á punto de caer en manos de los lerdistas. Lo que admira en ese período de la campaña, no es la estrategia, ni la sabiduría militar, ni la habilidad técnica del general Díaz, sino su tenacidad, su astucia para huír, su ingenio para ocultarse, su

(1) No habiéndose publicado nunca biografía del general Díaz que no hubiera revisado él mismo, todas se deben considerar como diversas ediciones de su autobiografía.

resistencia formidable á los golpes que del enemigo y de la fortuna recibiera. De pronto, la faz de la campaña cambió totalmente. Y es cuando, después de refugiarse en territorio americano, hace la travesía desde Tampico y aparece en el Estado de Veracruz al frente de mejor organizadas tropas.

Y aquí cabe hacer una reflexión muy importante. ¿Fueron los Estados Unidos ajenos á la revolución de Tuxtepec?

Llegará el tiempo en que se sepa contestar de una manera cierta y exacta á esa interrogación. Á investigarlo he dedicado algún tiempo durante mi destierro, pues considero de la mayor importancia para la conservación de la nacionalidad mexicana, que sepamos con toda exactitud cuáles han sido las relaciones entre los gobiernos de Washington y de México, sobre todo en las épocas de trastornos políticos. Es el problema capital, del que depende el porvenir de nuestra patria y de nuestra raza. Es la clave de nuestro destino. Desgraciadamente la prueba documental no se halla al alcance de todos. Los archivos oficiales sólo se han abierto para los amigos del general Díaz, deseoso, más que nadie, de falsificar la historia. Los escritores y los diplomáticos americanos, que sí tendrían acceso á toda la documentación indispensable, no se empeñarían en descubrir la trama secreta de estas relaciones. Nada les importa que permanezcan ignoradas las influencias misteriosas que han inyectado periódi-

camente virus revolucionarios por la frontera del río Bravo, cada vez que á esta plutocracia sin escrúpulos, sin conciencia, sin patria, y sin más dios que el oro, le ha parecido conveniente.

Incapaz, pues, de ofrecer pruebas documentales, sólo presentaré presunciones suficientes para fundar una hipótesis que, en mi sentir, satisface el requisito fundamental para ser admisible: no estar en desacuerdo con ninguno de los hechos comprobados.

Para nadie que haya meditado un poco es un secreto la influencia que los Estados Unidos han tenido en la marcha de los países de origen español situados al norte del Istmo de Panamá. Más adelante, cuando haga un bosquejo de la revolución maderista, haré conocer hechos importantísimos que demuestran cómo, bajo la máscara hipócrita de una benevolencia de vecinos amables, los Estados Unidos se esfuerzan en ejercer un protectorado que la debilidad, el egoismo y la falta de patriotismo de nuestros caudillos y gobernantes han tolerado muchas veces.

Al levantarse en armas el general Díaz en 1876, Lerdo acababa de aceptar la primera reelección. No era un dictador vitalicio. No era un tirano tampoco, ni en su breve gobierno había realizado matanzas ni aterrorizado ni asolado el país. Era un **bon vivant** que creía de buena fe en su popularidad y en su gloria y que se preocupaba bien poco de sus enemigos. Liberal de corazón, en cierto modo había continuado y consolidado la

obra reformista de Juárez. Echado en brazos de una burocracia disipada, viciosa, ávida de oro más que de sangre, dejaba disfrutar de una libertad mil veces más amplia que la de las últimas dos décadas del porfirismo. En tales circunstancias, su reelección era un pecado venial, y no podía tener en contra suya más enemigos, fuera de los antirreeleccionistas por convicción profunda, que los militares que se consideraban despojados de triunfos soñados y los clericales que veían cada vez menos probable la reconquista de sus fueros. Es patente que los clericales no fomentaron la revolución de Tuxtepec.

Mas Lerdo habia cometido un pecado capital. Su famoso apotegma "Entre la fuerza y la debilidad, el desierto" fué la sentencia de muerte de su gobierno. En esos momentos el capital americano acababa de desbordarse en el oeste, llegando hasta las márgenes del Bravo. Se tendían rieles á través de los desiertos de Nuevo México y de Colorado y de las cálidas llanuras tejanas hasta la línea divisoria, y era preciso que los productos de esas regiones recién abiertas á la explotación, hallasen fáciles mercados. Y los yanquis, con la mirada vuelta hacia México, contemplaban á lo lejos las ciudades: Chihuahua, Durango, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato y México, además de multitud de pueblos, villas y aldeas: en total, una población de diez millones de compradores, y un millón de kilómetros cuadrados vírgenes de arado; y una riqueza minera incalculable. ¿Cómo

iban, pues, á tolerar la tenaz negativa de D. Sebastián, que, testigo de la actitud yanqui durante la intervención, conocía muy bien las intenciones del gran país hacia su desventurado y débil vecino? ¿Cómo no iba á estorbarles un gobierno que se negaba permitir que los rieles hollaran el suelo patrio y á dejar entrar aventureros ni colonos, expoliadores ni colaboradores de buena fe en la explotación legítima del suelo? Díaz y los suyos han reprochado á Lerdo que no hubiera tenido penetración suficiente para apreciar los beneficios de la inmigración de hombres y capitales extranjeros. Acúsasele de estúpido porque no creía en las excelsas virtudes de la inmigración. ¿Qué otra noción de ella había de tener el compañero de Juárez en la peregrinación á Paso del Norte, el testigo de la guerra famosa de los Pasteles, del incalificable despojo de 1847, de los bonos Jecker y de la intervención francesa? Ante la historia, quién sabe cuál error haya sido más criminal, si el de Lerdo cerrando la puerta á la invasión yanqui (no á la civilización), ó el general Díaz entregando país y pueblo á la rapiña extranjera.

Pero el error de Lerdo tenía que enajenarle la benevolencia americana, y el mismo gobierno de Wáshington que en tiempo de Juárez aprehendió al general González Ortega al querer éste internarse en són bélico en territorio mexicano; que durante la revolución de la Noria fué hostil á los rebeldes; no tomó la más leve disposición agresiva cuando el general tuxtepecano estableció su

cuartel general en Brownsville. Todos los biógrafos del general Díaz consideran que el punto culminante de su vida política; el suceso más trascendental de todas sus campañas; el acto que decidió su destino y el del gobierno lerdista, fué la fuga de Tampico á Veracruz á bordo de un vapor, cuando estuvo á punto de ser cogido por las tropas gobiernistas. En tan importante episodio un americano, el cajero del buque, desempeñó el papel de providencia y se empeñó, arrostrando riesgos y molestias, en salvar al general Díaz. El buque ostentaba el pabellón de las barras y las estrellas.

¿Hizo todo esto por amor á México, ó por odio al gobierno lerdista, ó por afecto al general Díaz, ó por indicación ú orden de autoridades americanas?

La hipótesis del amor á México debe descartarse, tanto más cuanto que el mismo individuo desempeñó un puesto consular después, durante muchos años, bajo el gobierno de Díaz, y no se distinguió por su comportamiento: todo lo contrario, hubo al fin que removerlo. No por afecto al general Díaz, pues no había entre ellos, al decir de todos los biógrafos que narran el incidente, ninguna relación amistosa anterior. Quizá por odio á Lerdo; pero las compañías que hacen comercio internacional, que casi siempre reciben subvenciones ú otros privilegios de los gobiernos con quienes tienen relaciones, procuran por lo general halagar á las autoridades, aunque cobren después sus halagos en la forma de contrabandos y demás

violaciones á la ley.. Es muy probable, pues, que haya obrado bajo la influencia de una sugestión oficial ó semioficial, ó, cuando menos de la opinión pública que, á su vez, tenía que estar influída por los intereses americanos á los cuales convenía un cambio de gobierno en México.

Es indudable que de los Estados Unidos recibió el general Díaz elementos militares para las tropas que opuso al gobierno en los combates. Es seguro que de allí recibió apoyo moral. Es muy probable que haya recibido apoyo directo de los intereses americanos, ofreciendo en cambio concesiones á manos llenas.

La historia de su gobierno es la más completa confirmación de ello. En una entrevista que "El Imparcial" publicó, se lee la declaración de que, recién ocupada la capital, uno de los primeros actos de Díaz al entrar al poder fué firmar el contrato para la construcción del Ferrocarril Central, mediante una subvención crecida. Y eso en momentos mismos en que acababa de pedir del Banco Nacional de México, como un favor especial, un préstamo de cinco mil pesos para pagar á la guarnición sus haberes del día. "El Imparcial" cita el hecho como una prueba de la fe casi sobrehumana del mandatario que no vaciló en contraer un compromiso cuantioso, aun en momentos en que cualquier otro, que no tuviera sorprendente clarividencia, habría vacilado. Para mí, que sé cuán poco entendía el dictador de los beneficios que los ferrocarriles traen consigo; para mí, que

lo he visto patrocinar los proyectos más descabellados y oponerse á los planes más ventajosos para la nación cuando no eran apoyados por la presión extranjero ó por la súplica de los amigos, tal clarividencia es un mito. Para mí, la hazaña que tanto se ha ponderado, demuestra de un modo clarísimo que, en cuanto se consumó el triunfo, los intereses americanos se apresuraron á hacer al nuevo mandatario cumplir sus promesas de generosas concesiones.

En capítulos posteriores, en que examinaré los principales actos administrativos del general Díaz, desde el punto de vista de los intereses nacionales, se verá demostrado como el dictador consideraba su más firme apoyo el que le venía de más allá de las fronteras mexicanas; hecho que, por otra parte, está en la conciencia de todos los mexicanos.

En suma, el general Díaz llegó al poder por una revolución promovida por un grupo civil y militar, cuyo director intelectual no era él. Subió á la presidencia en brazos de un partido político, heterogéneo si se quiere, imperfectamente organizado todavía, pero de todas suertes un partido político que le impondría sus principios ó siquiera sus intereses. El principal apoyo, fuera de ese partido, le vino del exterior, á cambio de compromisos económicos más ó menos amplios, cuya extensión es imposible calcular, á falta de documentos. Pero, en todo caso, no escaló la presidencia en alas de su propia popularidad, de su incontras-

table prestigio personal; no fué una conquista individual.

Testigos presenciales de los acontecimientos de esa época, convienen, todos á una, en que el general Díaz inspiraba cierto desdén, por su rudeza y porque se le suponía de cortos alcances intelectuales. La prensa lerdista lo motejaba y lo hacía objeto de burlas sangrientas por ese motivo, y sus correligionarios, los directores intelectuales de la revolución, le tenían nada más que por instrumento, y durante algún tiempo, le impusieron actos políticos y administrativos.

Fuera de ese grupo, la mayoría del pueblo lo veía con indiferencia, con la eterna indiferencia de los pueblos que han estado esclavizados por siglos. Sólo podía tener en contra el grupo conservador, la pretendida aristocracia, el clero, los despojos del viejo monarquismo, no extinguido totalmente aún. La burocracia lerdista no tardaría en convertirse al tuxtepecanismo, y sería recibida con los brazos abiertos, como que traería el refuerzo de su tenaz adhesión á todo el que dispone del tesoro nacional.

En tales condiciones el general Díaz entró á ejercer el cargo de presidente constitucional el 5 de mayo de 1877.

## EL MITO DEL CAOS.

Desde 1893, en que las finanzas mexicanas arrojaron el primer sobrante; desde que se vió á la República Mexicana pasar por varias crisis políticas y económicas, como las de 1884 y 1892, sin grandes convulsiones y sin que se resolviera el conflicto en el campo de batalla; desde que las estadísticas fiscales empezaron á pregonar que teníamos comercio exterior, producción agrícola y minera; que los mexicanos podíamos trabajar y vivir en paz (cosas que los virreyes españoles tenían bien sabidas); el general Díaz se proclamó el gran hacedor de México, y gastó muchos millones de pesos en que los portavoces de la opinión pública gritaran á los cuatro vientos del globo el nuevo evangelio: **Díaz, como Jehová, hizo á México de la nada.**

Y todavía á últimas fechas, cuando el clamor de las víctimas llenaba los aires, y cerca de la frontera septentrional el estampido de los cañones

anunciaba el desmoronamiento de otro imperio en el suelo mexicano, se decía, y á veces con íntimo convencimiento: **A pesar de todo, Díaz es el hacedor de México.**

Que la frase haya tenido éxito en Europa y en el resto de América, donde tan poco se sabe de nuestra historia, es natural. Mas la proposición ha sido también moneda corriente en territorio mexicano, y ha pasado sin objeción, endosada por la adulación y apoyada por la corrupción burocrática, que hace á muchos renegar hasta de la historia patria. Es que se proclamó como verdad suprema, como principio absoluto, irreprochable, único verdadero, única resultante de las leyes históricas, que el estado perfecto de los pueblos es el de paz y sujeción; que nada hay más dichoso ni más perfecto que una sociedad fakir, inmóvil, insensible á los dolores, privada de aspiraciones, ensueños y necesidades, y que se deje, con infinita conplacencia, atacar por todas las carcomas y agotar por todos los parásitos.

Durante un cuarto de siglo se nos enseñó que nada hay más negro, más horrible, más antipatriótico y más insensato que la guerra intestina. Consecuencia: México sólo fué feliz y prosperó bajo los virreyes pacíficos y bajo el general Díaz. México libre no realizó el más leve progreso sino cuando el general Díaz le enseñó á vivir en paz. Todo lo demás, todo el período de nuestra historia que se extendía desde el amanecer del 16 de Septiembre hasta el día de Tecoac era negro, lú-

gubre, era una fermentación como la de los pantanos, una descomposición social que infestaba con su hálito á todo el continente.

Mas esa noción, que tanto cuadraba con la estabilidad del sistema porfirista, es una de tantas imposturas que sirvieron de sostén al solio del tirano.

Cuando el general Díaz llegó al poder, México existía ya como nación libre y constituída. En once años de lucha había conquistado su soberanía. Libre ya, rechazó victoriosamente un intento de reconquista. Había sufrido tres guerras extranjeras, en los intervalos de las cuales luchó y padeció mucho para llegar á constituirse. En 1872 cuando Juárez, reelecto por última vez, logró derrotar á los rebeldes de la Noria, pudo considerarse consolidada la república, y asegurada la estabilidad social. Los trastornos que vinieran después serían breves y no afectarían la vitalidad del país· que había sobrevivido á más de medio siglo de anarquía.

El medio siglo de anarquía no fue, no pudo haber sido infructuoso, como no es vano jamás el esfuerzo del organismo social para adaptarse á un nuevo medio. De 1810 á 1867 se realizaron grandes trasformaciones políticas y económicas que prepararon el advenimiento de los días prósperos que hemos disfrutado después. Y todavía en la actualidad México está lejos de haber terminado esas luchas, para llegar á la organización social y política que permita su libre desenvolvi-

miento: solo que ahora el proceso de organización tiene probabilidades de ser mucho menos tumultuoso y desordenado.

La historia de todas nuestras revoluciones puede resumirse en esta expresión: ha sido una lucha, que no termina todavía, de la gran masa social amenazada de exterminio, contra los privilegios de casta y de clase; lucha estimulada y fomentada por el caudillaje. El padre Hidalgo lanzando el grito: "Á coger gachupines"; Iturbide poniendo á la cabeza de su plan de Iguala el principio de igualdad de derechos civiles y politicos entre europeos y americanos; la caída de Iturbide derrumbando una nobleza exótica; la revolución de Ayutla contra la putrefacta burocracia santanista; la guerra de Reforma que acabó finalmente con los fueros militares y clericales; no han marcado otra cosa que las diversas etapas del continuo batallar contra privilegios que tuvieron su raíz en el sistema colonial español (en el organismo social español, más bien) y que han opuesto eterno valladar á la consolidación de los intereses mexicanos. La revolución de 1910 ha sido también contra los privilegios de una oligarquía tiránica, rapaz, que pesaba sobre la industria, sobre la agricultura y el comercio, hasta el punto casi de ahogarlos.

Y como esos privilegios eran seculares y habían sido incontestados, y como las clases privilegiadas eran muy poderosas, y las oprimidas muy pobres é ignorantes, la lucha tuvo que ser prolon-

gada, reñida, indecisa durante largas épocas, salpicada de episodios salvajes, iluminada de heroísmos, arrasadora á veces hasta no dejar piedra sobre piedra, interrumpida por treguas cuando el pueblo agotado, sangrado, desfallecido, buscaba reparo de sus fuerzas, ó cuando las clases desposeídas de alguna de sus ventajas importantes, se veían impotentes para reconquistarlas.

La guerra de independencia acabó con los privilegios de la casta española. Cuando el congreso nacional dió el decreto, por muchos tachado de impolítico, que desterraba á los españoles, el pueblo se sintió satisfecho porque consideró que era ese el primer signo palpable, indudable, de su soberanía. Pero quedaron aun dos clases privilegiadas: la militar y la eclesiástica, y sus privilegios eran tales, que la militar se consideraba única acreedora á gobernar, y la eclesiástica tenía más de la mitad de la propiedad nacional y absorbía casi toda la producción. Y el país siguió luchando, porque la tiranía de esas castas era á veces peor que la del gobierno virreinal, y porque con ellas enraizadas en sí misma, la sociedad no habría podido prosperar jamás. La guerra de Reforma y la restauración de la república parecieron poner fin á los privilegios eclesiásticos. Y como la clase militar, también lesionada en sus privilegios, se había aliado con la iglesia, ambas quedaron definitivamente desposeídas cuando Juárez volvió á ocupar la capital de la República en 1867. Por esto Juárez fué el primer gobernante civil

emanado de una guerra, ejemplo notabilísimo en la historia de los países hispanoamericanos. Los críticos de Juárez afirman que, aun siendo civil, gobernó militarmente y por lo tanto su gobierno debe considerarse una dictadura militar más bien que civil. No es verdad. . Si Juárez tuvo que mantener un fuerte ejército en vista de las circunstancias, ni fué el ejército su único apoyo, ni restableció ninguna de las viejas prorrogativas de la clase militar. Fué una dictadura civil amenazada por el caudillaje y que, para defenderse, tuvo que adoptar medidas militares: único medio eficaz hasta la fecha para sofocar cuartelazos.

En tan difícil período de nuestra historia, la explotación de la riqueza pública estaba punto menos que abandonada. El país llegaba á un estado lastimoso de penuria. Mal inevitable, pero que se subsanaría con creces desde el momento que México llegara á equilibrio un poco estable.

Y en ese transcurso, la nación había ido pasando, desde la situación de una colonia á la de un imperio absolutista, hasta la de una dictadura revestida de la forma republicana federal. Mas la dictadura de Juárez fué en extremo liberal, hasta permitir la organización de facciones pretendientes al poder. Se habían adoptado y rechazado una tras otra, diversas formas de gobierno, aprobado y derogado cuatro constituciones, además de otras leyes orgánicas, hasta llegar á la de 1857, que proclamaba el gobierno representativo popular.

Nuestra constitución política ha tenido muchos y muy severos críticos. Se la ha estudiado desde todos sus puntos de vista, y se ha concluído que en teoría es una obra grandiosa, pero en desacuerdo en muchos de sus puntos principales, con la organización social de nuestro pueblo.

Mas el hecho de que esa constitución haya sido elaborada en un período de varios meses, siendo larga y públicamente discutida por un congreso, en medio del choque formidable de las pasiones políticas en plena fermentación, indica que los principios en ella consignados habian penetrado bastante profundamente en el espíritu de la colectividad, y existía ya la noción del derecho natural en que se funda su primero y más importante capítulo. La constitución es altamente liberal y pues fue impuesta—ya que no aceptada libremente—á la mayoría ignorante é indiferente; esto indica que había ya entonces una minoría liberal bastante fuerte para dictar leyes, y enteramente capaz de gobernar. Así lo confirmó el triunfo de las armas liberales y la restauración de Juárez. Esa minoría gubernamental se hallaba, pues, tan avanzada ya, como la de muchos países europeos.

Así lo demostró, y de sobra, el gobiernó de D. Benito Juárez, cuyo gabinete, formado por hombres verdaderamente notables, y muchos de ellos dotados de un patriotismo á toda prueba, emprendió febrilmente la obra de perfeccionar el sistema político y social de México.

Si ese gobierno realizó la reforma y la restauración de la república de 1858 á 1867, de 1867 á 1872 no descansó, por el contrario, dióse á legislar y á mejorar y ensanchar la instrucción pública. Y todo esto cuando el caudillaje, con Porfirio Díaz á la cabeza, organizaba revoluciones para disputar el poder al gran repúblico. De esa época datan los dos códigos, civil y penal, que nos han regido, y de entonces también la organización de la enseñanza oficial y sobre todo, de la preparatoria y profesional.

En resumen, cuando el general Díaz asaltó la presidencia, México había hecho las siguientes conquistas fundamentales:

La soberanía nacional, adquirida en 1821 y afirmada en 1867.

Consolidación de la República, hasta el punto de que no volvería á intentarse la restauración de un gobierno monárquico.

Constitución de 1857, cuyos principios eminentemente liberales, no podrían derogarse sin mengua de la civilización.

Reforma. Supresión de los privilegios eclesiásticos, separación de la Iglesia y el Estado; principio por el cual todavía están luchando naciones civilizadísimas de Europa.

Establecimiento definitivo del gobierno civil. Supresión de los fueros militares.

Legislación civil y penal.

Organización de la instrucción pública, especialmente de la preparatoria, (esta última confor-

me á tendencias que en la actualidad se aceptan en Europa y que sólo la tradición de las viejas universidades impide adoptar definitivamente).

¿Qué más necesitaba un país para comenzar á desenvolver sus recursos materiales desde que pudiera entrar en calma?

En tales condiciones cualquier gobierno medianamente civilizado, prudente y patriótico, habría dado pródigos frutos. No había de ser el genio de un hombre, ni el esfuerzo de una sola voluntad entre diez millones, el que había de arrancar á la tierra sus tesoros y mover la inmensa máquina del comercio.

Los críticos de la administración juarista la tachan de tiránica, despótica, en cierto modo, y débil y vacilante en otro. La verdad es que el gobierno de D. Benito respetó más que ningún otro, así anterior como posterior (exceptuando quizá el de D. Manuel González) las garantías que la constitución reconoce al individuo. Juárez toleró oposición tenaz, organizada, sistemática en la prensa y en la tribuna parlamentaria, y no echó totalmente en olvido que los estados de la federación debían ser independientes.

El gobierno lerdista tendía á reaccionar. La dictadura se echaba en brazos de la burocracia, el eterno enemigo del progreso nacional, y contra esta se alzó el país, ó por la menos una parte considerable de él, apoyando la revolución de Tuxtepec.

Tal fué la herencia que el general Díaz recibió

de los virreyes españoles, de las regencias, los emperadores, los gobiernos provisionales, los presidentes, dictadores, usurpadores y caudillos que lo precedieron en el gobierno de la República.

Antes de Porfirio Díaz, México tenía de las viejas tribus la paciente perseverancia del pueblo, cuya vitalidad y energía pregonaban tres siglos de resistencia á la esclavitud y á la destructora influencia de la casta española; de los conquistadores un sistema municipal defectuoso, sujeto al cacicazgo, pero compatible con el progreso material y político del pueblo; de los insurgentes (mártires, apóstoles, guerreros) la independencia; de los titanes de la causa liberal una obra pasmosa de perseverancia y de patriotismo y amor á la libertad; obra que por sí sola es una conquista suprema y que allanaba definitivamente el camino para la evolución hacia la libertad y el gobierno justo y bueno.

¿Qué hizo Porfirio Díaz de tan precioso legado?

## EL PRIMER GOLPE DE ESTADO.

He dicho que el general Díaz subió al poder en brazos de un partido, tan antirreeleccionista como el de Madero en 1910 y probablemente menos personalista que este último. Es claro: en 1876 no se había llegado al punto de servilismo y de infamia á que nos llevaron la reelección indefinida y el terror porfiriano. La sociedad no tenía el hábito de la adulación ignominiosa y característica de las grandes tiranías, como las de Santa Anna y D. Porfirio; por consecuencia, los gobernantes tenían que respetarla más.

Así fué como el general Díaz, quieras que no, tuvo que poner el gobierno en manos de su partido. Y formó su ministerio con los prohombres: D. Protasio Tagle, D. Vicente Riva Palacio, D. Mariano Escobedo, D. Carlos Pacheco, D. Ignacio Vallarta, D. Pedro Ogazón. D. Justo Benítez era el jefe del partido, el verdadero director de la política tuxtepecana.

Pero las ligas de partido eran un yugo para el nuevo presidente, incompatibles con su ambición suprema: la dictadura vitalicia, que indudablemente desde entonces lo perseguía. El nuevo mandatario, que en su larga vida política demostró tener un profundo conocimiento intuitivo de los hombres y de la colectividad en que vivía, comprendió que para perpetuarse en el poder, no podría romper precipitadamente con su plan revolucionario. Rechazar desde luego el principio de la no reelección era ir á la revuelta nuevamente, y no se sentía bastante fuerte para dominarla. Y empleó todo el disimulo, toda la hipocresía de que era capaz (y nadie, en la historia de México ha tenido más desarrollada la facultad de la simulación) para fingir apego á los principios más que á las personas. Y como su ambición era de mando más que de riquezas, y, por otra parte, contaba con colaboradores distinguidos, de muy buena voluntad, su primer periodo de gobierno se distinguió por dos rasgos indisputables, que le pusieron á la altura del mejor gobierno, hasta entonces, de la república: la probidad y la tolerancia.

Es cierto que las matanzas de Veracruz son una mancha imborrable, y que, juzgadas á distancia de tres décadas, resultan inútiles é innecesarias (circunstancias que hacen imperdonable todo crimen político); mas en aquel tiempo pudieron haber sido juzgadas de otro modo, y en todo caso, no había habido antes gobierno mexica-

no que estuviese limpio de sangre, de conspiradores auténticos ó supuestos. En cambio, el general Díaz, aun con cierta oposición de sus partidarios, dedicóse á acoger con benevolencia suma á sus antiguos enemigos: á unos en lo secreto, protegiéndolos y amparándolos; á otros públicamente, invocando el interés general para aumentar su prestigio personal y para que, llegado el caso de un rompimiento con los leaders tuxtepecanos, tuviese extenso y firme apoyo en la opinión pública.

En seguida, y mediante hábiles combinaciones, fue sustituyendo en los principales puestos de su gobierno, á los tuxtepecanos puros con porfiristas netos. Es ley que cuando un partido llega al poder y se encuentra sin oposición, se disgrega necesariamente para convertirse en facciones. El general Díaz sentía esta verdad, ya que por ignorancia no pudiera expresarla, y se consagró á fomentar la división y á formar una facción porfirista predominante.

Entre los políticos de la época pasaba por cierto que desde los comienzos de la revolución de Tuxtepec, el general Díaz y D. Justo Benítez habían pactado alternarse en el poder. El pacto, caso de existir, ha de haber sido secreto, pues los demás prohombres del partido tenían, y con justicia, la esperanza de que les llegara su turno. Lo cierto es que para la mayoría de los tuxtepecanos era indudable que al expirar el cuatrenio de 1876-80 D. Justo Benítez ocuparía la presidencia

y después probablemente volvería ésta á D. Porfirio ó pasaría el poder á manos de D. Vicente Riva Palacio (que tenía muchísimos simpatizadores) ó de D. Ignacio Vallarta, liberal eminentísimo; ó del general Ogazón.

El momento era decisivo. Si el tuxtepecanismo hubiera subsistido como tal, si dentro del principio de la no reelección, se hubiera establecido definitivamente la trasmisión pacífica del poder; si no se hubiera enderezado entonces la fuerza y el prestigio del gobierno á entronizar el personalismo; otra habría sido indudablemente la suerte del país.

Sé que esta afirmación hará sonreír á quienes mal interpretando las teorías modernas, sostienen que la personalidad de los hombres no puede influir en lo más leve en el destino de los pueblos, y afirman que los hombres son producto de los sucesos y no los sucesos históricos producto de los hombres. Es verdad, en tesis general: Porfirio Díaz patriota en vez de ambicioso; magnánimo en vez de egoísta; liberal en vez de tirano; sabio en vez de ignorante; justo y no rey de iniquidades y de infamias, no habría cambiado en un solo día la configuración del terreno, ni la conformación física, orgánica y superorgánica de nuestra patria. El pueblo seguiría sufriendo, y estaríamos aún lejos del reinado de la libertad y de la justicia. Mas la evolución inevitable, necesaria, porque es la vida misma, se habría favorecido en lugar de estorbarse, y en los momentos actua-

les habríamos alcanzado una conquista, además de las que tenemos, y seríamos más respetables y menos desdichados. Si aquel principio fuese absolutamente exacto, la Historia no tendría el derecho de juzgar á los gobernantes, ni llamar crueles á Nerón y Calígula, y Magno á Alejandro, y Sabio á Alfonso X de España, ni Bueno á Guzmán, ni inmaculado á Wáshington, ni magnánimo á Lincoln, ni martir á Cuahutémoc, ni heroico á Morelos, ni Benemérito á Juárez. ¿Por qué, si no habían sido nada mas que viles instrumentos del medio?

Wáshington era el primer ciudadano de América, en un país arreglado á los moldes conservadores de Inglaterra. Electo y reelecto presidente, se le ofreció nueva elección. Nadie tenía más que él, caudillo esforzado, gobernante probo y recto, derecho á ese honor; pudo haber sido, no sólo el dictador de la nueva patria, sino hasta coronarse rey. La monarquía no repugnaba á ese pueblo, y Wáshington era "el primero en la guerra, el primero en la paz y en el corazón de sus conciudadanos." Pero rehusó, por el interés nacional líbróse de la tentación que acaso habría menoscabado su gloria, y su sabiduría fué tanta, que después de más de un siglo, ni los más despóticos gobernantes, como Jackson y Roosevelt, en plena orgía imperialista y en plena bonanza plutocrática, se han atrevido á hollar el precedente de aquel grande hombre.

En la historia, en los hechos de los hombres

excepcionales, buscan los gobernantes la justificación de sus actos. Los pueblos levantan monumentos á las acciones humanas trascendentales, erigen estatuas á los nobles representantes de la especie humana, en el gesto grandioso que consagró su fama; gestos que se trasmiten á distancia de los siglos y que el pueblo conserva envueltos en la aureola legendaria, y en ellos busca consuelo, ejemplo, aliento y vida.

Porfirio Díaz no era de esos hombres. Hecho presidente, no ansiaba tanto gobernar cuanto dominar más y más, hasta tener en sus garras ó bajo su planta toda la república.

En la primavera de 1880, casi en vísperas de las elecciones presidenciales, habíase formado ya un grupo benitista bastante compacto que se preparaba á recibir la herencia; la máquina electoral, dominada, como ahora, por el gobierno de la federación, estaba lista para funcionar en cuanto recibiera la consigna del presidente; el país tranquilo, aguardaba en su habitual inacción á que se decidieran sus destinos en las antecámaras de palacio, confiando esta vez que un presidente probo, cuya honradez y buena intención parecían haber salido limpias de la prueba de cuatro años de gobierno, había de efectuar la renovación de los poderes de una manera ventajosa para la nación. D. Justo Benítez daba por suyo el triunfo. Sólo el general Díaz permanecía silencioso y enigmático: como en el resto de su vida política, era la esfinge ocultando tras de

la máscara petrificada del rostro sin expresión, sus planes ya perfectamente definidos y preparados. De pronto la nueva candidatura brotó entre las filas del periodismo imperante, casi todo porfirista ya. "La Libertad," el diario del español D. Telésforo García, fue la que primero lanzó el nombre del ungido (1), D. Manuel González. La nueva candidatura causó estupefacción en la mayoría; fué acogida por los tuxtepecanos primero con incredulidad, después con desconfianza. Los corifeos del partido acudieron al general Díaz, y éste fingióse sorprendido, díjoles que el nombre no había sido sugerido por él; pero que lo aceptaba, en vista de tanto como debía personalmente al general González. Los benitistas vacilaron; D. Justo Benítez, indignado, acudió también al general Díaz. Quién sabe qué tormentosas entrevistas se hayan efectuado. Pocos han de haber estado en el secreto del pacto por el cual D. Porfirio cedió la presidencia por un cuatrienio á D. Manuel González, y cómo rompió sus anteriores compromisos con Benítez. Los otros dos protagonistas de ese acto trascendental de la comedia porfirista han muerto ya: el uno como el rajah, rodeado de favoritos, mancebas y bufones; el otro como un proscrito, abandonado y solo. González no llevó su cinismo hasta dejar á la posteridad sus memorias que serían las de un sátrapa,

(1) Es público y notorio que á esta circunstancia debió D. Telesforo su encumbramiento y su participación en ciertos negocios, como el de la moneda de níquel.

y D. Justo, si dejó en las suyas el relato de sus decepciones políticas, ha de haber sido en el mayor secreto, en sitio seguro, para que se publicaran cuando Porfirio Díaz ya no pudiera mutilarlas, ni destruirlas, ni adulterarlas como adulteró tantos capítulos de la historia patria.

El hecho es que á partir de ese momento D. Justo Benítez, que se consideró despojado de algo que le correspondía por derecho, y que no era un servil ni un mentecato, rompió definitivamente con el general Díaz y se retiró á la vida privada, convencido de que una nueva revolución sería inútil y nociva.

Tal fué el primer golpe de Estado del general Díaz. Por él rompió con sus compromisos de partido y quedó perfectamente cierto de que, si González no caía antes de terminar su período, la presidencia recaería nuevamente en él. No había ya peligro de que Benítez cediera el puesto á Riva Palacio, y éste á Vallarta, y la sucesión presidencial se decidiera por acuerdo del partido imperante.

El general Díaz conocía bien al general González. Era éste el tipo del guerrillero sin más credo que el valor personal, sin más principio moral que el respeto de su palabra, sobre todo cuando era dada para actos ilegales ó delictuosos. Su historia era la del revolucionario bandido que va de un partido al otro, indistintamente, con tal que le permita guerrear sin disciplina, sin sujeción á nadie y viviendo sobre el país. Así había

sido reaccionario primero y liberal después, y, por último, se afilió al tuxtepecanismo y fué quien decidió en favor del general Díaz la batalla de Tecoac. Fiel á su palabra, leal como pocos hacia cómplices y compadres, ofrecía para D. Porfirio doble ventaja: la de no traicionarlo, como él había traicionado á Benítez, y la de que, en los cuatro años de interregno, González labraría su propio desprestigio.

D. Manuel González cumplió á maravilla su cometido. Pocos gobiernos ni aun entre los de Turquía, la India y todos los cacicazgos hispanoamericanos, han ofrecido ejemplo más conspicuo de prostitución y corrupción administrativa. El saqueo del tesoro público nunca fué más completo y desvergonzado: todos los ingresos, ordinarios y extraordinarios, fueron á hinchar las arcas de González y sus favoritos; se crearon nuevos impuestos, hasta que el comercio se vió obligado á cerrar sus puertas durante dos semanas, en huelga general; se suspendió el pago de sueldos á los empleados públicos civiles; sólo el ejército percibía haberes, pues de otro modo la revolución no habría tardado en estallar de nuevo.

Que González realizó todos esos actos del más cínico bandidaje á causa del pacto celebrado con D. Porfirio, no cabe duda alguna. Sabía que contaba con la impunidad completa, pues el general Díaz no lo había de perseguir, siendo

él mismo el instigador y encubridor de todos esos crímenes.

La oportunidad era única: jamás volvería á disfrutar cuatro años de gobierno absoluto de la república y tener á sus manos todos los fondos que el gobierno federal manejaba. Más tarde, retirado al gobierno de Guanajuato, el mismo González se moderó un tanto en sus desmanes, y no fué ni la sombra de lo que había sido en la presidencia de la república.

En cambio, en su breve paso por el gobierno, González concedió gran libertad individual y hasta política. Los periódicos de oposición lo llamaron ladrón á cada paso, y hasta inventaron el término "gonzalear," que significaba robar; en la cámara de Diputados la oposición era tan ruda que hubo de suspenderse la discusión de asuntos trascendentales como el reconocimiento de la dauda inglesa. El pueblo se amotinaba en las calles de México y, desesperado, volvía los ojos al predecesor, al general Díaz, al hombre probo que había cuidado como un buen administrador los fondos públicos, sin hacer padecer al pueblo hambre y miseria. El pueblo no se daba, no podía darse cuenta de que el primer responsable de la situación era aquel mismo que la había creado voluntaria y libremente; que los cuatro años de orgía gonzalista habían sido deliberadamente preparados y realizados por el general Díaz. Y aun cuando el pueblo hubiera adivinado la cruel comedia, habría pensado y con justicia, que, de

cualquier modo, era preferible volver al régimen porfiriano que correr el riesgo de otros cuatro años de rapiña. Y al fin de cada demostración pública, iban peregrinaciones de ciudadanos á aclamar al general Díaz, á las puertas de su modesta casa de la calle de Humboldt, que contrastaba con el palacio suntuoso que el general González levantaba á la sazón en uno de los barrios entonces más frecuentados de la ciudad.

En tales condiciones, el tuxtepecanismo, bien muerto ya, no tenía por qué resucitar. Habíale sustituído el porfirismo puro. El hombre se había impuesto á fuerza de habilidad y perseverancia, y el general Díaz volvía esta vez á la presidencia, en fuerza de su propio prestigio personal: podría en lo sucesivo imponerse incondicionalmente á su partido.

## ESTABLECIMIENTO DE LA DICTADURA.

Tan aceptable como el primero, ó quizá más, fué el segundo período presidencial de D. Porfirio Díaz. Juzgado serenamente, su gobierno de entonces resistiría la crítica más exigente, y, comparado con los demás que bajo el nombre de repúblicas se habían sucedido desde principios del siglo en la América latina, ocuparía indudablemente uno de los primeros sitios, por dos caracteres y dos tendencias dominantes: la decisión y eficacia en mantener la paz pública á todo trance, y la indulgencia y tolerancia en todo aquello que no afectara ni pusiera en peligro el orden establecido.

A ese período correspondería muy bien la famosa frase de D. Francisco Bulnes que, poco más tarde—demasiado tarde para que fuese aplicable á todo el gobierno porfiriano—atribuía al dictador haber gobernado á México con "un mínimo de terror y un máximo de benevolencia."

Rotas para siempre las ligas que lo ataban con el partido tuxtepecano, pudo el general Díaz abrir las puertas del gobierno á todos los individuos, cualesquiera que hubiesen sido sus antecedentes. Dedicóse especialmente á contentar á viejos enemigos personales: se vió ocupar el ministerio de Gobernación nada menos que á D. Manuel Romero Rubio, el brazo derecho del lerdismo, el hombre que, al estallar la revolución de Tuxtepec, puso precio á la cabeza del caudillo. Conservadores que durante muchos años habían estado excluidos del festín burocrático recibieron empleos lucrativos, comisiones pingües, canonjías espléndidas; generales que combatieron al lado de los franceses contra la soberanía nacional, también hallaron acogida. El que no encontraba lugar en el presupuesto ni en los gastos secretos de los ministerios, recibía concesiones, contratos, repartimientos cuantiosos, como los de las viejas encomiendas otorgadas por el emperador Carlos V y sus descendientes.

En medio de esa marea de generosidad y liberalidad, se cercenaban cabezas: eran los intransigentes, los irreductibles enemigos personales, los rebeldes impenitentes que todavía soñaban con disputar el supremo poder al general Díaz. Puñales asesinos, balas perdidas, prisiones realizadas con todo el aparato legal y terminadas con un asesinato vil, en medio del camino, fueron despejando el campo y exterminando la oposición, legítima ó bastarda. El procedimiento llegó

á hacerse tan corriente, que se le bautizó con el nombre de "ley fuga." Aplicábase, es cierto, en aquella época de preferencia á los criminales de la peor especie, á los bandidos de camino real, á los que cometían salvajes atentados en las vías férreas recién construídas, á los que aterrorizaban comarcas apartadas.

No hay que extrañar, pues, que la sociedád viese el procedimiento con cierta complacencia. No preveía aun el peligro inmenso que hay siempre en aprobar el uso de una arma por todos conceptos ilegal, que hiciese al gobierno dueño de vidas, ni había real interés en oponerse á ella, cuando se palpaban sus aparentes beneficios, cuando los caminos estaban cada vez más seguros, y la gran propiedad asegurada, y el orden político inalterable.

En cambio, la generosidad oficial tenía atónito al pueblo: era la primera vez en la historia de México, en que los vencidos de ayer disfrutaran de iguales beneficios que los vencedores: era el primer caso, inaudito para los testigos de la terrible intransigencia, del odio irreconciliable, de la persecución implaclable que cada revolución dejaba detrás, como un sedimento putrefacto. ¿Qué importaba que el tesoro no bastase para tantas canonjías, y privilegios, y concesiones y contratos, y hubiese á cada paso que acudir al crédito interior y exterior, si, en cambio, cada nuevo beneficiado sería un adicto, un sostene-

dor incondicional del régimen que tantos favores dispensara?

Al mismo tiempo, el general Díaz aprovechó tan favorable disposición del ánimo público, para ir absorbiendo poder, más y más cada día. En este punto su labor es una obra maestra de política; obra de inmensa perseverancia, de astucia que pasma, de estudio y cavilación que habrían consumido la energía de un hombre menos templado para la fatiga. El dictador se empapó en la ley, hasta saber todos sus recodos y lagunas como nadie; conoció por genial intuición nuestro estado político y social de entonces, y aprovechó sus conocimientos para fundar un sistema de gobierno que le permitiera ser árbitro único de todos los negocios. Comenzó por reorganizar el congreso federal, con la aparente intención de dar cabida en él á todos los credos políticos y todas las tendencias. Pero en realidad formó ambas cámaras con amigos personales, profundamente adictos, pero irreconciliables unos con otros, de tal modo que jamás pudiesen agruparse y formar una mayoría parlamentaria. Desde entonces cesó para siempre la oposición en las cámaras federales; no volvió jamás á levantarse una voz en contra del presidente de la república, ni en lo más reñido de discusiones entre facciones que, á últimas fechas, se veían con mutuo recelo porque se disputaban el predominio en el ánimo del dictador, todopoderoso ya.

No menor sagacidad demostró en las relacio-

nes del gobierno federal con los de los Estados. Antes del general Díaz, la oposición cacical había sido uno de los tropiezos más graves de los gobiernos mejor intencionados. Era que la constitución social del país había sido, hasta entonces, una agrupación de cacicazgos punto menos que independientes unos de otros, sometidos á la tiranía de los reyezuelos. Bajo el régimen colonial, el gobierno español atendía en realidad sólo á las ciudades y provincias cuya población era mixta ó donde el trabajo del indio en la forma de la esclavitud, era indispensable para la prosperidad del europeo. Mas había pueblos exclusivamente de indios, que el gobierno español abandonaba á la autoridad de los caciques, tiránicos, á veces más que los mismos españoles, pero casi siempre elegidos por el pueblo y sostenidós á todo trance por él. Había también tribus en verdad independientes, que jamás llegaron á someterse completamente á la autoridad virreinal, y que los españoles, no pudiendo dominar civilmente, apaciguaban y expoliaban por medio de los misioneros. Á la fusión de los cacicazgos oponíase el odio de tribu; la diferencia, á veces hasta de idioma, entre los habitantes de regiones vecinas; la desconfianza tradicional, atávica, heredada desde los tiempos en que el indio vivía constantemente en armas y los señoríos en perpetua guerra unos con otros. El régimen colonial no era el más á propósito para unificar ese conjunto tan disímbolo, y menos lo había sido el período anárquico

que precedió á la consolidación de la república. Así fue el cacicazgo uno de los obstáculos más serios ante los cuales la buena voluntad, el patriotismo y la rectitud de Juárez se habían estrellado. El gobierno federal, para subsistir, tenía que tolerarlo, hacerse encubridor de sus crímenes, capitular ó exterminarlo; pues á cada momento el cacique, apoyado por sus hordas, amenazaba la tranquilidad pública. Y como ni Juárez ni Lerdo pudieron exterminarlo, el cacicazgo estaba en su apogeo á principios de la dictadura Díaz.

¿Cómo pudo el general Díaz oponerse á esa hidra de mil cabezas, y gobernar sin trastorno público serio durante muchos años? ¿Cómo pudo vencer la resistencia local en toda la extensión del país, hasta el punto de hacer que el gobierno federal ejerciera al principio una influencia favorable en el gobierno local, y al último pesara sobre los pueblos como la loza de un sepulcro?

El general Díaz no destruyó el cacicazgo porque no podia destruirlo, porque nada podia modificar las condiciones que hacían de él la única forma de gobierno local posible en un país como el nuestro. Tan caciques fueron los Cravioto, y D. Próspero Cahuantzi, y D. Mucio Martínez bajo el gobierno de Díaz, como lo habían sido Vidaurri y D. Juan Álvarez y Lozada en épocas anteriores. Pero el general Díaz quebrantó en parte la autoridad de los caciques, sometiéndola al gobierno federal, y la impuso á los pueblos, en vez de permitir que estuviera apoyada por ellos. Quebran-

tó la autoridad de los gobernadores, que eran los caciques máximos, quitándoles la facultad de reclutar guardias nacionales y acaparar armamentos, y, sobre todo, poniéndoles enfrente la autoridad, igual si no mayor, del jefe militar de la zona correspondiente, apoyada por unos cuantos batallones y regimientos. Á los caciques pequeños, escogidos por los pueblos, sustituyó los jefes políticos, nombrados por el ejecutivo del Estado y á veces del federal, casi nunca originarios de la localidad, y dotados de hecho, aunque no de derecho, de autoridad ilimitada sobre el pueblo que iban á gobernar.

Por medio de esta complicadísima y delicada trama, que requería para ser eficaz un conocimiento profundo, aunque no científico, de los hombres que manejaba y de las condiciones sociales del país, el general Díaz pudo llegar á dominar de un extremo á otro de la república, por el único medio eficaz, completo, absoluto: el control de las elecciones. En tiempo de Juárez, único en que había habido elecciones, las hicieron los gobernadores, árbitros de los pueblos; en tiempo de Díaz esa labor quedaría subordinada siempre á la autoridad federal, mejor dicho á la persona del presidente, que tramitaba todos los asuntos electorales por medio de su secretario particular.

El medio era habilísimo, y tan eficaz que su autor muy pocas veces tuvo que apelar á la fuerza militar para instalar á sus elegidos en los puestos públicos, y el sistema era tan sólido que resis-

tió aun en la época de plena decadencia, cuando las facciones formadas dentro de su mismo régimen se disputaban prematuramente la herencia presidencial.

Explícase, con tales antecedentes, cuán fácil le fué al general Díaz dar el segundo golpe de estado. Al mediar su período presidencial, el sistema que á tan grandes rasgos acabo de describir, estaba funcionando ya con la regularidad de un cronómetro: la cámara enteramente propicia, el país en marcha normal, y el sentimiento público perfectamente dispuesto. Entonces ordenó la reforma constitucional que permitía la reelección del presidente de la República.

Nada sorprendente es que el segundo golpe de estado no hubiera tenido que vencer grave oposición. La protesta del viejo tuxtepecanismo, de los rezagados del benitismo, de los que soñaban en la vuelta del general González, de los pocos que temían la entronización de una tiranía perniciosa para los intereses nacionales, se limitó á unas cuantas manifestaciones populares estudiantiles, más ruidosas que consistentes, por las calles de México; unos cuantos vidrios rotos, algunos hombres descalabrados, y la detención de unos pocos llamados agitadores.

El restablecimiento de la reelección pudo hacerse gracias á la obra maestra de ambición, de sagacidad, de tenacidad, de política en una palabra, del general Díaz, favorecida por las circunstancias: no fué un acto de abdicación servil de

un pueblo destinado á la perpetua esclavitud y á la eterna servidumbre.

En un país intensamente revuelto, como lo había sido México en todo el resto de su vida independiente, la introducción de algún orden en los negocios administrativos tenía que considerarse como un progreso, como una ventaja que no tardaría en producir frutos. Que ese orden se impusiera por la absorción y la centralización del gobierno, importaba poco; entonces se creía más en la benevolencia y la rectitud de un solo hombre que en la de toda una clase. Dentro de las imperfectas leyes, los negocios judiciales marchaban por el camino tortuoso que la rapacidad, la ignorancia ó la pereza de los hombres encargados de administrarla les marcaba. En cambio, se hizo público bien pronto que la presión directa del ejecutivo solía enderezar entuertos, y que era mucho más fácil en no pocos casos hacerse oír del presidente que de los personajes de la curia. Igual cosa sucedía en los negocios administrativos. Nadie que estudie con desapasionamiento los actos de gobierno del general Díaz en esa época podrá negar que la intromisión del ejecutivo federal en los negocios encomendados á los otros poderes fué en muchísimos casos más provechosa que nociva, y contribuyó al buen orden administrativo mil veces más que lo habría hecho el funcionamiento estrictamente constitucional de los otros dos poderes y de los gobiernos de los Estados.

Era imposible que una nación, salida apenas de la servidumbre y luégo de la anarquía, sin la educación cívica que solo da el ejercicio sistemático y consciente de los derechos políticos, hubiese previsto hasta donde llegaría en unos cuantos años ese sistema. No menos improbable fue que se previera la notable longevidad del presidente: la tiranía era tolerable para la mayoría, benéfica para grupos cada vez más numerosos; sólo oprimía á individuos aislados que se negaban á reconocer la supremacía absoluta del poder presidencial, y sólo pesaba sobre el grupo inferior, que había venido soportándola, siempre rudamente, desde los más remotos tiempos.

Y el país, comenzó á progresar, realmente, al menos en lo que se refiere al estado conómico de una clase numerosa: esto es innegable.

Mas apenas cumplido el segundo golpe de estado, el general Díaz comprendió que, para sostenerse indefinidamente en el poder, necesitaba de toda necesidad, restringir más aun las libertades públicas, y especialmente la de imprenta: Ya desde años anteriores, había logrado que el congreso federal modificara el artículo constitucional relativo á la libertad de imprenta, de tal modo que los escritores públicos quedasen sujetos á la acción penal por medio de los jueces del orden común, y que los llamados delitos de prensa quedasen sujetos á la autoridad de los jueces

por los procedimientos ordinarios (1). En el fondo, la ley no era ni atentatoria ni injusta: no es absurdo que los escritores públicos deban responder de sus actos delictuosos, ni que se les someta á los procedimientos judiciales aplicables á todos los delincuentes; en esencia y suponiendo que los instrumentos por los cuales la sociedad administra la justicia funcionan con toda regularidad, es claro que pretender una ley especial para de los que delinquen por medio de la prensa, es favorecer la creación de una clase privilegiada, establecer un fuero contrario á la justicia misma y á la libertad de los pueblos. Pero la razón incontestable que hace conveniente la creación de procedimientos especiales, está en que la mayoría de las veces los escritores públicos son procesados por delitos, falsos ó ciertos, cometidos en contra de los intereses del gobierno, y como éste es el órgano por el que la sociedad administra justicia, resulta que el gobierno se erige en juez y parte.

El general Díaz sabía por intuición que la prensa es el estímulo más poderoso del sentimiento público, y no quiso dejarla fuera de su dominio personal. El principio de su tercer cuatrienio se marcó por el comienzo de las persecuciones á periodistas; persecuciones que más tarde tomaron forma cruel, bárbara, apenas creíble. Mas

(1) Esta reforma constitucional fué aprobada por el congreso en tiempo del general González, por indicación del general Díaz, y González nunca quiso aplicarla á perseguir periodistas.

todavía en aquel período la persecución era poco intensa.

Mientras perseguía á los escritores desafectos, premiaba con liberalidad á los que personalmente lo ensalzaron. En torno de la tesorería comenzaron á rondar los hombres de letras, y el general Díaz no se mostró menos generoso con ellos que con los demás de sus amigos. Personalmente, siempre tuvo aversión á la prensa: despreciaba á la enemiga como á una banda de piratas, y á la amiga como una turba de esclavos, y más tarde, cuando estirpó radicalmente todo noble impulso del periodismo mexicano y prostituyó á éste hasta un grado increíble, su odio, su aversión y su desprecio hacia ella no conocieron límites.

Mas todavía al finalizar su tercer período presidencial, Díaz obraba con aparente moderación y benignidad, exageradas por una **pose** de magnanimidad. Mientras ordenaba al general Reyes el exterminio de todos los elementos perturbadores en la frontera; mientras se deshacía de sus enemigos por procedimientos muy semejantes á los de los señores feudales; mientras enviaba tropas á las comarcas inquietas con órdenes de no traer prisioneros, daba muestras de sensibilidad extraordinaria llorando en público cada vez que hablaba al pueblo, y hasta llegó á suspender la aplicación de la pena de muerte por delitos del orden común. Es que todavía entonces no se sentía absolutamente seguro en la dictadura;

todavía pensaba que es más fácil engañar al pueblo que vencerlo, y que una crisis cualquiera podría en poco tiempo poner en peligro su gobierno. Y por eso, aun habiendo absorbido los poderes federales y de los estados, y centralizado el gobierno en su persona, conservaba todas las apariencias de legalidad, fingía acatar la constitución y gobernar con ella, y su gobierno podría pasar ante el observador poco atento é ignorante de la trama en que se había bordado todo aquello, como un verdadero gobierno republicano.

Para absorber el poder legislativo encontró una rutina, irreprochable desde el punto de vista del texto constitucional, pero en realidad completamente ilegal: pedir y obtener facultades extraordinarias. La constitución mexicana, hecha para regir en un país con frecuencia sujeto á trastornos, prevé que siempre que el poder legislativo lo considere necesario, delegue sus facultades en el poder ejecutivo para que él disponga de los fondos públicos, de las propiedades nacionales, como son las tierras y las aguas, y legisle, sin más restricción que dar cuenta al congreso del uso que haya hecho de esas facultades. La medida era previsora y resultó en ocasiones benéfica: Gracias á ella la legalidad de los actos de Juárez durante las guerras de Reforma y de Intervención no pudo ser negada, y se salvó la república. Pero el general Díaz aplicó el mismo principio en tiempos normales, é hizo que las cámaras, formadas por sus amigos íntimos, delegaran

casi constantemente sus facultades en el presidente de la República, á tal punto que en los veinticinco últimos años de su reinado, casi no hubo ley que no viniese directa ó indirectamente del Ejecutivo, y no se dió el caso de que se discutiera un contrato ni una concesión, antes de que el presidente la otorgara.

Fué tanto lo vicioso, ilegal é inconveniente de esa rutina, que algunos de los más devotos amigos personales del general Díaz, como D. Rosendo Pineda, se opusieron sistemáticamente á darle su voto. Por ella, toda la obra legislativa del gobierno, desde 1884 hasta 1911 fué del general Díaz, y él es el responsable inmediato de todos los errores, todas las tendencias reaccionarias y liberticidas que la caracterizan.

En cuanto á la absorción del poder judicial, fué igualmente completa, y más tremendamente nociva que la del legislativo, y contribuyó quizá más que ningún otro de los crímenes políticos de Díaz á causar su inmenso desprestigio.

Al terminar su tercer período, en 1892, el general Díaz estaba ya resuelto á no abandonar la presidencia jamás. Entonces hizo reformar otra vez la constitución en el sentido de permitir la reelección indefinida. Este paso tan grave provocó muchas más protestas que el segundo golpe de estado. Se organizaron demostraciones públicas, se le dirigieron ataques por los periódicos menos timoratos. El gobierno reprimió aquéllas

con energía y exacerbó las persecuciones á la prensa.

Por lo demás, todos los candidatos posibles, el popularísimo D. Ramón Corona; el bravo D. Ignacio Martínez; el inquieto D. Trinidad García de la Cadena, estaban bien muertos, ó en el destierro, como D. Vicente Riva Palacio, ó bien experimentados en cabeza ajena, como D. Mariano Escobedo. Y, por otra parte, el país seguía prefiriendo la tregua medianamente apetecible á la renovación de la lucha, que podía ser desastrosa.

## CONSOLIDACIÓN DEL RÉGIMEN PORFIRIANO.

Díaz comenzó su cuarto periodo dictatorial en condiciones difíciles. Transitorio había sido el alivio del pueblo después de la crisis que dejó tras de sí el pirático gobierno del general González, y volvía á advertirse malestar público. Si los empleados federales recibían sus pagas con puntualidad, tenían que aceptar, sin embargo, parte de ellas en la forma de certificados de alcances, que nadie sabía cuándo se harían efectivos. Si las obras públicas y especialmente los ferrocarriles daban trabajo á mucha gente, comenzaba á iniciarse la carestía de todos los artículos. En el invierno de 1892 se perdieron las cosechas, y al año siguiente el maíz subió mucho de precio y estalló una epidemia de tifo. El gobierno tuvo que importar maíz para venderlo á precios reducidos; la peste se propagó á muchas ciudades del interior; la mortandad en la capital fué enorme,

los hospitales hallábanse atestados de enfermos; familias enteras desaparecieron: el cuadro nada tenía de halagador. Para cubrir las necesidades del gobierno, aumentadas por la prodigalidad porfiriana, era indispensable acudir al crédito, ya fuera pidiendo anticipos á los bancos, ya contratando empréstitos en el extranjero. Se hablaba ya de bancarrota y la crisis se adelantaba á pasos acelerados. (1).

A agravar la crisis contribuyó no poco la baja considerable que sufrió en el extranjero el valor de la plata, que era, como había sido antes y ha sido siempre, nuestro principal producto de exportacin. El gobierno estaba tan seriamente preocupado por la crisis, que D. Matías Romero, reconocida autoridad en finanzas, fue llamado de su puesto diplomático en Wáshington para encargarse de la secretaría de Hacienda. El ilustre estadista señaló en dónde estaba principalmente el mal: en el desorden absoluto con que se manejaba la hacienda pública. Se retiró después de iniciar una reforma saludable, y dejó al frente de ella á D. José Ives Limantour, que fué á quien tocó en suerte pasar por lo más agudo de la crisis.

---

(1) Los ingresos federales, que en 1890-91 fueron de $67.366,753 (sobre todo gracias á ingresos etraordinarios) bajaron desde luego y fueron durante el cuatrienio, como sigue:

| | |
|---|---|
| 1891-92 .. .. .. .. .. .. .. | 42.959,884. |
| 1892-93 .. .. .. .. .. .. .. | 47.704,132. |
| 1893-94 .. .. .. .. .. .. .. | 48.319,766 |
| 1894-95 .. .. .. .. .. .. .. | 43.945.700. |

El presupuesto aprobado para el ejercicio fiscal de 1895-96 daba $45,284.000 para los ingresos y $46.067,914, con la perspectiva de poder reducir los gastos hasta dejar un superavit de $36,087, en el caso más favorable.

Pasada la crisis, normalizados los negocios, llegada la reacción bonancible que jamás deja de seguir á los malos tiempos, hallóse el gobierno en circunstancias diametralmente opuestas, en una situación única en los anales mexicanos. El gobierno presentó á los ojos atónitos de la nación el primer superávit real y efectivo, en vez del inveterado déficit; todos los negocios recibieron ímpetu extraordinario, no se temió ya que la crisis económica trajera consigo la perturbación del orden que es su consecuencia habitual y por una rara particularidad, la baja de la plata pareció favorecer al país al hacer el saldo del comercio internacional.

El mismo D. José Ives Limantour ha dicho (yo lo he escuchado de sus labios) que la nivelación de los presupuestos fué obra sencillísima que sólo requería una condición: una mano extraña, independiente en cierto modo y autorizada por el presidente, para que pusiera coto al saqueo de las arcas públicas. La nivelación del presupuesto vino después de casi veinte años de ejercicio pacífico del poder, con el país en plena reacción bonancible. No había habido jamás gobierno que funcionara en paz durante tan largo tiempo, y por lo tanto no había término de comparación. Si á Juárez lo hubiesen dejado el clericalismo traidor, primero, y el militarismo ambicioso, después, gobernar en paz durante cuatro lustros ¿quién podrá negar que aquel hombre probo, rodeado de hombres probos eminentes; aquel sagaz político

y patriota sincero, no hubiese llegado al mismo punto veinte años antes? Daiz no hizo la nivelación de los presupuestos: dejó que otro la hiciera, cuando, de no haberla realizado, su gobierno habría hecho bancarrota ó rodado en el estruendo de una revolución espoleada y sostenida por la miseria pública. La imperiosa necesidad de conservar el poder (no el cumplimiento de un programa hacendario definido, patriótico y apoyado en la ciencia) lo llevó á moderar un poco el derroche de los fondos públicos.

Sin embargo, el suceso, único hasta entonces en la historia de México y tal vez de los países hispanoamericanos, excepto Chile y Costa Rica, fué pregonado como una maravilla de honradez administrativa, de patriotismo y de ciencia económica. Díaz siguió siendo pobre, luego no había robado los fondos públicos; y su sabiduría y su amor á la patria quedaban demostrados con el hecho sin precedente. Tal fué la base de su fama, de la gran reputación que hubo de conservar durante otra década.

Al mismo tiempo, la prosperidad se extendía por todo el país: había trabajo de sobra, la marea de oro subía y subía por todas partes. se improvisaban fortunas, se abrían fábricas, se explotaban minas abandonadas durante casi un siglo, ó se descubrían nuevas; los productos agrícolas se pagaban mejor (á precio de plata mexicana) en los mercados extranjeros. Y esto también lo pregonaban los heraldos de la gloria porfiriana, y el

pueblo se creyó por primera vez dichoso, porque nunca había visto alzarse tantos palacios, ni correr tan abundoso río de plata, ni tenido más al alcance de la mano el pan que los amos, prósperos y contentos, le arrojaban.

Los ingresos fiscales aumentaban, y con ellos la posibilidad de continuar la fecunda política generosa; se emprendieron grandes obras materiales, unas exigidas por las circunstancias, como el desagüe del Valle de México y el saneamiento de la ciudad; otras pedidas por el afán de enriquecer á los contratistas: se construyeron edificios á costo doble ó triple del verdadero, y que muchas veces necesitaban repararse apenas terminados ó derribarse completamente porque los contratistas empleaban matreiales de ínfima calidad ó no se ajustaban á los proyectos, ó estos eran originalmente defectuosos. El gobierno emprendió la construcción, por cuenta del erario, del ferrocarril de Tehuantepec; vía de importancia comercial y estratégica, que ponía en fácil comunicación con el centro una región importantísima. El derroche en esta vía llegó al colmo. Yo visité aquella región muy poco después de que la línea había sido puesta en explotación, administrada por el mismo gobierno, y recogí de testigos presenciales relatos verdaderamente escandalosos. Hubo contratistas que entregaran como terminados tramos extensos de vía sin terraplén ni durmientes, en que los rieles estaban puestos directamente sobre el terreno sin apoyo alguno. Á lo largo de la vía ya-

cían grandes puentes de acero, comprados á gran precio en Inglaterra ó en Estados Unidos, y que no se armaban, sino que se dejaban abandonados á la intemperie para dejar subsistir puentes de madera, cuya renovación se hacía incesantemente con gran contentamiento de los contratistas de madera. Este ejemplo, tomado al acaso, se repetía en casi todo el país, con solo variar las circunstancias. Si el general Díaz no amasaba fortuna, en cambio, á lo sumo el treinta por ciento de las cantidades que importaban los presupuestos anuales iban á satisfacer su objeto (exceptuando el pago de los intereses de la deuda, que debía hacerse integramente).

Si hubo en esa época algún orden; si se inauguró una era de política hacendaria definida; si se introdujeron mejoras en el sistema, obra fué todo esto de D. José Ives Limantour, que llegó al gobierno sin ligas políticas ni compromisos de ninguna especie; que dedicó toda su actividad por aquel entonces al estudio de las cuestiones hacendarias; que tenía conocimientos muy sólidos en la materia y una inteligencia nada común. El general Díaz lo dejaba hacer, porque esas gestiones, de las cuales jamás llegó á entender una palabra, le permitían disponer de muchos millones para continuar absorbiendo poder, y porque el ministro, cortesano como pocos, se colocaba voluntariamente en segundo término, y atribuía públicamente todos sus buenos éxitos á la sabiduría del presidente. Así se realizaron algunas obras

verdaderamente trascendentales, importantísimas, sólidamente preparadas y realizadas con la precición de los problemas matemáticos. Tales son, por ejemplo, la supresión de las alcabalas, la organización del sistema bancario y la reforma monetaria. Estudiar detenidamente estas reformas, necesitaría un libro extenso, y quedaría fuera de este programa. La supresión de las alcabalas, ó sea los impuestos que se cobraban por la introducción á las poblaciones, de productos de procedencia nacional, puso fin á un obstáculo gravísimo que se oponía al comercio interior, el cual tomó ímpetu desde luego. La reorganización del sistema bancario fué tan útil ó más quizá, para el comercio nacional, puesto que permitió establecer bancos locales relacionados unos con otros, facilitando muchísimo las operaciones de cambio, que antiguamente no podían hacerse casi en lo absoluto. Y es motivo de satisfacción que el sistema bancario nuestro sea uno de los más sólidos del mundo; por ser tan sólido, ha sido en realidad el único elemento moderador de las operaciones de crédito que en épocas de bonanza suelen ir mucho más allá de los límites que la prudencia aconseja, y ocasionar crisis formidables. Gracias á él y á la reforma monetaria que vino más tarde, México ha podido pasar por trances tan duros como la crisis económica de 1907-08 y la revolución de 1910-11 sin quiebras, sin pánicos, sin que se derrumbe todo el edificio de la prosperidad nacional, y sin que el cambio sobre el exterior haya

seguido la marcha que en los demás países en revuelta.

Llegó, pues, la bonanza. El progreso y la racha de prosperidad que pasó por todo el mundo, encontró á México en situación propicia, con las puertas abiertas de par en par á lo extranjero; abolidas algunas de las trabas que se hubieran opuesto á ella, y pacificada la república. Y progresamos, como el resto del mundo.

Los cantores de la gloria de Porfirio Díaz le han proclamado el único hacedor de la prosperidad de México, y miden la bondad de su gobierno por la abundancia de las exportaciones y las importaciones, y por la marcha de los ingresos fiscales. Si unas y otros indican prosperidad,—han dicho ellos—es prueba segura de que el gobierno del general Díaz fué bueno.

La verdad es que los gobiernos deben juzgarse por sus obras, y no por la prosperidad individual ó colectiva de los gobernados. Es indudable que en los años que precedieron á la independencia, la situación económica de la Nueva España era más bonancible, relativamente hablando, que durante el último cuatrienio de la presidencia de Juárez, y á nadie se le ocurrirá sostener que el virrey Iturrigaray gobernó á la colonia de manera más sabia y justa que á su país nuestro gran reformador. Lo cierto es que el progreso universal en los últimos años ha sido más rápido y patente que nunca, y sólo aquellas naciones aisladas ó notoriamente incapaces, por su situación

geográfica ó por su organización social y su estructura étnica, han permanecido refractarias á la onda avasalladora del progreso y á la corriente de la prosperidad material. Comparando nuestro adelanto con el de los demás paises en el mismo período de tiempo, se ve que no fué el nuestro el único en que la producción, las rentas del Estado y el comercio exterior aumentaron, indicando una era de prosperidad material. (1).

Mas de todas maneras, los pregoneros de la gloria porfiriana, tuvieron ocasión de ensordecer con sus clarinadas; los heraldos de la grandeza gubernamental dejaron oír por todas partes sus fanfarrias, y el país entero, atónito, subyuga-

(1) No es necesario presentar un cuadro comparativo de la marcha que estos factores han tenido en la mayoría de los países del mundo, para demostrar la verdad de esta afirmación. El progreso material ha sido independiente del gobierno, y en ciertos casos hasta se ha verificado á pesar de la obstrucción que el gobierno le ha ofrecido (como sucedió en México en las postrimerías de la dictadura porfiriana). Nadie puede afirmar que Rusia, por ejemplo, haya sido nunca un país bien gobernado, y sin embargo, las exportaciones de Rusia, que eran de 374 millones de rublos en 1875, subieron á 613 millones en 1893 y á 1053 en 1907; los ingresos fiscales que en 1874 fueron de 706 millones de rublos, ascendieron diez años más tarde á 2024 en 1905 y á 2526 en 1909. Tampoco podría sostenerse que China haya tenido un sistema de gobierno modelo, y sin embargo, allí donde ni estadísticas fiscales existían, los cálculos más dignos de confianza dicen que los ingresos deben de haber subido de 100 millones de taels que eran en 1893 á 297 millones en 1910, y el comercio de exportación aumentó de unos trece millones de libras esterlinas que fué en 1890 á unos 54 millones en 1909 (y nótese que este cálculo es sin tener en cuenta, como en las estadísticas mexicanas, el valor de las exportaciones en moneda de plata).

Hasta las colonias, que sólo por excepción pueden considerarse bien gobernadas, progresaron. Cuba, Puerto Rico, Argelia, ofrecen á este respecto estadísticas concluyentes que no cito aquí, por no alargar esta nota, pero que pueden encontrarse en cualquiera publicación de ese género.

do por lo que no había visto jamás, creyó que, efectivamente, el general Díaz era el hacedor de todos esos bienes, que, como el caudillo hebreo, había guiado al pueblo á través del desierto, haciendo brotar el agua de las rocas, y lo había llevado á la tierra de promisión, en donde por obra de milagro el maná divino caía del cielo en lluvia perenne.

Nada hay más propicio para dominar á los pueblos, que la prosperidad. La vieja regla castellana "pan y toros" ha de realizarse siempre donde quiera que haya un pueblo habitualmente pobre y oprimido. Por eso todas las grandes tiranías marcan su paso en la historia con un reguero de esplendores: los templos faraónicos, los palacios de Babilonia, las grandezas de los césares; las magnificencias del papado en la Edad Media, el brillo de la corte del Trianón. El pueblo que ha sido siempre pobre y oprimido cambia con mucho gusto su libertad por un pedazo de pan que calme su hambre, por un puñado de cobre que alivie su miseria, porque en los pueblos que han sido esclavizados, como en las especies animales domésticas, se atrofia el instinto que á los animales aptos para la vida libre, hace preferir la libertad á todos los otros bienes.

Sin la brisa de la prosperidad sin precedente, que empujaba de continuo, suave, delicadamente, al pueblo, como acariciándolo, la dictadura del general Díaz no hubiera llegado al límite de la atrocidad en que la vimos más tarde, ni se hubiera

prostituido tanto, ni corrompido y disgregado con tanta facilidad.

El oro del gobierno se derramó á manos llenas para contratar cantores y pregoneros y los hubo en tanta abundancia, y algunos tan inteligentes y quizá tan convencidos, que llevaron al ánimo público la creencia de que todo cuanto éramos, cuanto valíamos, y cuanto llegáramos á ser en lo futuro, se debería al dictador, y que su mano firme había sido la suprema hacedora de todo ese aparato esplendoroso. El general Díaz disfrutó entonces de verdadera popularidad. Por primera vez en la historia de México, el presidente de la república fué aclamado por las calles, y por doquiera que iba, lo seguía la admiración sincera, ferviente, de casi todos nosotros.

Pocos han de haber sido los que no creyeron en el espejismo. Yo creí, lo confieso sin rubor. Si nunca pensé que el general Díaz fuera el único autor de la bonanza que por todas partes había, si admití que ese hombre extraordinario había puesto efectivamente toda su energía, que era mucha, toda su sagacidad, que era incomparable, toda su tenacidad india y todo su patriotismo en poner á la nación mexicana en aptitud de levantarse por sí misma, y desarrollarse ya libremente, sin temores y sin contratiempos. Yo también como la inmensa mayoría de los mejicanos, le perdoné la crueldad, la ambición, la tolerancia de muchas cosas malas y la ignorancia de muchas cosas buenas ante el mérito de habernos presentado

á los ojos del mundo, como un pueblo que trabaja, que progresa, que contribuye á la obra de la civilización humana.

## LA POLITICA DE CONCILIACION.

Alzándose en el pedestal de la popularidad; subyugada definitivamente la oposición, obtenido el apoyo y la complacencia de las potencias extranjeras, fortalecido su gobierno por la prosperidad material; el general Díaz sólo tenía que temer, en el interior del país, un enemigo: la iglesia católica. Esta no podía ni quería someterse. Vencida en los campos de batalla; despojada de sus elementos de guerra por las leyes de Reforma; privada de sus dos medios principales y más eficaces de conquista, que son la enseñanza y la beneficencia pública; tenía forzosamente que considerar al gobierno emanado del partido liberal y apoyado en esas leyes, como al enemigo irreconciliable con quien no se puede transigir y al que es necesario oponerse á toda cosa.

Las luchas de medio siglo, en que la iglesia católica tuvo parte tan principal, habían dividido la población de México en dos bandos radical-

mente opuestos: el jacobino y el clerical; los dos intransigentes, los dos fanáticos, como que en ellos se verificaba la eterna ley de las reacciones. La iglesia católica en México había sido despótica, dominadora, expoliadora, cruel; el clero prostituído, rapaz como quizá en ningún otro país, y naturalmente cuando llegó el momento en que parte de las antiguas víctimas reclamara sus fueros, la reacción tenía que ser por necesidad violenta, cruel, intolerante, despiadada. Para derrocar al clericalismo que pesaba sobre el pueblo como una loza funeraria, era indispensable que los jacobinos demolieran y arrasaran todo. Para impedir que el clero católico despojara á los campesinos de lo mejor de sus productos, en la forma de diezmos, primicias, derechos y obvenciones parroquiales, y que los conventos estorbaran el libre desarrollo de las industrias, y las comunidades viviesen chupando la sangre de los pueblos, fue indispensable que los **rojos**, los **chinacos**, los liberales exaltados entrasen á saco á los conventos, derribaran iglesias y robaran los tesoros del clero. Si el jacobinismo pasaba arrasando campos, quemando ciudades y asesinando, era porque el clericalismo se había apoderado de todo: de la conciencia, de la hacienda y de la vida del pueblo, y lo sacrificaba todo en aras de la pompa clerical; porque también la iglesia había encendido hogueras, atestado prisiones y sembrado el terror de uno á otro confín del territorio mexicano.

Todo esto era reciente. Por más que los pueblos suelen olvidar pronto, los hombres que en 1860-70 habían quedado huérfanos ó arruinados, no podían perder la noción del peligro. La racha próspera no podía destruir aún el instinto de conservación. El partido liberal había dejado de existir, como agrupación militante; mas el liberalismo había avanzado, como tiene que suceder forzosamente en los países abiertos al comercio universal de las ideas.

En tales condiciones, era imposible hacer desaparecer la distancia que mediaba entre ambos grupos de la sociedad. La iglesia y sus adeptos no podrían aceptar sino la derogación de todas las leyes adversas á los intereses de aquélla; pero al mismo tiempo, las clases medias, que constituyen la mayor fuerza social de México (donde la clase rica es poco numerosa y la clase baja ha sido factor de mínima importancia), no podían tolerar que se derogaran de una sola plumada los principios en que descansaba el restablecimiento de la República. D. Porfirio no era tampoco hombre que quisiera compartir con otros el poder, y el restablecimiento de los privilegios eclesiásticos habría sido nada menos que la abdicación de gran parte de su poder en favor de la iglesia.

No quedaba más que un medio para atraerse á la vieja clase conservadora y al clero. Era lo que se llamó impropiamente la **política de conciliación,** y por la cual se entonaron no pocos him-

nos á la sabiduría del dictador. La cual política consistió sencillamente en dar por derogadas las leyes, con tal de que los infractores se mantuvieran dentro de ciertos límites que la prudencia aconsejaba. No era esto propiamente una política de conciliación, pues por tal se entiende aquella política en que cada uno de los dos bandos cede parcialmente en sus pretensiones, para llegar á un medio igualmente admisible para ambos. Aquí no sucedía tal cosa: el liberalismo no obtenía ventaja alguna, desde el momento en que el clero continuaba considerando al gobierno liberal usurpador de los derechos de la iglesia, y rehusaba someterse á las leyes de Reforma, con la misma tenacidad é intransigencia que cuando se promulgaron.

Si el general Díaz hubiera hecho concesiones sin menoscabo de la ley, y obtenido en cambio otras igualmente importantes para afianzar el gobierno liberal, su obra habría sido en efecto de trascendencia política incalculable. Podía muy bien, pues tenía oportunidad de sobra para ello, haber reformado parcialmente las leyes quitándoles ciertas asperezas, ciertos rasgos tiránicos, innecesarios ya, para garantizar los derechos de la iglesia, y haber obtenido en cambio, por ejemplo, el reconocimiento del matrimonio civil, aun cuando fuese por medios indirectos, para resolver de una vez el gravísimo trance en que desde hace cuarenta años se encuentra la sociedad mexicana, de tener dos formas de matrimonio, la una legal;

ilegítima, pero generalmente más usada, la otra. Lejos de eso, el general Díaz únicamente sacrificó la ley, expresión de los principios liberales, sin dar á los grupos que los proclamaron ninguna ventaja cierta.

De este modo el dictador creó un **modus videndi** particularísimo, tanto más grave cuanto que fundó un precedente que ha de llegar á ser funesto. Por ese acomodo, el presidente de la República y todos los demás funcionarios, cumplían con la fórmula legal de protestar en el augusto nombre de la Patria guardar y hacer guardar las leyes de Reforma, y después voluntaria y sistemáticamente las violaban. El clero había comenzado por excomulgar á todos los que rindieran esa protesta; pero no tardó en convencerse de que prodigar tanto la pena era hacerla caer en desprestigio con detrimento de la autoridad eclesiástica, y se conformó entonces con exigir de sus adeptos una fórmula igualmente vana: la contraprotesta, por la cual los católicos para ser admitidos en el seno de la iglesia tenían que prometer que, á pesar de la protesta legal, no habían de guardar ni hacer guardar las leyes de Reforma.

Mas el funcionamiento eficaz y sin tropiezo de tan inmoral sistema dependía muy principalmente de una circunstancia: la permanencia del general Díaz en el poder. Y por eso el general Díaz tuvo en la iglesia el más fiel aliado y el sostén más vigoroso. Por eso se hacían rogativas para que su vida se prolongara con la esperanza de

que algún día la iglesia católica fuera bastante fuerte para asaltar el poder colocando en él á un Miramón ó un Leonardo Márquez. Y por eso al estallar la revolución de 1910 se repitió lo que un siglo antes había acontecido: en todos los púlpitos del país se combatió la revuelta y se recomendó la obediencia ciega al tirano. En 1810 no había clero indígena: el clero criollo y más todavía el mestizo, estaban postergados al español, y por eso fué un factor revolucionario de primer orden; en 1910 el clero indígena permaneció adicto á la autocracia del general Díaz, porque no tenía para ella sino motivos de agradecimiento.

Es justo decir, sin embargo, que el **modus vivendi** halló oposición, y tenaz, de los grupos liberales, aún los más adictos al gobernante.

Los liberales transigieron en parte. Solamente los tibios, que formaban el grueso de la masa burocrática, se sometieron sin escrúpulo ni reparo. Los convencidos protestaron ó aceptaron la situación con algunas muy importantes reservas. El jacobinismo siguió floreciendo y saliendo á la superficie. Periódicos liberales exaltados denunciaban los desmanes del clero y, al señalar el peligro, contribuyeron á mantener vivo el espíritu de libertad. Aun dentro de la misma burocracia se organizó la defensa, en cierto modo eficaz y que garantizaba el sostenimiento y afirmación de algunos de los principios conquistados en una de las luchas más crueles y grandiosas de nuestra historia. Esto fué por medio de la

instrucción pública, especialmente la federal. Hubo liberales distinguidos que no negaron al general Díaz el poder que ansiaba, hasta le ayudaron á obtenerlo y se convirtieron en cómplices de muchos de sus más censurables actos de despotismo; pero no permitieron que la educación popular cayera en manos de la iglesia, ni que la enseñanza oficial dejara de ser rigurosamente laica. Esto hicieron hombres que como D. Justo Sierra, comenzando por ser cooperadores de la obra política de unificación bajo el régimen porfiriano, acabaron por arrojar su talento y su valer moral á los pies del dictador. Muchas fueron las faltas de estos hombres, sobre todo en las postrimerías de la dictadura porfiriana; pero en cambio, nadie puede quitarles el mérito de que hayan sostenido á toda costa el principio de la enseñanza laica, y contribuido á la **descatolización**—como dijera con tanta exactitud el señor Sierra, refiriéndose al efecto necesario, inevitable de la enseñanza científica moderna.

El error de esos hombres en este pnnto—además del de haberse dejado llevar por la marea de corrupción espantosa que invadió á últimas fechas el gobierno del general Díaz—fué haber creído que una obra de defensa vinculada íntimamente con la dictadura, había de sobrevivir á ésta; en no prever que la autocracia pudiera derrumbarse alguna vez y arrastrar consigo el edificio de la instrucción laica.

Ya hemos visto que tal cosa ha estado á pun-

to de suceder, y nada difícil es que suceda. Como la revolución de 1911 no ha llevado al poder una agrupación política bien organizada, ni el nuevo gobierno tiene plan alguno, ni personal competente, hemos visto llegar la instrucción pública á manos muy poco aptas y nada liberales. Y hasta se ha oído en la cámara de representantes á un liberal de otros tiempos declarar que no importa que la educación deje de ser laica y se convierta en religiosa, puesto que el hombre al fin y al cabo, llegará á emanciparse cuando adquiera las nociones científicas por las cuales indispensablemente á la conciencia del hombre repugnan las limitaciones del dogma católico.

Esto sería verdad, si fuese compatible la educación científica con la católica, y si esta procurase el desarrollo de todas las facultades. La educación religiosa en general, y más especialmente la católica, no dañan el espíritu del hombre por la fe que inculcan, por la metafísica y la teología que llevan en sus enseñanzas; sino por lo que no enseñan. Hay religiones, como algunas del oriente, que son filosóficas, metafísicas en esencia; que establecen principios de ética general ó bien que hablan únicamente de las nociones absolutas, de suprema causa y ley suprema del universo. Pero la religión católica, más materialista que todas las demás de los tiempos modernos, hace artículos de fe de hechos que caen bajo el dominio de las ciencias experimentales, y funda no pocos de sus dogmas en nociones que se hallan en abierta

pugna con los principios científicos universalmente aceptados ya. Siendo así, la iglesia católica se ha visto en la precisa necesidad, ya que no puede permitir la discusión de sus dogmas á la luz de la ciencia, de proscribir toda enseñanza que se halle en desacuerdo con los artículos de fe, é incluir en la lista de los libros malditos y heréticos, los destellos más luminosos de la ciencia moderna. La enseñanza católica no tiene por objeto, como la budista, por ejemplo, enseñar el culto de los antepasados, del supremo bien y de la suprema verdad, sin formularla claramente. Sirve sólo para cerrar el espíritu á toda noción que pueda minar la fe en el poder sobrenatural y la sumisión absoluta á la autoridad eclesiástica, y puebla en cambio el alma humana de multitud de preocupaciones incompatibles ya con la necesidad de la vida. Entregar á la iglesia católica el problema de la educación nacional, sería condenarnos á ir todavía por mucho tiempo á la extrema retaguardia del progreso humano; encadenar el alma mexicana, hacernos más incapaces aún de defendernos de la invasión de otras razas mejor armadas mentalmente que nosotros.

Por esto es que, para mí, la obra de los liberales durante el gobierno del general Díaz tuvo ese singular mérito. Ellos fueron los únicos que resistieron, en el último pero más importante reducto, á la renunciación de todo en favor del tirano. Ellos defendieron la enseñanza popular, y si no supieron llevarla por el mejor camino, tam-

poco la abandonaron entregándola á los eternos enemigos de la ciencia y de la libertad. ¡Ojalá que ese esfuerzo se prolongue, y que la nueva generación se salve del naufragio á que la ola invasora de una revolución sin altos ideales, parece condenarla!

## PORFIRIO DÍAZ, VIRREY DE MÉXICO

Al finalizar el siglo, cuando el general Díaz hubo acabado de organizar ese admirable sistema político que le permitía gobernar de hecho todo el país, sin el menor tropiezo desde un gabinete del palacio nacional, llegó el momento decisivo de su carrera de hombre de Estado. Su poder ya no tenía límites. Todos los anhelos de la nación parecían condensarse en uno: el de no turbar la paz que tan fructífera había sido y que—tanto se nos había inculcado esa creencia—era el cimiento indispensable sobre el cual se levantaría en un porvenir no lejano una república grande, respetable, dichosa. No había más que una aspiración: dejar que la mano firme del general Díaz nos llevara hacia el futuro, que veíamos iluminado por un divino resplandor auroral.

Ahora, á través de casi tres lustros, vemos muy claramente que en aquel tiempo la misión política del general Díaz quedaba absolutamente

concluída. Su pacificación, por más que hubiese sido muchas veces ilegal, en ocasiones hasta criminal, siempre egoísta y siempre tiránica, pudo haber sido, efectivamente, la base de un progreso firme y sólido, y su obra haber perdurado como labor beneficiosa para la nacionalidad mexicana.

Aquel sistema político, por hábil que fuese y adecuado para facilitar las tareas administrativas, no podía ser permamente. Para ello habría sido preciso que los deseos, los intereses, las tendencias del autócrata marchen siempre de acuerdo con las necesidades y los intereses nacionales. Y esto no puede ser jamás. Llegado á ese período de su régimen, el general Díaz se encontraba en la situación de quien no halla tropiezos para su gobierno. Es mil veces más fácil mandar que gobernar, y á partir de la época en que Díaz acabó de centralizar absolutamente el poder, ya no tenía que gobernar, sino simplemente que mandar.

Si al llegar á ese período, el general Díaz hubiese querido efectivamente ser el hacedor de un México respetable y próspero; si hubiese tenido la sabiduría para lograrlo ó al menos el patriotismo para intentarlo, se contaría hoy, sin duda alguna, como el más grande, justo y prudente de los gobernantes de la América latina. Ante tamaño y tan noble esfuerzo, todo se habría perdonado: la enorme acumulación de poder, el despilfarro de las rentas públicas encaminado á vencer resistencias y comprar á precio de oro rebel-

des voluntades; hasta el exterminio llevado á los límites de la hecatombe por crueles y sanguinarios lugartenientes; todo habría palidecido ante aquella titánica obra.

¿Qué mexicano habría negado su colaboración en aquellos días para lograr la paz estable, no ya basada en la obediencia ó el temor á un hombre omnipotente, sino en el equilibrio automático, en la acción simultánea de esfuerzos sociales que se contrarrestan y se anulan en lo que tienen de destructor, y cooperan y se suman en lo que tienen de conservador y eficazmente progresista? ¿Qué oposición pudo haber encontrado cuando tratara de impulsar en vez de estorbar la evolución política del país, que no podía quedar estacionario en ese punto mientras lo invadía la marea de la prosperidad?

No sucedió tal cosa. El general Díaz, una vez que tuvo en la mano la fórmula que le permitía dominar al país con él mínimo de esfuerzo, sólo se consagró en cuerpo y alma á perpetuar ese sistema y emplearlo en provecho propio y de sus inmediatos cómplices, cortesanos y lacayos. Y su obra así incompleta; obra de dominación, de terror, de tiranía, de despojo para la inmensa mayoría de los mexicanos á quienes privó de todos los derechos, y á favor de las castas á quienes convirtió en predatoras, ya no puede ser la del buen gobernante de un país libre. Su obra es la de un virrey colonial, la del que permite la explotación ilimitada de un país, el provecho de

unos cuantos y en detrimento de los verdaderos intereses nacionales.

El general Díaz en la plenitud de su poder, enaltecido por una corte servil, parásita, que vivía de ejercitar la indignidad, la servidumbre; incensado perpetuamente y elevado á la categoría de los semidioses, llegó á sentir desprecio por todo, á creer que el pueblo, la sociedad entera, la patria, era aquel puñado de cortesanos á quienes fustigaba, escupía, pisoteaba, y que todos los anhelos estaban contenidos en los hosanna que el Círculo de amigos suyo entonaba de rodillas ante su trono. Lo único respetable, lo único digno, era para él el extranjero que lleno de arrogancia, con ademán altivo, cruzaba las antesalas de palacio, y ante quien los chambelanes doblaban la cerviz.

"México—decía un proloquio vulgar—es la madre de los extranjeros y la madrastra de los mexicanos." Esta frase, que no solo andaba de boca en boca sino que llegó á figurar en libros de extranjeros (1), resume en pocas palabras la política financiera, administrativa, interior y exterior del general Díaz. Y nada puede explicar mejor por qué, mientras del extranjero llovían condecoraciones para Díaz, sus hijos, sobrinos, parientes y lacayos, y se le ensalzaba como el más grande de los hombres de Estado de la América Latina, en el país mismo fuera del cerco que le formaba la adulación de sus favoritos, se le maldecía y el pueblo

(1). Véase **Terry's México**.

sólo aguardaba con impaciencia que la muerte lo arrancara de la presidencia de la República ó que un hombre cualquiera se levantara en contra suya y lo derribara de aquella cúspide en que parecía tocar al cielo.

El objeto de todo gobierno nacional es mejorar la situación individual, política y social de los nacionales. El buen gobierno nacional no rechaza—porque sería absurdo y hasta imposible en el estado actual de la civilización—la ayuda extranjera; pero entiéndase bien que acepta la cooperación, subordinada siempre al interés nacional. La inmigración sólo es deseable cuando el inmigrante lleva consigo un contingente de civilización y se fija y vincula sus intereses con los del país donde va á fijar su residencia.

Sólo los gobiernos coloniales de la peor especie tienen por único fin la explotación ilimitada, imprudente, precipitada y desordenada de los recursos propios, en beneficio de los extranjeros, y la esclavización ó el exterminio de los nacionales. A este tipo infeliz de gobierno pertenece el del general Díaz. Esa obra maestra de política no llegó á otro fin que facilitar la explotación inmoderada de las riquezas para beneficio extranjero, y la dominación ó el exterminio de los nacionales, salvo la casta burocrática que era al mismo tiempo el apoyo del régimen y la única beneficiada por él.

La prosperidad deslumbradora habida durante el gobierno del general Díaz debióse, en parte muy principal á la explotación de ciertas riquezas en

mayor escala que nunca, entre ellas especialmente la minera. Las exportaciones de estos artículos, así como de ciertos productos tropicales de gran demanda en el extranjero aumentaron asombrosamente. Sólo en veinte años de gobierno de Díaz, las exportaciones de productos mineros subieron de poco más de 36 millones de pesos (en 1890) á más de 111 millones (en 1910). En el mismo período las exportaciones de henequén subieron de menos de seis millones á más de veinte, y los demás productos tropicales, como maderas finas, tabaco, café, etc., también tuvieron considerable aumento.

Mas fuera del henequén, del café y algunos otros productos de regiones limitadas, el resto de la bonanza procedía de la explotación de fuentes agotables de riqueza, que se hallaban en su mayoría en manos de extranjeros, con la agravante de que los propietarios ni siquiera residían en México. Los ciento veinte millones de pesos que valían los minerales exportados, iban en gran parte á convertirse en dividendos para accionistas extranjeros: sólo quedaba en el país la proporción miserable que se distribuía en jornales mínimos de los obreros. Como en los tiempos coloniales, iban las naos salidas de México, llevando los tesoros sacados de las entrañas de la patria por esclavizados indios, para deleite de los amos extranjeros que ni siquiera habían visto jamás los lugares donde aquellos se producían.

Como bajo la dominación española, en torno de

los minerales en bonanza, surgian improvisados y populosos centros. Pero también, como en los tiempos coloniales, había de llegar el tiempo en que, agotadas las vetas y las bolsas ricas en plata y oro, la gente emigrara dejando solo esqueletos de ciudades, vastas necrópolis como Zacatecas, Taxco, Guanajuato, que no conservan sino vestigios de su antiguo esplendor.

Cosa idéntica acontecía con los productos agrícolas de exportación, exceptuando el henequén y el café. Provenían de compañías agrícolas, muchas de ellas con residencia en el extranjero, y en cuanto á la explotación de las maderas preciosas, es bien sabido que se hacía sin orden, en la forma más destructora, de tal suerte que bosques enteros se habían despoblado, sin que sobre el suelo así despojado de sus riquezas se hubiera sembrado una sola planta útil.

En cambio, la producción agrícola para el consumo interior, el cultivo de los cereales de que el pueblo vive, hallábase estacionaria, si no es que disminuía en relación con el número de habitantes, y año por año había necesidad de importar maíz y trigo americanos para atender á las necesidades del mercado interior.

No menos desconsoladoras son las estadísticas de la industria: 123 eran las fábricas de tejidos en 1893, y 146 eran diez y ocho años más tarde. Y esto gracias á que esa industria, que en su casi totalidad se halla en manos de españoles y franceses, goza de franquicias excesivas que cierran la

puerta á artículos similares extranjeros y obligan al pueblo á comprar á alto precio artículos de calidad inferior. En cambio, la industria del tabaco y la del alcohol, progresaban á su sabor. 41 fábricas de puros y cigarros había en 1893, y en 1909 el número de ellas llegó á 437 ó sea más del décuplo. La producción de aguardiente alcanzó en 1909 á 43 millones de litros.

Los panegiristas del general Díaz fundan principalmente su grandeza de administrador, en haber permitido la construcción de más de veinte mil kilómetros de ferrocarriles. Ya he dicho á qué se debió la docilidad de Díaz para otorgar concesiones á manos llenas á los capitalistas americanos para construir vías férreas. Cada una de esas concesiones era un regalo que se hacía directamente al capitalista ó por intermedio de un favorito, sobornado por aquél. Nadie en México ignora que muchas familias deben su actual riqueza á concesiones arrancadas al general Díaz y vendidas á capitalistas extranjeros. Hubo en el ministerio de comunicaciones empleados que defraudaban millones de pesos dejándose sobornar por individuos que obtenían concesiones y subvenciones para construcción de vías. Tampoco es un misterio que muchas de esas vías no se construían con el propósito de favorecer el comercio ni atender á las necesidades de ciertas regiones. En un próximo capítulo tendré que ocuparme en esas supuestas inversiones de capital extranjero,

sobre las cuales se basan las pretensiones del gobierno americano al protectorado de México.

La construcción de esa red, junto con los otros datos que en extracto dejo apuntados, resumen sin los oropeles de que se ha revestido en las biografías del general Díaz, la inaudita prosperidad de México bajo la dictadura de este personaje.

Las estadísticas guardan profundo silencio respecto á la nacionalidad de quienes manejan las compañías mineras, y las grandes empresas agrícolas así como las industrias manufactureras de México. Pero nadie ignora que más del setenta y cinco por ciento de ellas son extranjeras y en cuanto á los ferrocarriles, su extranjería está tan bien marcada, que ha sido el inglés el idioma oficial en la mayoría de ellos.

Para explicar y justificar esa situación que se acentuó múy notablemente en tiempo del general Díaz hasta el punto de provocar casi una crisis muy intensa de antiextranjerismo, se ha dicho que los mexicanos somos incapaces por falta de empresa, por apatía é ignorancia, de explotar nuestras propias riquezas, y que estas tienen que ir invariablemente á parar á manos extranjeras.

No niego que por falta de educación y por las condiciones sociales á que se halla sujeto, el mexicano adolezca de tales defectos. Tampoco caigo en el error de atribuir al general Díaz ese estado de cosas, ni pedirle cuentas porque bajo su gobierno el espíritu nacional no se hubiera transformado radicalmente.

Pero ni esa fué la única razón de que México se halle en la actualidad dominado absolutamente por extranjeros, ni el gobierno del general Díaz hizo el más leve esfuerzo para mantener esa invasión dentro de los límites de la justicia y del interés nacional. El acaparamiento de los negocios por extranjeros sería legítimo y beneficioso para el país, si hubiese sido el resultado de la libre competencia entre los nacionales y los inmigrantes; si éstos, gracias á su capital y á su esfuerzo enderezado dentro de los límites de la equidad y de la ley, hubieran resultado vencedores.

Que el comerciante español ó francés llegue á México llevando el esfuerzo juvenil, la ambición legítima, la fuerza y la perseverancia, y mejor equipado para la lucha, se enriquezca después de haber pasado años detrás del mostrador de la tienda de comestibles ó de ropa, en abierta competencia con los demás, no tiene socialmente nada de censurable, y aunque el abarrotero por su avaricia, su falta de cultura y otras de sus peores características no sea uno de los mejores inmigrantes, ha vencido en abierta pugna y, enriquecido ya, contribuye á formar la clase media que es uno de los más importantes elementos en las sociedades modernas.

Que el capitalista inglés compre al mexicano pobre, incapaz de explotarlas por su misma pobreza, propiedades mineras riquísimas, las haga administrar y dirigir por ingleses, y sólo aproveche de los mexicanos el trabajo rudo de los jornaleros

y mineros, es indispensable para la explotación de la riqueza nacional, ya que apenas hay en México capital disponible para empresas de poca cuantía y de éxito inmediato. Que los bancos emitan sus acciones en París, Londres, Berlín y Nueva York, y paguen dividendos enormes, producto de operaciones de crédito efectuadas en el país, no es más que la consecuencia inevitable de la angustiosa necesidad de dinero en que hemos vivido siempre. (Sabido es que la mayoría de los bancos de México pagan más del doce por ciento anual de dividendos, y las acciones del Banco Nacional se cotizan en París á más del 300% de su valor nominal.)

Mas por cada propiedad legítimamente adquirida, por cada dólar, ó franco, ó marco ó libra esterlina invertidos en negocios rectos y beneficiosos para el país ¿qué número de monopolios, de servidumbres, de contratos ruinosos y verdaderamente inícuos dejó tras de sí la administración del general Díaz?

Más que la apatía y la ignorancia, la tiranía privó á los mexicanos de la posesión y explotación de las riquezas propias. Si el mexicano pedía la concesión de una caída de agua, de un bosque, de un terreno, de una mina, de un yacimiento de carbón ó de un manantial de petróleo, la solicitud tenía que ir apoyada y endosada por alguno de los favoritos del presidente, que le cobraba á precio exorbitante el favor de hacer que el negocio administrativo fuera medianamente atendido. Y no pocas veces el mexicano, después de haber com-

prado así los servicios de los funcionarios públicos, recibía una rotunda negativa, y á poco tiempo veía en el Diario Oficial la noticia de que lo solicitado por él había sido concedido graciosamente, nada menos que al personaje de cuya influencia había querido él valerse para conseguirlo.

Y si eso sucedía con los mexicanos colocados socialmente cerca de la clase privilegiada, lo que pasaba con los labradores, rancheros, gabusinos y fabricantes en pequeño, era espantoso. ¡Infeliz del labriego que, amante del suelo heredado de sus mayores, y acometido súbitamente por una ráfaga de modernismo, pretendía regar su heredad, y comprar máquinas, y emplear abonos, y mediante un esfuerzo paciente y rudo, lograba que sus mieses fueran las mejores, y sus milpas atrajeran la atención del vecindario! Desde ese momento, ya había despertado la rapiña del jefe político, del comandante militar, del secretario de gobierno ó del cura, canónigo ó arzobispo, quienes no descansarían hasta haberlo despojado de sus propiedades, y si las defendía con el tezón admirable con que el indio defiende su tierra, iba á parar al cuartel, á la ignominiosa servidumbre del soldado prisionero, ó un grupo de soldados lo sacaba de la cárcel y lo fusilaba por la espalda en medio del camino.

En los archivos judiciales de México hay por millares, episodios de esta clase: yo he visto muchos: yo conozco en detalle historias de estas que llenarían libros; historias de gentes sacadas de sus

ranchos por la fuerza, con ayuda de las tropas, para que tomara posesión de ellas el gobernador, ó el jefe de las armas, ó el extranjero, apoyado y sostenido por el general Díaz.

En 1863 el presidente Juárez, deseoso de fomentar la agricultura, expidió la ley de terrenos baldíos, por la cual se cedían terrenos pertenecientes á la nación, á quien quiera que los denunciara, limitara, y explotara, pagándolos á precio determinado y recibiendo gratuitamente parte de ellos, en recompensa de los correspondientes trabajos de ingeniería.

Apoyándose en esa ley, el gobierno del general Díaz cometió las mayores iniquidades. Consta en documentos publicados en México que repetidas veces algunos de los magnates, en la fiebre de la especulación en terrenos llamados baldíos, despojó no ya individuos, sino pueblos enteros que habían poseído las tierras desde hacía siglos y que las trabajaban y sacaban de ellas el sustento.

Entre las muchas doctrinas que algunos sistemas sociológicos proclaman, y que sirven para excusar el despojo por la conquista, se tremola una muy aparatosa y capaz de deslumbrar á espíritus cultos y claros. Dícese que si el propietario de una fuente cualquiera de riqueza no la explota, es indigno de poseerla, y debe despojársele de ella, en el momento mismo en que surja un propietario más apto, que quiera ó pueda explotarla mejor.

Menos mal que esa doctrina hubiera sido la guía y la disculpa efectiva de tantas iniquidades.

Menos mal que los indígenas hubiesen pasado de la categoría de dueños á la de colonos, ó siquiera á la de empleados, peones, jornaleros del nuevo propietario, y que esos terrenos apenas cultivados hubieran comenzado á producir en abundancia, fertilizados por el riego, acariciados por el arado, enriquecidos por el abono. Si todos los kilómetros cuadrados de terrenos arrebatados á sus legítimos dueños durante el reinado de D. Porfirio estuvieran produciendo ahora, aunque fuese al tipo mínimo de producción de los terrenos en México, en la actualidad todos los graneros de la república estarían repletos, y saldrían de nuestros puertos buques cargados de trigo, de harina, de maíz, de tantos y tantos productos que el benigno clima de México puede dar.

Mas no fué así: la inmensa mayoría de los despojos se hacían simplemente expulsando á los moradores, cerrando los terrenos á la explotación, para que el autor de la rapiña esperase tranquilamente á que se presentara un **prospector** yanqui en busca de terrenos grandes y con ellos embaucar á sus compatriotas organizando una de tantas compañías agrícolas fraudulentas. Yo he visto en periódicos oficiales de los Estados las órdenes que las autoridades daban á los habitantes de aldeas y pueblos para que abandonaran sus hogares, y entregaran los terrenos á los avariciosos denunciantes. Y aquellos infelices indios, que no tenían más falta que no haber poseído un título escrito en que constara la propiedad de las tierras don-

de sus antepasados, desde mucho antes de que Cristobal Colón naciera, habían vivido en paz, preferían muchas veces morir cazados como fieras ó abandonados en las prisiones, antes que salir de buen grado de lo que era para ellos la única patria.

He dicho ya que el deber fundamental de todo gobierno en un país libre, es mejorar las condiciones de sus nacionales, así en lo individual, como en lo político y social. Los pueblos, como toda la fauna y la flora, son productos del suelo y del cultivo (¿educación no es cultura?) Si queremos que una especie animal ó vegetal mejore, debemos fertilizar el terreno y cultivarla. Así mismo, el progreso de un pueblo no se consigue sino mejorando las condiciones de la tierra en que vive, y sometiéndolo á cultivo. México es un país extenso, poblado por quince millones de hombres, de los cuales la mayoría son indígenas en un estado social inferior. Es muy difícil de explotar, porque sus tierras ó son pobres, ó se hallan aisladas por casi inaccesibles cordilleras, ó fuera de las zonas en que la vida del hombre es salubre y cómoda.

Siendo así, la única política salvadora de la nacionalidad; la única patriótica y eficaz consiste en mejorar el suelo, por una parte, y por la otra educar al pueblo. Mejorar el suelo es sanearlo, fertilizarlo, prepararlo para el cultivo; hacer que brinde asilo al hombre civilizado, y permita una vida menos rudimentaria y miserable que la del indio. Educar al pueblo no es abrir universidades

y seminarios; no es ni siquiera obligarlo á ir á la escuela á aprender á leer y escribir. La educación del pueblo en países como México, debe empezar por enseñar al indio á vivir de manera distinta, y sobre todo, á labrar la tierra y extraerle la riqueza. Con esos dos elementos, la civilización viene después por sí sola.

Cuando esas dos condiciones se han realizado, el indígena tiene que civilizarse; y si acaso fuera refractario á la civilización, si perteneciera á una especie inferior, entonces sí había derecho á despojarlo de las tierras que no quería conservar, y poner en ellas al colono civilizado, que viniera á explotarlas y á formar un pueblo nuevo, superior al antiguo.

Más, mucho más de dos mil millones de pesos suman los presupuestos de egresos durante los treinta y cinco años del reinado de D. Porfirio. Toda esa suma estuvo á su entera disposición, de ella fué el árbitro único: era el tributo que el país pagaba y que el general Díaz pudo haber invertido en mejorar el estado social de México. Pues bien: de esa inmensa cantidad de dinero, ni un sólo centavo se invirtió jamás en regar ni fertilizar las tierras en que doce millones de indios pasaba la vida trabajosamente sacando apenas un puñado de granos con que saciar su hambre, ni en llevar á esa población, á la gran masa social, á la única clase dedicada al cultivo del suelo, una noción de justicia, ni una enseñanza que le permitiera avanzar un paso más hacia la civilización. Ni el más

leve esfuerzo se hizo para librar á la población rural de la esclavitud y la tiranía que le hacían la vida casi intolerable. Llamándose paternal, su gobierno jamás hizo la más leve tentativa por arrancar á esa enorme masa de la población, de las garras del alcoholismo que los amos rapaces le inyectaban en las venas para así dominarla mejor.

Por eso es que al cabo de treinta y cinco años, la población rural de México sigue sometida á un régimen de esclavitud innegable, recibiendo un jornal de unos cuantos centavos, sumida en la ignorancia, sin esperanzas de redención. Y como los monopolios han encarecido mucho la vida, la situación del pueblo en general es mucho peor que cuando el general Díaz subió al poder. Encima de esa gran masa sometida, se formó una casta enriquecida, brutal, esplendorosa; pero ¿cuándo ha servido la riqueza de los amos para otra cosa que para oprimir y prostituír más á los siervos? ¿ha servido jamás para libertarlos?

Si funesta fué la acción del general Díaz en el estado social de México; desastrosa y perversa hubo de ser en lo político. Llegado á la cumbre de su poderío, debió y pudo haber modificado su sistema, sin peligro alguno, de tal suerte que el pueblo se fuera educando en el ejercicio de sus derechos. Sus panegiristas decían que el funcionamiento normal del sistema republicano federal tal como la constitución lo ha formulado, es imposible dadas las condiciones sociales y económicas del país. Esto es verdad; pero dentro de ese sis-

tema republicano caben muchas formas, y en todo caso, tuvo el general Díaz treinta y cinco años para estudiar y hasta para experimentar, modificando la ley hasta encontrar el término que estuviese más de acuerdo con la manera de ser de México. Si la división de poderes no está bien expresada en la constitución, bien pudo haber reformado los artículos correspondientes, ampliando la esfera de acción del ejecutivo; restringiendo la del legislativo; hasta suprimiendo el senado ó integrándolo por individuos nombrados y no electos, para tener un elemento conservador muy importante en el cuerpo legislativo. Al mismo tiempo pudo haber modificado la ley electoral para hacer efectiva la elección aunque fuese sólo de los diputados. Una cámara de representantes con pocas facultades pero independiente, es mil veces más eficaz que una nominalmente poderosa pero sometida de hecho á la voluntad del presidente y formada por nulidades incapaces de sentir ni comprender los intereses de la nación. Pudo, en una palabra, haber constituído al país de modo que el ejecutivo federal tuviera el control de los asuntos internacionales y federales, pero dejando libertad municipal, para satisfacer la tendencia de los pueblos modernos á constituirse de manera que la comunidad pequeña llegue á bastarse á sí misma. En nada de esto había peligro para su poder. Si se le permitía violar descaradamente las leyes ¿cómo habría sido de temer que se le impi-

diera reformarlas para asegurar el porvenir de la República?

Pero lejos de eso, su política de exterminio, degradación y prostitución se limitó á ir absorbiendo poder, y todas las modificaciones importantes que hizo á la constitución fueron eminentemente liberticidas y tendieron á incapacitar más y más al país para gobernarse por sí mismo. Así, sus más importantes reformas fueron enderezadas á restringir la acción de los ayuntamientos. Ni siquiera en la capital de la República, centro de la cultura y donde la acción directa del gobierno federal era mayor, permitió que hubiera un ayuntamiento electo, que manejara los impuestos municipales. Al contrario; lo despojó de todas sus facultades; lo convirtió en un cuerpo decorativo y puso la administración municipal en manos de los ministerios. Otra de sus reformas importantes fué restringir el juicio por jurados, y más tarde, reformar la ley de amparo hasta el punto de hacerla casi inaplicable á los asuntos civiles. No menos importante fué la reorganización de los tribunales por la cual los jueces del ramo penal quedaron subordinados al ministerio público, dependiente á su vez del ministerio de justicia. Y como el ministerio público es quien lleva la acusación en todos los procesos, resulta que el juez queda siempre subordinado al fiscal, ó lo que es lo mismo, es juez y parte.

Estos rasgos, los más salientes de la obra política del general Díaz, justifican mi afirmación: su

gobierno fué un virreinato, pacífico por el exterminio y la opresión; pomposo y deslumbrante, provechoso para los extranjeros, pero que dejó hondas llagas en la patria, las cuales acaso no puedan curar las generaciones futuras.

¿Y las condecoraciones otorgadas por países extranjeros? El precio de ellas está en los tratados internacionales. Sus relaciones con el gobierno americano merecen capítulo aparte. Fuera de ellas y de los tratados cuyos términos están calcados del clisé en que se funden los pactos de comercio, no celebró el general Díaz un sólo convenio que le dé gloria, y sí algunos adversos á los intereses de la patria. Por un tratado con Inglaterra se fijaron los límites de Belice mucho más dentro del territorio mexicano de lo que los mismos ingleses esperaban alcanzar. Con China celebró un tratado de inmigración que no nos trajo sino dificultades con el gobierno americano, porque habiendo él cerrado las fronteras á la inmigración china y siendo ésta libre en México, por territorio mexicano se han venido introduciendo chinos á los Estados Unidos. Además, no pocos chinos adquirían la nacionalidad mexicana con el propósito de pasar sin dificultad, merced á ella, al territorio americano, y llegó el caso de que el gobierno de Washington pensara seriamente prohibir la inmigración de ciudadanos mexicanos. La inmigración china trajo también la epidemia de peste bubónica. Con el gobierno español el general Díaz

celebró un tratado de propiedad literaria que es una traba muy seria para la producción mexicana dentro del propio país.

Teodoro Roosevelt, con ser un aspirante á dictador, rehusó firmemente una condecoración extranjera, diciendo que como el gobierno americano nada tenía que ofrecer en cambio, él no podía aceptarla. Tenía razón. Esas condecoraciones son muchas veces el premio á la debilidad y hasta á la traición. Cada una de las condecoraciones que el general Díaz ostenta con tanto orgullo, son el precio de una condescendencia, cuando menos, otorgada á extranjeros con detrimento de los intereses mexicanos.

Pero indudablemente el acto más monstruoso cometido con una potencia Europea, fué haber permitido que el gobierno de Austria levantara en territorio mexicano, en el sitio donde murió Maximiliano, el violador de la soberanía nacional, una capilla y le pusiera por nombre **la Capilla de la Expiación**. A cambio de esa debilidad imperdonable, el gobierno austriaco otorgó honores á D. Porfirio, á su hijo, y hasta al conductor del tren presidencial. Y por esas cruces y medallas el general Díaz permitió que se hiciera á la nación mexicana un insulto grave: hacerla aparecer expiando el crimen de haber defendido heróicamente su soberanía. Caso igual no se conoce en la historia. Esa capilla desaparecerá; no puede subsistir. Tengo la confianza de que en cuanto la nación se dé cuenta del hecho (que no se ha publicado detalla-

damente en México por haberlo prohibido el general Diaz), exigirá que el gobierno austriaco traslade ese monumento á otra parte: á los salones de las Tullerías ó al solio de Pío XI, donde se fraguó uno de los más odiosos atentados contra la soberanía de México; pero que no permanezca en el lugar donde Miramón y Mejía cayeron víctimas de su propia infidencia y donde la República Mexicana hizo á Maximiliano purgar los asesinatos cometidos en nombre de la inhumana ley del 3 de Octubre de 1866. (1).

(1) Esta ley declaraba fascinerosos á todos los defensores de la República.

## EL PACTO DE SANGRE.

Si benevolencia y generosidad habían sido los rasgos aparentes del gobierno de Díaz antes de llegar él á la cumbre de la autocracia, una vez en ella no se guardó ni siquiera de cubrir las apariencias. Bajo los oropeles de la abundancia y prosperidad comenzaron á aparecer la crueldad, la intransigencia, la ambición sin límites y el egoísmo del césar. Entonces pudo verse que las verdaderas características de su régimen eran dos: exterminio y prostitución. El exterminio dejó de cubrirse con el ropaje hipócrita del bien público. Ya no se exterminaba sólo en nombre de la paz, los intereses nacionales y el bien social: ya los lugartenientes enarbolaban á cara descubierta, en sus expediciones asoladoras, el estandarte del porfirismo. ¡Ay de aquél que no se manifestaba profundamente adicto el césar, y cuya voz no se dejaba oír bastante alto en el inmenso coro perenne de alabanzas! Se delataba á los enemigos.

y hasta á los tibios é indiferentes. La jauría iba husmeando hasta los más leves rastros de independencia. Y cuando un jefe político, un gobernador, un favorito cualquiera tenía enemigos personales indefensos, los arruinaba, los perseguía, los humillaba y hasta asesinaba en nombre del porfirismo, con la certeza de que sus atentados no provocarían en las altas esferas del gobierno ni el más ligero reproche.

El general Díaz creía firmemente en el exterminio como arma principal de gobierno. Ordenó el exterminio de los revolucionarios de Veracruz, Nuevo León, Coahuila, Guerrero, Acayucan, y muchos otros puntos. Ordenó la matanza de los obreros huelguistas que en Río Blanco, Cananea y otros lugares se levantaron contra el régimen de trabajo que existe aún en México apoyado por el gobierno, y que haría sonrojar á los negreros de hace un siglo. Cuando los empleados mexicanos de ferrocarriles quisieron llevar á término la unión, organizar la defensa, como único medio de sobreponerse á la opresión de los extranjeros administradores de las líneas, el general Díaz mandó encarcelar á unos de los organizadores y ordenó á D. Ramón Corral, entonces Vicepresidente y ministro de gobernación, notificarles que, de intentar la huelga general, serían fusilados los propagandistas. Pero hay todavía un rasgo peor que indica hasta dónde llegaba la fe del general Díaz en la eficacia del terror: cuando, apremiado por el gobierno americano que veía en la endemia

de fiebre amarilla reinante en las costas mexicanas una amenaza para sus puertos del Golfo y del Atlántico, ordenó que se hiciera una campaña tenaz y bien organizada, llamó al Dr. Felipe S. Gutiérrez, á quien el Consejo de Salubridad había confiado la dirección de las operaciones en el istmo de Tehuantepec.

—Lleva V.—le dijo el general Díaz—plenos poderes: si los indios resisten, fusílelos; le aseguro que nadie le exigirá responsabilidad por ello, por supuesto siempre que me avise personalmente cada vez que recurra á esa medida.

El Dr. Gutiérrez me refirió la entrevista poco después de celebrada, comentándola con asombro. Y luégo, cuando la campaña se llevó á término feliz sin haber fusilado á nadie, el asombrado fue el general Díaz, incapaz de concebir que una buena obra hubiera podido llevarse á cabo sin cubrir de sangre la comarca.

Mas el terror no puede servir eternamente para dominar á un pueblo. No se impone jamás á todos los espíritus. Todos los pueblos ofrecen una resistencia más ó menos grande á la opresión y no es posible llegar nunca á vencerla completamente. Cuando un pueblo vive mucho tiempo aterrorizado, en perpetuo peligro de exterminio, se hace estoico, indiferente y acaba por sobreponerse al pánico; y si reacciona, su reacción es tremenda.

El general Díaz no podía haber dominado á México sólo por el terror. Once años duró la

guerra de Independencia, en la que se llevó la crueldad hasta los límites de lo inhumano, y a cabo de esos once años, en cada sierra había un núcleo de insurgentes, y le bastaron á Iturbide unos cuantos meses para arrastrar á todo el país tras el pabellón tricolor de Iguala.

Individual y colectivamente los hombres pueden resistir al terror. Muchos resisten y no se doblegan ante la amenaza. Pero pocos son los que resisten á la prostitución. La tiranía provoca irremisiblemente rebeldías, porque pone en juego, sin remedio, el instinto animal que lleva al hombre á la defensa. La prostitución llega aturdiendo, acaricia, halaga, turba los sentidos; despierta todos los instintos sensuales, provoca refinamientos y va insensiblemente encadenando hombres y pueblos hasta que toda reacción libertadora es casi imposible. ¿Qué crimen será más grande, diezmar pueblos y sojuzgarlos, ó apagar en ellos, inyectándoles el virus degradante, todo impulso noble, todo esfuerzo alto, todo anhelo de superioridad y de fuerza?

Pocos gobernantes, aun entre los reyes, emperadores, faraones, sultanes y califas, han hecho más para prostituír á su pueblo, que el general Díaz para degradar á los mexicanos á quienes no pudo destruír, ni desterrar, ni sepultar en las cárceles. Su ideal de gobierno era imperar sobre una sociedad de cobardes, de esclavos, de degenerados y de perversos, que le proclamase árbitro eterno de sus destinos, y se entregara enca-

denada y amordazada á la explotación de los extraños.

Por eso le arrancó todos los medios de defensa: la tribuna, la prensa, la asociación patriótica, la educación militar. Hasta el duelo quiso desarraigar. Antes del general Díaz, el duelo era un delito consignado en los códigos; pero, como en casi todas las sociedades modernas, subsistía más ó menos tolerado, y si en muchos casos amparaba crímenes, en otros daba al hombre ofendido un medio de buscar reparación á la ofensa. El duelo es un mal social, no cabe duda: suele dar origen á la formación de una clase predatora, la de los espadachines, que vive del terror que causa á las demás. Pero es la única defensa que de su honor tienen los hombres honrados, y no pocas veces ha servido para castigar ó prevenir abusos de mandatarios insolentes. Fuera de los espadachines, los hombres vacilan generalmente ante de exponerse á morir ó matar, y ese temor suele prevenir ofensas y atentados. Por eso, cuantos esfuerzos se han hecho para desarraigarlo de sociedades en que la justicia no da reparación á todas las ofensas, han sido inútiles, y aún en ciertos países, como en Alemania, el duelo es tácitamente obligatorio para los militares.

Para extirpar el duelo sin peligro de emascular la sociedad y sin privarla de un importante medio de defensa, es indispensable que los tribunales funcionen con la mayor precisión y que las leyes dejen pocas ofensas impunes, ó bien que

se organicen juntas de honor encargadas de resolver casos no consignados en los códigos y ajenos á la curia.

El duelo es un acto viril, y por eso el general Díaz, después de haber corrompido tremendamente á la justicia, ordenó que por todos los medios imaginables se persiguiera á los duelistas. Y la sociedad mexicana se encontró á merced de una legión burocrática que injuriaba, calumniaba, humillaba y pisoteaba á los hombres honrados, sin poderse ellos hacer oír de la justicia, y sin medio alguno, absolutamente, para hacerse respetar. El hombre honrado no tenía derechos ni defensa ni amparo alguno; ni su persona, ni su hogar, ni su conciencia eran respetados, cuando se atrevía á pensar libremente y á no someter sus actos lícitos y honestos, al capricho del tirano y de sus favoritos. Contra las ofensas y los atentados de éstos y sus secuaces, no había remedio posible: los tribunales permanecían inmóviles, los jueces sordos, y cuando se recurría á los medios que casi todas las sociedades autorizan para que el hombre garantice su vida y su honor, se veía aislado, amenazado por la prisión, que en México es una tortura más tremenda que cuanto puede imaginarse: algo verdaderamente intolerable para el hombre de bien.

El gobierno amordazó la prensa invocando la moral y el bien público. Y sin embargo, jamás ha existido prensa más espantosamente inmoral que la que floreció bajo el reinado de D. Porfi-

rio. El procedimiento era bien sabido. Con tal que se prodigasen alabanzas al presidente y se ensalzaran perpetuamente sus actos, aun los más abominables, todo lo demás era lícito: calumniar, injuriar, humillar, pervertir. Y si la calumnia, el insulto y la humillación se enderezaban contra el desafecto al gobierno, recibían premio y estímulo. La situación llegó á tal extremo, que cada funcionario de mediana importancia tenía á sus órdenes una hoja periódica cebada con el dinero de la nación, y que le servía para atacar rabiosa y soezmente á sus enemigos efectivos ó supuestos.

Al plan de gobierno del general Díaz convenía que no hubiera gente honrada, y mucho menos en los puestos de confianza. Importaba mucho que en los archivos de la presidencia hubiera siempre información documentada de todos los errores, faltas y delitos, de los hombres públicos, y que cada uno de ellos tuviese cuando menos un litigio pendiente en los tribunales que D. Porfirio manejaba. Importaba también que esos procesos no se fallaran nunca, sino que estuviesen perpetuamente abiertos, para que en cualquier momento de rebeldía, se pudieran reanudar los procedimintos judiciales y se llevara al rebelde á la prisión. Así el general Díaz otorgaba una especie de patente de corso, que se compraba á precio de obediencia ciega y sumisión incondicional. Con esa patente se podía ultrajar, robar, violar, asesinar sin temor alguno. Vanamente se eleva-

ban quejas, y se poblaban las antesalas de palacio de gente ilusa que iba en busca de justicia: ya el general Díaz no podía otorgarla, aunque quisiera, porque la primera ráfaga de justicia habría ahuyentado á la parvada de vampiros que revoloteaba en torno de la silla presidencial. Ya lo más que se obtenía era una promesa ambigua, hecha con desenfado y que no se realizaba jamás. Los pueblos en masa se quejaban y sus clamores se perdían en el perpetuo coro de alabanzas de los cortesanos.

La política del exterminio y la persecución no tardó en dar sus primeros frutos, y se vió á los pueblos emigrar, á veces en masa, como en tiempos precolombinos. Caravanas enteras cruzaban la frontera del norte, en busca de un poco de tranquilidad y de libertad—el mínimo que los yanquis conceden á los inmigrantes pobres. A pesar de las humillantes restricciones impuestas por el gobierno americano á los inmigrantes y del tratamiento rudo que los extranjeros no nacionalizados reciben en tierra yanqui, más de cien mil mexicanos pasaban anualmente la frontera, perseguidos por la espantosa tiranía de las autoridades militares y civiles. Y como cada emigrante era un perseguido que llevaba consigo un rencor, en las poblaciones americanas de la frontera comenzó á engendrarse la revolución, alentada por agitadores escapados milagrosamente de las garras de D. Porfirio. En la frontera, perpetuo asi-

lo de los opositores del gobierno de México, comenzaron á agruparse nubes de tormenta.

El general Díaz sabía muy bien que allí estaba el único peligro. Le constaba, por experiencia personal, que la revolución sin ayuda yanqui sería un fracaso. Pero al mismo tiempo, los emigrados iban propagando relatos, exagerados muchas veces, de la situación de México; periódicos, fundados y sostenidos por escritores que la persecución del gobierno había hecho huír, lanzaban cargos formidables contra el general Díaz, y encontraban excelente acogida, no sólo entre los emigrados, sino hasta en territorio mexicano, donde penetraban clandestinamente. Después se organizaron las llamadas juntas revolucionarias que enviaban agentes á México, y el movimiento de rebelión, abrigándose del otro lado del Bravo, iba tomando forma.

Entonces el general Díaz emprendió una obra que no hay calificativos bastante enérgicos para condenar; realizó un pacto con el gobierno americano; pacto digno de la maldición eterna de todos los hijos de nuestra raza; pacto que era una traición á la patria y una violación á todos los principios fundamentales del derecho. Un pacto de sangre, por el cual los hijos de la infortunada México eran perseguidos aún en tierra extraña por la tiranía de D. Porfirio. Todos los ciudadanos de todos los países, cuando se hallan en tierra ajena, saben que los protege la bandera de la patria, que en todas las tribulaciones á ella pueden

volver los ojos, seguros de hallar protección, alivio y consuelo. Todos los gobiernos civilizados tratan de extender su protección hasta á los criminales, para que no sean víctimas de la injusticia de los extraños, y para que sus derechos sean reconocidos (¿acaso los criminales dejan de tenerlos?). Sólo el general Díaz pudo efectuar un pacto por el cual daba á los americanos cuanto ellos quisieran, con tal de que le permitiesen llevar el exterminio más allá de las fronteras. Lejos de proteger á sus nacionales, incitó á un gobierno extranjero á que los sometiera á espionaje, los persiguiera y los aniquilara. Esto no sucede ni en Rusia. Esto no lo tolera ningún otro país, Tocaba á la crueldad del general Díaz, en consorcio con la voracidad yanqui, engendrar este producto monstruoso, verdadero aborto del derecho y de la civilización, que rige y norma desde entonces las relaciones entre los gobiernos de México y de los Estados Unidos.

Al principio, el gobierno del general Díaz tuvo el pudor de ocultarse en esas maniobras, detrás de terceras personas. Los primeros casos de persecución á escritores mexicanos domiciliados en tierra yanqui, fueron procedimientos ordinarios por lo que en la jerga judicial americana se llama libel. Desde Chiapas, el otro extremo del país, fué un enviado de confianza, con gastos pagados por el gobierno, á exigir responsabilidad por un artículo difamatorio. Mas el procedimiento era largo, costoso é incierto. Las leyes americanas

no ponen á los escritores á merced de los gobiernos, y aunque en aquel caso se extremaron los procedimientos, los periodistas (señores Flores Magón y otros) pudieron dejar burlado al acusador. El general Díaz no podía conformarse con esto, que estaba en absoluto desacuerdo con su temperamento exterminador. Entonces ensayó un nuevo procedimiento: pedir la extradición de todos los revolucionarios, auténticos ó no. Es claro que no la podía pedir por el delito de rebelión, porque los tratados internacionales no la permiten en tales casos. Pero la pedía por delitos comunes, unas veces ciertos, otras imaginarios. Al principio, los Estados Unidos tuvieron un grave escrúpulo: se sabía allí que en México imperaba la ley fuga—suprema represora de todas las rebeldías—y no se quería entregar á reos de delitos á veces insignificantes, para que fuesen irremisiblemente fusilados. (1). (En un caso, el de Gutiérrez de Lara, se le acusaba de haber robado leña por valor de $50). Pero las **cortesías** del gobierno de México eran tantas; tan valiosas las concesiones que se otorgaban (en ese tiempo se estaba arreglando la cesión temporal de la bahía de la Magdalena) que el gobierno federal de los Estados Unidos acalló sus escrúpulos y prometió facilitar en lo posible los trámites. Y entonces se cometieron con los mexicanos irregularidades pasmosas, que rebajaron la dignidad de la justicia

(1) Casi todos los periódicos americanos lo dijeron así, con toda claridad, cuando se iniciaron las persecuciones.

americana casi hasta el punto á que el general Díaz había rebajado la de la justicia mexicana. De Washington partían por telégrafo las órdenes á los procuradores de justicia para que allanasen todo y obrasen de acuerdo con los deseos del gobierno de México.

Había, empero, un obstáculo muy grave: en los Estados Unidos hay de cuando en cuando jueces libres y honrados que se apegan á la ley y no ceden al cohecho ni á la presión política, y así, mientras los procuradores de justicia á veces admitían peticiones de extradición en que iban en blanco los datos relativos al delito que motivaba la querella, los jueces no siempre resolvían el caso de acuerdo con los intereses del general Díaz.

Entonces se inventó otro medio. Se recurrió á las leyes de inmigración. Donde quiera que los espías del gobierno de México descubrían un refugiado político, lo denunciaban á las autoridades de inmigración, que lo cogían y llevaban á la frontera, alegando que era un colono inconveniente **(an undesirable inmigrant)** y lo hacían pasar la línea, donde lo aguardaban ya los rurales que habían de dar buena cuenta de él. Favorecía la realización de ese procedimiento, la amplia esfera de acción que la ley da á las autoridades de inmigración, cuyas decisiones son en cierto modo inápelables, con una sola excepción: cuando la persona de que se trata ha residido durante más de tres años en territorio americano, y no es un delincuente, ni polígamo, ni anarquista.

Para salvar este inconveniente, se recurrió al atentado. Casos hubo en que agentes de policía privada, y hasta funcionarios americanos se apoderaran de mexicanos y, sin llevarlos ante autoridad alguna, los trasladaran á la línea divisoria y los entregaran á las fuerzas rurales. El procedimiento llegó á ser tan escandaloso, que levantó protestas ruidosísimas por parte de las mismas poblaciones fronterizas. En un caso, el de Manuel Sarabia, la actitud del pueblo de Douglas fué amenazadora y las autoridades mexicanas tuvieron que devolver su presa, no obstante que ya lo habían llevado, atado en una mula, hasta Hermosillo.

Más tarde, se trató de que las autoridades americanas expulsaran á Gutiérrez de Lara, acusándolo de anarquista; pero la población de Los Angeles, donde se le aprehendió y donde era muy conocido, protestó y se opuso firmemente á que el atentado se realizara.

En vista de esos nuevos obstáculos, al fin quién sabe cuál de los consejeros juristas del gobierno americano ó de la embajada de México descubrió que las leyes de neutralidad podían aplicarse sin tantas demoras y tropiezos. El texto de la ley americana en este puntc es tal, que su aplicación exacta es muy difícil, al decir de peritos, y quizás no resistiera en la mayoría de los casos, si se sometiera á prueba su validez constitucional. De todos modos, es una ley que sólo aplican los Estados Unidos á los mexicanos residentes en te-

rritorio americano. Hasta la fecha no se ha dado el caso de que por ellas condenen á individuos de otra nacionalidad. Aún en el caso del llamado general Pryce, que dirigió una expedición á la Baja California donde combatió á las fuerzas federales mexicanas, cometiendo actos de filibusterismo claro, la ley no le pudo ser aplicada, y el general Pryce fué absuelto por los jueces.

Ha sido regla hásta hoy que las naciones civilizadas den abrigo á los refugiados políticos, á los perseguidos, á las víctimas de los malos gobiernos. Cuando esos refugiados amenazan la paz de un país amigo, el gobierno que les da abrigo y garantías, se limita á procurar que se alejen de la frontera, que es únicamente donde puede organizar expediciones armadas y violar las leyes de la neutralidad. La perturbación de la paz es un delito contra el orden público, que sólo corresponde castigar al país amenazado. No está de acuerdo con la dignidad de un gobierno de país libre y soberano permitir que el castigo de los delitos contra la soberanía de ese mismo estado, se haga fuera del territorio nacional. La soberanía es indeclinable, y el gobierno que no la mantiene en todos sus aspectos, falta á la fe, á la confianza del pueblo y á los intereses de la patria.

El general Díaz llevó ese pacto horrible hasta el extremo de sobornar empleados del gobierno americano, en los departamentos de inmigración y justicia, para perseguir á los mexicanos desafectos al porfirismo. Contrató policía secreta,

de americanos y mexicanos, y lo que es todavía peor, prostituyó las funciones de los cónsules y diplomáticos, trasformando los consulados y la Embajada de México en Washington, en oficinas de información política secreta. Los cónsules estaban autorizados para invertir los fondos de la recaudación, en pagar espías. Había uno de estos, cuando menos, detrás de cada emigrado. En las poblaciones de la frontera se abrieron falsas agencias de colocaciones, para que á ellas acudieran los mexicanos fugitivos y se les siguiera la pista muy de cerca. Me consta que á los mexicanos que llegaban á algunos consulados pidiendo ayuda, se les ofrecía la que quisieran á cambio de que hicieran oficio de agentes de policía. Con ese sistema, profundamente odioso, los mexicanos salidos de la patria y residentes en territorio americano, sabían que en cada cónsul tenían un enemigo ó un espía, en vez de tener la ayuda, protección y garantía de justicia que tienen todos los demás hombres de todas las demás naciones del mundo, aún los portorriqueños que no tienen legalmente nacionalidad alguna, pero que se hallan bajo la protección americana. ¡En esta triste y vergonzosa condición de parias nos ha hecho vivir la horrible tiranía de D. Porfirio, y nos tendrá sujetos la de todos sus futuros imitadores, si la reacción salvadora, iniciada con el heroico sacrificio de Aquiles Serdán, no sigue adelante, hasta acabar con los ultimos vestigios de aquel abominable régimen!

Todos estos datos no son hijos de invención mía, por más que en México se desconozcan. Constan en documentos oficiales, especialmente en las declaraciones rendidas en los días 8 al 14 de Junio del año pasado ante la comisión nombrada por la cámara de Representantes de los Estados Unidos, para averiguar lo que hubiera de cierto en los casos de persecución de que se quejaban los mexicanos, y contra los que la opinión pública comenzaba á protestar ya.

Ese pacto, el más vergonzoso rasgo del gobierno del general Díaz, era al mismo tiempo inútil, D. Porfirio confiaba en él, como en la fidelidad de todos sus cómplices y por eso abandonó y desguarneció la frontera. Fiaba en las rudas y grotescas cortesías del gobierno de Washington. (1). Ignoraba que la rapacidad yanqui no tiene límites, y que llegaría la vez en que él no pudiera

(1) ¿No el mismísimo Mr. Henry, hermano del presidente Taft, se había servido patrocinar ante los tribunales de New York, á D. Rafael Reyes Spíndola y los demás cortesanos que tomaron bajo su propia responsabilidad la condena de ese pobre diablo de Carlo de Fornaro? Este aventurero italiano, inofensivo y tonto, escribió un libro llamado "Díaz, Czar de México." Los periódicos gobiernistas mexicanos hicieron creer al público que ese libro (al que cerraron las puertas en las aduanas), era un ataque formidable, injurioso y calumnioso, contra el país y los mexicanos. La verdad es que no contiene sino un relato de hechos, unos ciertos, otros anecdóticos, de la corte de D. Porfirio, con apreciaciones, unas exactas y otras falsas, sobre personajes que figuraban mucho en la política. Pero como ponía en ridículo al general Díaz y á su familia, y como el presidente consideró inconveniente que se persiguiera á nombre suyo al autor, envió á Spíndola, su chambelán, á que fingiera la mayor indignación por los calificativos que Fornaro le prodigaba, y emprendiera el viaje para procesarlo. Spíndola, que había demostrado multitud de veces cuán poco le importaba la opinión pública con tal de tener los bolsillos bien repletos de dinero, se fingió ofendido y fue á ponerse en ridículo ante los tribunales americanos. Fornaro fué con-

darles todo lo que ellos deseaban, y entonces se volvería contra él toda esa organizacin pirática y desvergonzada que se ha dado en llamar "la diplomacia del dólar."

denado, no porque se hubiera demostrado la falsedad de lo que él relataba en su libro, sino porque tuvo el cinismo de escribir de su puño y letra una carta en la cual declaraba que su libro tenía por única mira venderle al gobierno mexicano, á buen precio, toda la edición, como lo habían hecho otros autores.

## LA ULTIMA REELECCIÓN.

El general Díaz—me ha dicho uno de sus amigos más cercanos y que mejor lo conocieron—pasaba la vida pensando en su próxima reelección. Era ya una monomanía, una obsesión. Apenas reelecto, comenzaba á fraguar un plan, por absurdo y paradógico que á primera vista fuese, para insinuar á sus amigos la necesidad de ir preparando la reelección siguiente. Porque no siendo franco ni desvergonzado, sino gran simulador, maestro en el arte de ocultar sus decisiones y encubrirlas admirablemente, jamás dijo con claridad á sus amigos que deseaba reelegirse y ellos debían ser los encargados de realizar la reelección. Ambicionando la permanencia indefinida en el poder, quería aparecer á los ojos del público como cediendo á las súplicas insistentes de todos ó al menos los más importantes elementos del país. Y como generalmente escogía el camino más tortuoso, el de la emboscada y la sorpresa,

para llegar al fin que se proponía, su táctica habitual se enderazaba primeramente á descubrir á los desafectos, á hacer salir á flote las ambiciones, á despertar las impaciencias, para alejar de sí sin tardanza á todos aquellos que no fueran absolutamente leales ni supieran reprimir sus ambiciones y aguardar pacientemente á que el general Díaz hiciera su voluntad.

A medida que se acercaba la época de las elecciones, su actividad crecía; agobiaba y perseguía á sus amigos con insinuaciones y ellos, temerosos de caer en desagrado, se apresuraban á desplegar una enérgica y activa agitación reeleccionista. Si alguien se mostraba tibio, caía al momento de la gracia presidencial y podía considerarse como un muerto político, á quien sólo la omnipotencia del supremo hacedor podría resucitar.

Se ha dicho muchas veces—y parece muy probable—que con ese fin el general Díaz simuló una vez una revolución (la de Canuto Neri) en el sur de la República, para que ante el peligro de revuelta pareciera indispensable la reelección. Con la siniestra mira de pillar á los tibios ó ambiciosos, lanzaba de cuando en cuando la idea de retirarse pronto del gobierno, y hasta—así se afirmó entonces—se fingió gravemente enfermo durante una excursión al Estado de Morelos. Mientras tanto, dejó espías detrás de los sospechosos, especialmente de los amigos de D. Joaquín Baranda, y supo que este personaje, dando por cier-

ta la grave enfermedad, se disponía á asumir la presidencia en el momento oportuno. D. Joaquín Baranda cayó muy pocos días despues.

Más tarde recurrió á estratagema semejante para poner á prueba la fidelidad de D. José Ives Limantour y sus amigos—que formaban el grupo llamado "científico." Llamó á su ministro de Hacienda, y le dijo, después de muchos preámbulos, que había decidido ir á descansar á Europa, dejándolo á él como sucesor. En aquella epoca el señor Limantour acababa de realizar la conversión de la deuda, que dejó atónito al presidente, incapaz de comprenderla; la prensa gobiernista había exagerado extraordinariamente la importancia de esa acertada operación, y como fuera de los círculos oficiosos no había gente capaz de criticarla, y en sí misma era buena, el crédito del ministro de Hacienda, el primer hacendista de México y quizá de la América latina, subió hasta las nubes. En aquel tiempo el señor Limantour era el jefe visible del grupo llamado "científico" que tendía á organizarse en la forma de partido político, y en cuyo seno había hombres distinguidísimos, verdaderamente notables.

El general Díaz habló con tanto entusiasmo de su proyecto, y con tan aparente sinceridad, que Limantour lo creyó, y se comenzaron á dar los pasos necesarios para la nueva combinación política, entre los cuales se contaba la elevación del general Reyes—eterno enemigo de Limantour—á la secretaría de guerra. Posteriormente, en una

biografía del señor Limantour publicada por D. Carlos Díaz Dufoo, pero inspirada y revisada por el biografiado, se ha dicho que el general Díaz tuvo en efecto, la intención de retirarse en aquella época y sólo desistió de ello por la actitud del general Reyes, que se desató en una campaña tremenda contra su colega el señor Limantour á quien había sido llamado á sostener. La verdad es que tal biografía fué hecha con el objeto de halagar al presidente, presentándolo ante el público como si hubiera sido un gran patricio, sin ambición á perpetuarse en el poder, y al mismo tiempo ensalzar al señor Limantour, pintándolo tan humilde y ajeno á la política, que habría rehusado la sucesión presidencial. Lo cierto es que Limantour aceptó de buen grado la oferta hecha con toda falsía por el general Díaz; que el general Reyes emprendió su campaña formidable contra Limantour con la aprobación ó cuando menos con la tolerancia del general Díaz, que no podía ver con buenos ojos crecer tanto el prestigio del ministro de hacienda. Lo verdadero es que el general Díaz halló pretexto para no cumplir su palabra, y que el señor Limantour, en vez de indignarse por la burla y retirarse inmediatamente del gabinete, se sometió como siempre á los jugueteos del césar, dispuesto á pasar por todo antes que perder su alta investidura oficial y correr los riesgos de persecución, ruina y hasta muerte, que el general Díaz reservaba para los rebeldes.

Si el relato del biógrafo D. Carlos Díaz Dufoo fuera cierto; si efectivamente el señor Limantour hubiera rechazado en aquella época la oferta de ser sucesor del general Díaz, la responsabilidad de todos los acontecimientos posteriores que inevitablemente condujeron al país á la revolución, recaería exclusivamente en el señor Limantour. No creo que nadie en México no hubiera considerado feliz ocurrencia la trasmisión pacífica del poder, saliendo éste de manos del general Díaz, para ir á las de un verdadero hombre de estado, sostenido por un grupo que en aquella época no caía aún en el descrédito que lo aniquiló después. Esta objeción se la he hecho personalmente al señor Limantour, y él me ha contestado con la sutileza (también esgrimida en la biografía que he citado), de que él nunca fué jefe de partido, ni presidió un mitin, ni era un político, ni existía en realidad el grupo científico. Es claro que, bajo el régimen de intolerancia del general Díaz era imposible que existieran partidos, sino clandestinamente. Presidir un mitin de partido era tanto como ir á muerte política—cosa que en aquel tiempo ni el señor Limantour, ni nadie estaba dispuesto á arrostrar. Limantour sí fué un político, tibio, indeciso, desconfiado, vacilante—pero un político y su influencia en la marcha del gobierno porfiriano es absolutamente innegable.

Nadie ignora que existió el partido científico. Más aún, en mi opinión, fuera del partido de la independencia que existió hace un siglo, y del re-

publicano que se agrupó en torno de Juárez durante la guerra de intervención, (y ambos se formaron en tiempo de guerra), el partido científico fue el primero en surgir en tiempo de paz y ofrecer una organización política complicada. Y hace quince años habría podido resolver favorablemente el problema de la sucesión presidencial.

El partido científico había venido organizándose dentro del sistema porfiriano en la única forma posible en aquellas circunstancias, con elementos del gobierno y bajo el amparo del general Díaz. Su lema tenía que ser ante todo la fidelidad al caudillo. Su programa tenía que subordinarse á la voluntad presidencial, y sólo esbozarse levemente para el porvenir, que en 1902 se consideraba cercano, en que el general Díaz desapareciera. En 1902 formaban el grupo científico los mejores elementos del gobierno. Aún después de la racha revolucionaria que ha querido derribar todo, lo único que permanece en pie, lo único verdaderamente útil de la obra administrativa de los últimos treinta años es obra de científicos, que tuvieron además, el mérito de inyectar buenas y progresistas ideas de gobierno. En 1902 el grupo científico se alzaba enfrente del partido reyista: este proclamaba la dictadura militar, intransigente, personalista, continuadora del régimen de Porfirio Díaz, y los científicos trazaban como vía de transición entre el gobierno absolutamente personalista y el netamente democrático, un gobierno civil, más benigno, más humano, más

acorde con los intereses del país. Incidentalmente en escaramuzas faccionales, aquel grupo inscribía en su bandera estos principios: desarrollar la riqueza, como base de la libertad; fomentar la educación liberal; hacer independiente la justicia, establecer la vicepresidencia. Esto último lo consiguió después de una lucha perseverante con el general Díaz, quien se resistía á poner al lado suyo alguien que pudiera ser un rival, y que sólo cedió á la muerte de su padre político, D. Manuel Romero Rubio, pues creía que, viviendo ese personaje, no podría el eximirse de colocarlo en la vicepresidencia y esto hubiera sido muy peligroso.

El grupo científico, como el reyista, consideraban imposible llegar al poder durante la vida del general Díaz. Se contentaban con recoger la herencia. Todos los partidos políticos de todas partes del mundo, tienen por aspiración suprema el gobierno. No se ha conocido nunca un partido político que pretenda ser gobernado por otro, y cuando se acusa á un partido y se le llama ambicioso porque anhela gobernar, se desconoce la función esencial, fundamental de los partidos. El grupo científico aspiraba á gobernar, y en 1902 estaba formado por hombres en su mayoría progresistas, cultos, liberales, que anhelaban un gobierno mejor que el del general Díaz, y que, en la plenitud de la vida, creían no tener que aguardar mucho á que la naturaleza les entregara la heredad. En esa creencia, buscaban al mismo

tiempo el prestigio, el apoyo de la opinión pública, para llegar al poder en posición más firme. Su influencia hasta entonces había sido benéfica al gobierno del general Díaz. No se les acusaba todavía de tiránicos ni de sanguinarios. Eran al mismo tiempo el más firme sostén de Díaz, puesto que manejaban con acierto la hacienda pública y eran los creadores del crédito exterior, y la prosperidad hacendaria y el crédito eran las dos fuerzas. más considerables del gobierno federal. Así llegaron á predominar dentro del sistema personalista y el presidente, convencido al fin de que no eran capaces de arrebatarle la presidencia, les dejó hacer y les abandonó buena parte de los negocios del gobierno.

La actividad del grupo se consagró á extender su influencia por todo el país haciendo suyos todos los puestos públicos. Suyo era el vicepresidente: suyos los gobernadores de muchos Estados, ya fuera por nombramiento directo ó por alianza; suyos la mitad de los ministros y no pocos funcionarios judiciales. Al mismo tiempo. aliáronse con las claess ricas, convirtiéronse en conservadores, y ofrecieron su amparo á todos los intereses, legítimos ó bastardos, nacidos bajo el abrigo de D. Porfirio.

Esta invasión, esta absorción de poder, calcada de los procedimientos del general Díaz, tenía que redundar en desprestigio del grupo. Al cual desprestigio contribuía no poco el mismo general Díaz, celoso de aquellos á quienes él había for-

mado y sostenido y que ahora eran tan fuertes que, á haber querido, quizás lo hubieran derrocado. No había error administrativo, ni injusticia, ni atentado, ni negocio sucio, que el presidente no atribuyera al grupo científico, y sobre todo al vicepresidente Corral. Ni había támpoco misión impopular, ni tarea ocasionada á descrédito que no encomendara al vicepresidente, que era al mismo tiempo el ministro de gobernación. Y esas quejas brotadas de labios del mismo presidente y propaladas por sus parientes y amigos íntimos, celosos del favor de que disfrutaban Limantour y los suyos, llevaban al público la noción de que eran ellos los únicos que gobernaban, abusando de la debilidad, vejez y decadencia del general Díaz.

Y como los del grupo, temerosos de despertar las sospechas del general Díaz y perderlo todo, no salían á cada descubierta y nadie sabía á ciencia cierta quiénes eran ni qué querían, ni á dónde iban ni qué habían hecho hasta entonces, en nombre suyo se cometían muchos atropellos y sus amigos, aliados, protegidos y lacayos contribuían á desprestigiarlos.

Mientras tanto, la situación del país se hacía cada vez más angustiosa. Ya se perdía la esperanza de que el general Díaz dejara el poder jamás, y todo el mundo se preguntaba hasta cuándo se prolongaría un estado de cosas que tocaba los límites de lo insoportable.

En tales condiciones se planteó el problema

de la séptima reelección. El ardid de que se valió el general Díaz para plantearla como cuestión de importancia nacional y de urgencia inmediata, es bien conocido: hizo llegar a un periodista americano hasta el alcázar de Chapultepec, y le dictó una confesión general que había de causar honda impresión en los Estados Unidos, y estupefacción general en México. Confesaba, en efecto, haber sido un autócrata cuando el pueblo, salido apenas de la anarquía y de la guerra, era incapaz de gobernarse. Acusábase de haber dominado con mano de hierro, por patriotismo, eso sí, y para bien de México. Jactábase de haber logrado su propósito organizando un país nuevo, fuerte, apto para el gobierno propio, y declaraba finalmente que, concluída su obra, retiraríase á la vida privada á disfrutar el bien ganado reposo y recrearse ante el espectáculo inefable de su grande obra política.

¿Qué proceso mental, en aquel espíritu lleno de recodos y poblado de sombras, dió origen á esa entrevista que había de ser el punto de partida de la revolución de 1910? ¿Fue un engendro de la mente perturbada ya por la obsesión reeleccionista, ó de la noción de la propia grandeza llevada hasta los límites de lo insano por el ambiente de abyección que venía respirando ese hombre desde hacía lustros? ¿Ó nació acaso de la presión extranjera, impuesta por la incertidumbre de los capitalistas á quienes no podían engañar las apariencias cortesanas? ¡Quién sabe! El

secreto de los móviles que lo impulsaron á esa medida extrema no saldrá probablemente nunca de aquella alma impenetrable como el granito. Pero es claro que su famosa entrevista fue hecha principalmente para ser leída en el extranjero, quizás como una respuesta á las repetidas acusaciones que en el resto del mundo se comenzaban á lanzar contra su régimen y contra su anhelo de seguir dominando aun con los ochenta años de vida en perpetua fermentación y en incesante lucha, que lo hacían inadecuado ya para la tarea del gobierno. No se explica de otro modo que, inmediatamente después de tan importantes declaraciones, hubiera permitido entrar en su reino una ráfaga de libertad y civilización, dejando que periódicos ajenos al gobierno dijeran lo que nadie había osado hasta entonces decir en público; y mostrádose dispuesto, aunque sólo en apariencia, á perseguir algunos de los crímenes más nefandos de los tiranuelos sus aliados. Quién sabe si ya entonces el gobierno de Wáshington habría comenzado á retirarle su confianza, y él, temiendo la ruptura inevitable, quiso—¡ay, demasiado tarde!—buscar sostén en el pueblo y afirmar su poder con una política más benigna y patriótica. Esta suposición no es nada improbable, y explicaría cómo poco después Díaz anunció por intermedio de D. José Ives Limantour el propósito de mexicanizar las líneas férreas nacionales y más tarde, ya en vísperas de la revolución, arrancó aclamaciones por un acto

eminentemente hostil al gobierno americano: el encubrimiento del general Zelaya, el enemigo más tenaz de la absorción yanqui en la América Central.

Las declaraciones contenidas en la célebre entrevista fueron como un botafuego. Los eternamente oprimidos; las perpetuas víctimas de aquella burocracia corrompida como ninguna otra, vieron en ellas un rayo de esperanza. Para los no saciados por el festín, fueron un toque de alerta. Para los amigos y cortesanos una clarinada que los convocaba á una nueva comedia electoral. Estos no podían engañarse: ninguno de ellos ignoraba que el general Díaz no abandonaría de buen grado la silla presidencial: no podían interpretar la entrevista sino como una orden indirecta para que se lanzaran como tantas otras veces, á pregonar la necesidad imprescindible de ir de rodillas casi á suplicar al grande hombre que no abandonara la Patria á manos no tan sabias, firmes, serenas y patrióticas como las suyas. Y, como en eños anteriores, la falanje burocrática se dividió en dos facciones: los amigos del general Reyes y los del grupo llamado científico.

Unos y otros se reunieron á deliberar. Ambos comprendieron que aquella había de ser la campaña decisiva, que había llegado el momento de disputarse, en un esfuerzo supremo, la herencia presidencial. El general Díaz iba á cumplir ochenta años, y el período constitucional era de

seis; ¿no era probable que muriera antes de ese término, y que entrara á gobernar el vicepresidente? ¿Y no era también muy probable que, siguiendo el ejemplo del general Díaz, el vicepresidente que recogiera la herencia había de reelegirse indifinidamente, hasta que la muerte lo eliminara y llevara al poder á otro heredero? Teníase por cosa hecha, establecida é irremediable que México fuese gobernado por dictaduras vitalicias, y que el sistema de la vicepresidencia permitiera á cada dictador señalar heredero. La vicepresidencia había sido instituída, por lo menos así lo pregonaban los autores del proyecto de ley, para evitar que en caso de falta definitiva del presidente, recayera el gobierno en un funcionario no de elección sino de nombramiento, y quizás inepto para el cargo. La previsión era excelente y, como se hizo recordar en aquel tiempo, la vicepresidencia salvó alguna vez á la República. Mas hasta eso prostituyó y degradó el general Díaz. De una función respetabilísima hizo un juguete. Celoso hasta la locura, como todos los tiranos, empeñose en que el vicepresidente fuera un funcionario impuesto por la autoridad suprema del dictador, y profundamente odiado y desprestigiado.

Reuniéronse, pues, los corifeos respectivos de las facciones militantes para ponerse de acuerdo en aquella decisiva campaña: Ni á reyistas ni á científicos se les ocultaba que el país estaba cansado ya del régimen porfirista y que sólo acepta-

ría la séptima reelección impuesta por la fuerza del gobierno, y con la esperanza de que el general Díaz no viviera los seis larguísimos años de su nueva presidencia. A haber podido, unos y otros habrían enarbolado un estandarte con esta leyenda: "Reelijamos por última vez al general Díaz; dejémoslo morir en la presidencia, que inmediatamente después vendrá un gobierno mejor, y haremos feliz al pueblo, desesperado ya por seis lustros de autocracia." Mas aquello habría sido romper definitivamente con el general Díaz, y todos, absolutamente todos los corifeos de partidos, relacionados en alguna forma con el gobierno, tenían miedo terrible á las venganzas del dictador. Para recojer la herencia no había, no podía haber más que dos caminos: romper con el general Díaz, desafiando su poder ilimitado y buscando el apoyo del pueblo prometiendo reformas, ó bien romper con el anhelo popular, y declararse humildes siervos del presidente y fieles continuadores de su obra de injusticia y exterminio, proclamándola el único medio de gobierno posible en México.

En la facción de los científicos hubo quienes propusieran una fórmula intermedia, que de haberse llevado á la práctica, habría muy probablemente servido para la trasformación de la autocracia en gobierno constitucional, y salvado al país de los horrores y las vergüenzas que posteriormente le han afligido. Cuando los corifeos del

partido científico se reunieron á preparar la última campaña, un grupo declaró que había llegado el tiempo de imponer al general Díaz un programa de gobierno. (Creo, no tengo la certidumbre, que D. Rosendo Pineda fue el autor de la moción). Es imposible—decía ese grupo—aceptar ya incondicionalmente la reelección del general Díaz. Para que el país la acepte, será indispensable que se revista de una forma menos autocrática; que se haga una renovación general en el gobierno, se cambie el gabinete, dejen de reelegirse los gobernadores, y se imponga un programa político y administrativo. Los científicos sabían que eran la facción más poderosa del gobierno, y que de ellos, de sus alianzas con los capitalistas y las clases conservadoras, derivaba el mismo general Díaz mucho de su fuerza. Los científicos habían llegado á prevalecer en el ánimo del dictador hasta el punto de arrancarle multitud de nombramientos y concesiones, y el grupo que opinaba por el cambio radical en los procedimientos hasta entonces seguidos, confiaba en que el general Díaz no resistiera á una exigencia seria, formal, decisiva, en momentos críticos, como no había resistido otras veces.

En aquella conferencia prevaleció la opinión del grupo encabezado por Pineda, y se resolvió que D. Ramón Corral no fuera candidato á la Vicepresidencia; que se ofreciera al general Díaz como en otras ocasiones la cooperación activa y eficaz del grupo, á condición de que se renovara

el personal administrativo y se modificaran los procedimientos del gobierno. (1).

Con tan atinado propósito inició el grupo científico sus trabajos politicos desde Enero de 1909. Llegó, sin embargo, la hora en que el general Díaz reunió á sus ministros, ó al menos á los de mayor intimidad, para hablar de la séptima reelección. Al ministro Limantour, el hombre de confianza y el de mayor posición politica de todos los del grupo llamado científico, tocaba presentar el plan en forma decisiva, firme, sin vacilaciones y sin reparo. D. Ramón Corral que, por la rudeza y la decisión difería totalmente de Lmantour, dijo sin ambages que ya él había creído cumplir con su deber llenando el puesto de vicepresidente en el período que estaba por terminar; que no deseaba ser reelecto, y que el general Díaz debiera fijarse en algún otro, ya fuera D. José Ives Limantour ó D. Olegario Molina, por ejemplo, para citar á alguno entre los allí presentes. Excusóse el ministro de hacienda: el señor Molina declinó también, aunque ofreciendo someterse en todo

---

(1). El grupo científico se organizó bajo el nombre de Partido Reeleccionista; pero aunque comenzó á trabajar desde el principio por la reelección del general Díaz, la de Corral no se decidió sino más tarde, en vista de los acontecimientos á que me referiré después. Todos los políticos medianamente interiorizados de aquella campaña supieron que las investigaciones judiciales de los fusilamientos de Velardeña se hicieron por iniciativa del ministro de Gobernación D. Ramón Corral, que también opinaba porque se consignaran á la justicia los asesinatos de los Tepames. Mas el general Díaz, con la doblez inseparable de su carácter, aunque cedió en apariencia, autorizó que los gobiernos locales en uno y otro caso pusieran obstáculos casi insuperables para la eficacia de la acción judicial.

caso á la decisión del presidente, y el general Díaz, aferrado una vez más á su antiguo sistema, invocó un principio, que había normado su política: si la reelección del presidente es legítima, también debe serlo la del vicepresidente y los gobernadores de los Estados.

La resistencia del general Díaz alarmó á los **científicos.** Celebráronse nuevas juntas entre ellos, y nuevas conferencias de los ministros con el presidente. D. Rosendo Pineda y algunos otros insistían en que era llegado el tiempo de imponer al dictador un programa político más acorde con las necesidades del momento y con la nueva situación creada sobre todo por la famosa entrevista Creelman ó en caso contrario, romper con el general Díaz. Aferróse el general Díaz á su viejo sistema, y por último se llegó á un acuerdo que era punto menos que la continuación del orden de cosas que hasta entonces había imperado en el gobierno federal. Convínose en que la reelección se extendiera también al vicepresidente D. Ramón Corral; pero que se removieran algunos de los gobernadores y se reorganizara el gabinete, y que se hicieran concesiones tibias á la opinión pública.

Ese convenio, torpe, impolítico, suicida, ligó definitivamente la suerte del grupo científico con la del general Díaz; más aún, subordinó al capricho del dictador toda la organización paciente, notable por su cohesión, de uno de los más im-

portantes elementos sociales y políticos de México. Ahora, después del derrumbe, pasma cómo un grupo de hombres de indiscutible talento como Limantour, los hermanos D. Miguel y D. Pablo Macedo, D. Justo Sierra; de no menor energía que inteligencia, como D. Rosendo Pineda, D. Joaquín Casasús y D. Enrique Creel, no hayan visto que era imposible seguir sin tropiezo por la misma vía en medio del mar agitadísimo del sentimiento público, ya inmensamente hostil al régimen autocrático del general Díaz. Era, sin embargo, natural que así sucediera: la mayoría de aquellos hombres habían pasado de la madurez; habíanse habituado á la vida palaciega, al dominio de los negocios, de la política; formaban ya una casta privilegiada á la que volvían los ojos toda la falanje de solicitantes de empleos y gracias gubernamentales; tenían satélites, parásitos; hallábanse aprisionados en una trama que los unía á casi todas las grandes empresas; en muchos de ellos al afán de gobierno había sustituído la sed de oro; otros, impacientes porque la vida del general Díaz amenazaba prolongarse todavía mucho, y dudando de lo que el porvenir tuviera reservado á la república, deseaban únicamente acaparar más y más, para tener con qué ponerse á salvo el día de la catástrofe. No pocos se daban cuenta de la decadencia rápida, física y mental del dictador, y todos consideraban mucho más sencillo, fácil y seguro irlo suplantando poco á poco, que romper abiertamente con él, renuncian-

do á todos los puestos, honores, negocios y granjerías de que se hallaban colmados.

No era ya un misterio entre los cortesanos que la energía del viejo presidente sólo era un mito. Susurrábase en los corrillos de palacio, y aún en toda la corte, que el octogenario césar trabajaba y vivía casi á fuerza de artificios; que un médico le aplicaba corrientes para reanimarlo; que lo atormentaban los insomnios; perdía la memoria, y hasta se decía que muchas veces en los acuerdos con los ministros caía en un sopor extraño y despachaba casi automáticamente los negocios. Esto lo sabían muy bien los corifeos del grupo científico. Yo he oído á uno de ellos alegar como prueba de la lealtad, honradez y patriotismo de los ministros Corral y Limantour, el que hubieran aguardado siempre, para óbtener acuerdos importantes, á que el Gral. Díaz se encontrase en un período de completa lucidez, y jamás abusaron de la postración y aniquilamiento de aquel hombre, cuyo único afán era vivir mucho y aparecer fuerte y hábil para gobernar hasta el último día de su vida. Es verdad: admira cómo en situación tal, todavía se mantuvieron leales á la persona del dictador, y no lo arrojaron de la silla presidencial como pudieron haberlo hecho, ni acabaron de arruinar al país, como hubiera sucedido si otros hubieran sido los favoritos. Pero al mismo tiempo, ese rasgo aumenta la responsabilidad del grupo, no ya ante el hombre á quien ayudaron á gobernar, sino ante la república, á

cuyo gobierno aspiraban. Porque ellos, á sabiendas de que el hombre que ocupaba la silla presidencial era ya un inválido movido únicamente por la ambición de morir en el puesto, lanzaron su programa de reelección y fueron por todos los ámbitos del país á pregonar que el general Díaz era el único capaz de gobernarnos; el único fuerte, grande, enérgico y hábil para llevar sobre sus hombros la titánica labor de manejar á un pueblo de locos y de idiotas.

Lanzados por ese camino, y empujados por la fiebre de una lucha politica la más acerba de cuantas se habían librado hasta entonces, los corifeos del grupo fueron mucho más lejos: esgrimieron la persecución, en la forma porfiriana; diéronse á reclutar aliados, aun entre los hombres de peores antecedentes; ganaron á su causa á los tiranuelos más odiados y temidos, como los gobernadores de Puebla, Michoacán y Guanajuato; su campaña periodística se hizo en la forma más agresiva y violenta, y como se cebaba en las víctimas de la persecución oficial, apareció más odiosa aún. Y la marea de odios subía, subía, y el lodazal de esas persecuciones, calumnias é insultos iba á fertilizar el terreno en donde los agitadores sembraban la idea revolucionaria.

De esto encargáronse primeramente los amigos del general Reyes. El general lo mismo que los científicos, ambicionaba llegar al poder en calidad de heredero por línea recta. Habiendo sido uno de los lugartenientes del porfirismo, de los

que con más fidelidad pusieron en juego los procedimientos del cruel autócrata, tenía que proclamarse continuador de su obra, y aspirar por aquel entonces, á la vicepresidencia. Mas como no tenía de su parte á la alta burocracia ni los grandes factores financieros, y como el mismo general Díaz no aceptaba á Reyes en la vicepresidencia, pues temía que no supiera reprimir sus ambiciones, Reyes se vió precisado á buscar por otra parte apoyo aficaz á sus pretensiones. Alióse para ello con personajes de importancia secundaria en el escalafón burocrático, y sobre todo con individuos cuyas ambiciones estaban muy fuera de proporción con las modestas granjerías de que disfrutaban. Y estos comenzaron la agitación popular en terreno admirablemente preparado por treinta y cinco años de cesarismo porfiriano. Los amigos del general Reyes confiaban en que agitando el sentimiento público, podrian hacer creer al general Díaz que el país aceptaba de muy buen grado la séptima reelección, con tal de que el candidato oficial para la vicepresidencia fuese el general Reyes y no D. Ramón Corral. Lo cual era sencillamente absurdo, porque si el país seguía abandonando el gobierno á la autoridad ilimitada del general Díaz, tenía que aceptar su régimen tal como era, sin restricción alguna; y si rechazaba ese régimen, tendría que rechazarlo cualquiera que fuese el candidato oficial para la vicepresidencia. Pero, de todos modos, la agitación pública fué haciéndose y creciendo en inten-

sidad hasta volverse amenazadora. Crecía porque era la única forma posible y permitida en aquellos momentos para dar salida al clamoreo de todo un pueblo oprimido y expoliado; la única válvula de escape de la desesperación nacional; la única forma admisible en que la conciencia del pueblo comenzase á reaccionar.

Ése fue el momento decisivo en la vida pública del general Reyes. Si éste no hubiese sido cómplice de la tiranía porfiriana ó, si, aún siéndolo, se hubiera resuelto á borrar ese pasado, y asumido la responsabilidad de aquella agitación pública de una manera franca y leal, presentando un nuevo programa; si hubiese sido el portador de un estandarte más civilizador y humano que el del exterminio, la situación del país sería ahora distinta. Hubo un momento en que el general Reyes pudo haberse retirado del servicio militar y del gobierno del estado de Nuevo León, refugiándose en Guadalajara, ciudad donde sus partidarios y amigos eran más numerosos, lanzado un programa de gobierno admisible para la mayoría, prometiendo la redención de los oprimidos; y obligado al general Díaz á hacer la paz, á ceder en gran parte, ó verse amenazado por un levantamiento general. Mas Reyes tuvo miedo: él conocía á fondo los procedimientos de represión del dictador, y consideró que estaba perdido si se hacía reo de desobediencia. Y, dejando terriblemente comprometidos á sus partidarios, que habían ido demasiado lejos ya, se so-

metió al general Díaz y marchó á Europa, y, lo que es peor, recibió por ello una pensión considerable.

En tales circunstancias entró en escena el maderismo. D. Francisco Madero, rico hacendado, pero ajeno hasta entonces á la política general (aunque había tomado parte muy activa en la del estado de Coahuila), publicó un libro "La sucesión presidencial" de escasísimo valor literario y doctrinario, pero que llamó la atención por haber sido el primero en que se trató públicamente y con libertad, el problema de sucesión presidencial. En ese libro, D. Francisco Madero reconocía méritos extraordinarios al general Díaz y aprobaba en lo esencial sus procedimientos políticos y administrativos, y hasta recomendaba la séptima reelección; pero consideraba llegado el tiempo de que el pueblo eligiera vicepresidente para que el sucesor del general Díaz fuese un funcionario elegido efectivamente conforme á la ley.

Con ese libro por bandera, lanzóse Madero á la campaña, en pos de la vicepresidencia. Y su campaña fué verdaderamente febril desde los comienzos, de suerte que el derrumbamiento de las aspiraciones reyistas lo encontró en plena actividad. Mas ya entonces, al recorrer gran parte del país y observar el estado del sentimiento público, comprendió que era un error radical aceptar la séptima reelección, que ya no podía ser admitida sinceramente sino por la minoría directamente favorecida por la permanencia indefinida

del general Díaz en el poder. Entonces hizo nueva edición de su libro modificando las conclusiones, y se adelantó hasta fundar un partido antireeleccionista. El cambio era muy acertado, pues tanta rebeldía, juzgando desde el punto de vista de D. Porfirio, había en oponerse á la reelección del presidente, como á la candidatura de vicepresidente, recomendada por aquél. En cambio, á los ojos del público, el prestigio del hombre que se opusiera á la reelección del general Díaz, tenía que ser muchísimo mayor que el de oponerse sólo á la del vicepresidente. Los hombres de principios sabían muy bien (y así lo proclamé en aquella época en mi periódico "Actualidades") que la no reelección por sí misma no significaba un progreso notable en nuestra organización política. El mal estaba en el sistema de gobierno con tanta astucia, paciencia y firmeza elaborado por el general Díaz, á quien hacía árbitro supremo de todo, privando á los demás grupos y clases de la sociedad de toda intervención en los negocios públicos. Pero al mismo tiempo, la retirada, la no reelección del general Díaz habría sido el suceso más importante de la política nacional. Así lo proclamé también, abiertamente: si la no reelección como principio político absoluto es antidemocrátic inútil, y, por lo mismo, de importancia muy secundaria, la no reelección del general Díaz era importantísima para producir un cambio radical en el gobierno y dar un poco de alivio, aunque fuese pasajero y leve, á

las clases sujetas á una opresión ya intolerable.

Pero la retirada del general Díaz, dadas las condiciones políticas, y con el sistema electoral de México, sólo podía obtenerse pacíficamente, por la separación voluntaria del dictador. Y como era punto menos que imposible convencerlo de que debía abandonar voluntariamente el trono, lo patriótieo y lo cuerdo era encaminar por otros rumbos más practicables el descontento público.

Madero halló, pues, el sentimiento público perfectamente preparado para una campaña antireeleccionista. Además de una multitud de hombres de principios, como D. Filomeno Mata y Aquiles Serdán que lo ayudaron de una manera activísima en su propaganda y le siguieron con fe, muchos de aquellos á quienes la deserción vergonzosa de Reyes había dejado comprometidos, se volvieron á él y engrosaron rápidamente sus filas. La mayoría clamaba por la cesación de los monopolios, de la tiranía cacical, de los privilegios otorgados á manos llenas á las castas y á los extranjeros. D. Francisco Madero sufragaba de su propio peculio todos los gastos de la campaña, y como hasta esa fecha nadie, excepto la iglesia católica, había invertido en México un sólo centavo en aventuras políticas, se tuvo ese rasgo como una prueba inequívoca de buena fe. ¿Quién hubiera podido imaginarse entonces que aquello no era sino una imposición del capital, arriesgada, eso sí, como pocas, y á plazo indefinido, pero que de dar rendimientos había de ser inmensamente

productiva? La clase burocrática teníalo por soñador. visionario ó loco. Las ambiciones no saciadas, hallaban en él un aliado importante, un pretexto para gritar en medio del arroyo, á voz en cuello, que penetrara tras los muros del Palacio Nacional: "¡aquí estamos, queremos un lugar en el festín, y si se nos niega, avivaremos los odios, removeremos los bajos fondos de la sociedad, haremos temblar el trono!" Y detrás iban los humildes, los eternamente expoliados y explotados, que, tras muchos años de silencio humillante y desgarrador, tenían por fin una bandera y podían unir sus clamores al vocerío general, y arrojar al viento los odios en plena fermentación. Otros iban, esos sí, á pedir con justicia una tregua á la obra exterminadora del cruel dictador, y estos eran muchos, quizá la mayoría, sin duda el grupo más numeroso, serio y consciente de todos los que formaron el abigarrado partido antirreeleccionista. Porque muchos de estos se separaron desde el momento en que D. Francisco Madero franqueó los límites de la ley y de los principios aceptados por el partido y se lanzó á la revuelta en pos de la silla presidencial. Y de todos modos, aquel partido no fue el mismo que en las postrimerías del reinado porfiriano salió á flote. Aquel era sin duda mucho mejor, más disciplinado, más honorable, patriota, valeroso y civilizado y mil veces menos personalista.

Es evidente que Madero, al organizar ese partido, tenía la intención única de utilizarlo como

medio para llegar á la presidencia—ó cuando menos á la vicepresidencia. Es claro que toda esa agitación política no tenía por objeto luchar contra una autocracia, sino derribar al autócrata. Ni en sus libros ni en sus prédicas se refirió Madero jamás á los procedimientos de gobierno. El programa político del partido estaba comprendido en unas cuantas cláusulas inconexas que formulaban vagamente promesas de libertad. En cuanto Madero se hubo dado á conocer de uno á otro extremo de la República y consideró llegado el tiempo de que su candidatura presidencial fuese aceptada, citó á convención, y naturalmente, fué electo candidato á la presidencia de la República. Esto, sin embargo, no hubiera dado carácter personalista al partido, ni se lo dió en aquella época. Era de comprender que, como partido político, el de Madero tenía que tomar parte en la campaña electoral que se preparaba —la primera en los últimos treinta años—y para tomar parte en ella tenía necesariamente que elaborar una plataforma y designar candidatos. Y á nadie podría corresponder el puesto principal con más justicia que á D. Francisco Madero, que había sido el instigador principal de esa última fase del movimiento de oposición al gobierno del general Díaz. Era natural asimismo que en su organización ese partido ofreciese algunas deficiencias y errores. Por primera vez elementos extraños al gobierno se reunían en tal forma, y aquel primer ensayo no podía tener los caracte-

res que los partidos políticos ofrecen en los paises sujetos á un régimen democrático más ó menos adelantado.

La campaña de Madero fué una obra admirable de actividad, energía y perseverancia. En unos diez meses recorrió casi toda la República, instaló clubes en las principales poblaciones, y todo esto en medio de la oposición tenaz de multitud de tiranuelos que creían servir al general Díaz estorbando la organización del partido antirreeleccionista. En tan adversas circunstancias, esa labor era doblemente valiosa. Y no se detuvo cuando la convención reunida en el Tívoli del Eliseo, en la ciudad de México, declaró á Madero candidato á la presidencia y á D. Francisco Vázquez Gómez á la vicepresidencia. Al contrario, entonces tomó nuevo impulso, y fue sin ningún género de duda la mejor campaña política que se ha hecho en la República. Por fin, un domingo la ciudad de México vio atónita desfilar con la solemnidad de los movimientos sociales disciplinados y conscientes, á una multitud de más de cinco mil hombres que agrupados en torno de la bandera antirreeleccionista, protestaban contra la séptima reelección del general Díaz. Nadie dudo entonces que ese grupo encabezado por Madero era una fuerza social muy importante, capaz de influir poderosa y decisivamente en la política nacional.

Pero ¡ay! repitiose entonces lo que en casi todos los momentos decisivos de nuestra historia;

lo que llevó al desastre á la expedición de Texas; lo que abrió en 1857 de par en par las puertas de México á la invasión yanqui; lo que causó los descalabros de la primera parte de la campaña contra los franceses; lo que ha afligido eternamente al pueblo mexicano: los directores de la campaña sobreponiendo á todo las ambiciones personales, la convirtieron en un esfuerzo heroico, grandioso, pero inútil y desdichado.

Si en aquella época Madero no hubiera ambicionado en primer lugar la presidencia ó cuando menos la vicepresidencia de la República; si aquel esfuerzo noblemente secundado por el pueblo no se hubiera enderezado exclusivamente á arrancar al general Díaz de la silla presidencial para entronizar en ella á otro, muy diversos probablemente habrían sido los resultados y mucho más provechosos para la causa de la libertad.

Disputar la Presidencia al general Díaz con el sistema electoral imperante en México era sencillamente absurdo. Suponer que el general Díaz pusiera á las órdenes de otro la máquina electoral pacientemente arreglada por él durante lustros, era un sueño. El sistema electoral de México, por el voto indirecto y sin representación proporcional, da al Gobierno el dominio absoluto de las elecciones generales y mucho más el de las presidenciales. Aun en el caso de una derrota en el terreno de la votación efectiva, y de que á la inmensa multitud de supuestos votantes que el Gobierno tenía en reserva, pudiera

haberse opuesto otra muchedumbre mayor de votantes honrados, quedaba al Gobierno todavía el recurso del fraude, la suplantación de actas, la supresión simple, sencilla de todos los votos adversos. Y aun cuando se demostraran estos fraudes y se recogieran de ellos pruebas irrecusables, al Congreso de la Unión correspondía decidir de la validez de las elecciones y el Congreso no era ni podía ser juez imparcial, estando sujeto á la autoridad ilegal, pero efectiva del general Díaz. Por ese camino, pues, el Partido Antirreeleccionista iba directamente al fracaso.

Más, mil veces más probabilidades de éxito, y más beneficiosos resultados para la causa de la libertad se podían obtener, si toda aquella fuerza social se dirigía obstinada y sistemáticamente á destruir ó por lo menos á debilitar el régimen autocrático sin reparar en la persona del autócrata. Restar aunque fuese un poco de las facultades ilimitadas que el general Díaz había ido absorbiendo; imponerle una línea de conducta aunque fuese muy elemental, aunque sólo comprendiera el respeto á los derechos fundamentales, como son la vida humana y la propiedad; señalarle un valladar marcado ya no por los derechos políticos de que gozan los pueblos democráticos, sino por las libertades individuales que sólo los salvajes violan; constituir una minoría oposicionista, disciplinada, consciente, vigilante de los actos del Gobierno; no dejar extinguir la ráfaga de libertad de pensamiento que el general Díaz había

dejado penetrar en aquellos días en las tinieblas de su terrorífico reinado, había sido mil veces más meritorio, patriótico, humano, civiizador y sobre todo eficaz. Pero esto no habría satisfecho la ambición personal del caudillo antirreeleccionista ni la de muchos de sus principales lugartenientes que sólo anhelaban suplantar en sus prebendas y canonjías á los favoritos de entonces.

Ya en vísperas de las elecciones, don Francisco Madero celebró una entrevista reservada con el general Díaz, á la cual asistieron hombres de confianza. En esa entrevista que no llegó á saberse en público sino mucho después, Madero propuso una transacción por la cual el general Díaz retiraría la candidatura de D. Ramón Corral para la vicepresidencia de la República y en cambio D. Francisco Madero retiraría sus aspiraciones á la presidencia. Madero no tenía plenos poderes del Partido Antirreeleccionista para pactar con nadie ni en ningunas condiciones. Al proponer al general Díaz semejante pacto, faltaba radicalmente á la fe de sus partidarios, cambiaba indebidamente los principios de su programa político por la probabilidad de ser el vicepresidente de la República. En cualquier país democrático ese solo hecho le habría privado de la confianza de sus partidarios y le habría señalado con el calificativo de infidente.

Si Madero hubiera luchado entonces por los principios y la libertad, por la democracia y la

civilización, en aquella entrevista habría propuesto otro pacto más realizable y más valioso. Le habría dicho al general Díaz: "Nosotros no anhelamos la presidencia. Perseguimos la no reelección como un ideal más ó menos realizable y como el medio eficaz é inmediato de obtener un cambio de régimen; pero replegaremos nuestra bandera, moderaremos nuestras pretensiones con tal de que se nos dé un poco de libertad, se conceda á este pueblo, cuya representación tenemos ya, una participación aunque leve en los negocios públicos. En una palabra, cederemos en la campaña presidencial, á cambio de libertal municipal y de una minoría parlamentaria."

Una sola voz libre en legítima representación del pueblo que se alzara en el seno del Congreso de la Unión protestando alta y dignamente contra cada atentado del poder público, reclamando todos los derechos hollados y todas las libertades pisoteadas por el césar y los suyos, habría sido una conquista muy importante. Y en aquellas circunstancias, ante la ola avasalladora del sentimiento público que se manifestaba insistente, firme y tenaz, el general Díaz habría tenido que ceder y habríamos visto inaugurarse efectivamente la era de la reivindicación nacional. Si el General Díaz no había mandado encarcelar á Madero desde el primer mitin, ni acallado como otras veces el clamor público por el exterminio, ni lanzado los escuadrones sobre los grupos de ciudadanos pacíficos que por las calles

agitando el estandarte de la no reelección marchaban, no era porque el dictador hubiérase vuelto más humano y á su conciencia ensombrecida asomaran los escrúpulos ni las flaquezas, ni mucho menos la noción clara y precisa del derecho. Era porque le ataba las manos el torrente de civilización que había entrado ya con la invasión extranjera; porque le detenía el temor de alarmar á los extraños y de que los espectadores—que eran todo el mundo—tendrían en su actitud la clave de lo que había sido su prolongada dictadura.

Pero se le quiso derrocar, y el viejo césar se defendió como cualquier gobernante se hubiera defendido. A los ojos del mundo habría sido inhumano que negara al pueblo los derechos más elementales y las libertades más indispensables para la vida moderna; pero nadie en todo el mundo civilizado podría reprocharle que se irguiera ante la amenaza de un derrocamiento y empleara fuerza, astucia, todos los elementos acumulados pacientemente durante lustros, en la propia defensa.

Ni á Madero ni á sus confidentes podían ocultárseles todas estas verdades. No podían ignorar que, dado el imperfectísimo sistema electoral que nos rige, sólo la revolución puede derrocar un gobierno, y si no encaminaban sus esfuerzos en el sentido más factible y práctico para alcanzar una conquista verdaderamente democrática ¿á dónde iban? ¿qué otro objeto podía tener esa

tremenda agitación sino ir más allá de donde la timidez había detenido al general Reyes? ¿qué querían sino imponer al Gral. Díaz el dilema: "ó das la vicepresidencia á Madero ó llegaremos hasta la revolución"? El Gral. Díaz rehusó terminantemente. Creíase muy fuerte aún y no pensaba que la desesperación pública habría llegado hasta el punto de considerar la revuelta como una salvación. También se creía invencible por su alianza con el gobierno yanqui.

Llegaron las elecciones. Si el número de votantes en favor de Madero y Vázquez Gómez fué muchísimo menor que el de la muchedumbre que pocos días antes atronara con sus vivas á los candidatos antirreeleccionistas; si aquella activísima campaña no llegó á sacudir de una manera eficaz la eterna indiferencia popular; si mucho del entusiasmo se apagaba como la espuma después de cada mitin y no llegó á desbordarse hasta llenas las urnas electorales, sí es un hecho indiscutible que por primera vez en treinta años, se vió acudir hombres libres á los comicios y en unos cuantos lugares los amigos de Madero obtuvieron decisiva mayoría. Pocos días antes Madero había sido encarcelado. Acusábasele primero de encubrir á uno de sus correligionarios, después, de incitar públicamente á la rebelión. Era voz pública que el General Díaz había resulto dejar en libertad á Madero y no oponerse á sus maniobras sino por los medios reservados indirectos, hipócritas, en que era maestro, para dar á su propia

elección y á la de Corral la mayor apariencia posible de legalidad. En los circulos reeleccionistas se tenia por cierta esa decisión. Todavía después de la catástrofe asi me lo ha asegurado uno de los corifeos del reeleccionismo. Asegúrase que la prisión de Madero fué oficiosidad de un funcionario subordinado: no sé si el Gobernador de Nuevo León ó el de San Luis Potosi ó el Jefe de las armas en esa parte de la frontera; mas aún, que al tener la noticia de la prisión el general Díaz, reconvino por telégrafo á la autoridad que la ordenó. Pero esto es muy improbable. Quién sabe si el general Díaz mientras á los directores de la campaña reeleccionista les prometía llevar la comedia hasta el fin sin amargarla con incidentes dramáticos, haya ordenado también la prisión de Madero á reserva de reconvenir más tarde al que la llevara á efecto. Rasgos tales eran el pan cotidiano de aquella política cuyo carácter más saliente fue la eterna deslealtad, la perenne mentira.

Madero permaneció poco tiempo en la prisión; se le trató en ella con mucha delicadeza, cosa desusada en casos como el suyo, y se le puso en libertad bajo fianza. Fuera de la prisión se le vigilaba. Por diversos conductos había llegado ya á las gentes de gobierno la noticia de que Madero, no satisfecho con la declaración del Congreso dando por electos al general Díaz y á D. Ramón Corral, preparaba un golpe de mano. El general Díaz tenía la certidumbre de que toda

tentativa revolucionaria era arriesgadísima aventura y fracasaría irremisiblemente. Es fama que el gobierno del general Díaz tenía todos los detalles de la conspiración, y estaba cierto de caer sobre los conspiradores en el momento mismo en que se iniciara el movimiento revolucionario. La noticia de que Madero se había fugado é internado en territorio americano fue una sorpresa para el mismo general Díaz. Personas que estaban interiorizadas de los preparativos que el gobierno había hecho para frustrar la revolución, llegaron hasta á creer que la fuga de Madero había sido protegida y favorecida por el general Díaz como una solución más fácil del problema, con el objeto de que el jefe aparente del movimiento, á quien había él guardado personalmente tantos miramientos, se hallara lejos y dejara comprometidos á sus partidarios. No era verdad eso. Por el contrario, la fuga se efectuó á despecho de la intención del general Díaz, de coger por sorpresa, en el momento oportuno, al jefe del movimiento revolucionario.

Sin embargo, la desaparición de Madero calmó, y mucho, la zozobra del gobierno. Consideróse que la revolución sin jefe visible, tendría mucha menos resonancia, y confiábase, sobre todo, en que Madero hallaría en territorio americano la misma hostilidad y persecución que los Villarreal, los Flores Magón, los Sarabia, los Gutiérrez de Lara y demás enemigos ostensibles del gobierno porfiriano.

## A LA REVOLUCION

Juzgando desapasionadamente, nadie tenía menos motivos que Madero para rebelarse contra el general Díaz. Ninguno de los quince millones de mexicanos sobre quienes pesaba la mano de hierro del autócrata, tenía menos motivos justificados de querella. En su libro sobre la sucesión presidencial, Madero declaraba muy alto: "pertenezco á las familias favorecidas por la dictadura; ni yo ni los míos hemos recibido nunca injusticias ni daños del general Díaz ni de sus empleados; al contrario, cuantas veces hemos acudido á él en demanda de concesiones, de justicia y hasta de favores, los hemos obtenido." Mas tarde, ya en plena campaña electoral, y en vísperas casi de las elecciones, Madero hizo publicar una carta abierta al general Diàz, en la cual pedía garantías, no para su persona, sino para sus partidarios. Declaraba en esa carta que él, personalmente, habia encontrado siempre toda clase

de garantías y ni del más leve atropello se le había hecho víctima. De Álamos (Sonora) que fue donde más hostil recibimiento tuvo de parte de las autoridades, envió al Gral. Díaz un mensaje concebido en estos términos: "haciendo uso de los derechos que concede la Constitución, y trabajando dentro de los límites de la Ley, hemos verificado una gira propagando nuestros principios políticos en algunos Estados, **sin encontrar obstáculos de parte de las autoridades.** Por esta circunstancia y por ser ampliamente conocido nuestro programa, nos ha sorprendido que la autoridad política de esta ciudad nos haya ordenado no llevar á cabo la reunión pública á que invitamos al público alamense; siéndonos conocidos sus deseos de proteger los trabajos políticos dentro de los límites de la Ley y conociendo Ud. nuestra lealtad y honradez, á Ud. nos dirigimos suplicándole intervenga con las autoridades locales á fin de que respeten nuestros derechos, ó bien se sirva indicarnos si las autoridades federales nos concederán garantías al ser atropellados por la autoridades locales por ejercer nuestros derechos." Ese fue el atropello más grande de que personalmente llegó á quejarse Madero durante su campaña intirreeleccionista antes de ser aprehendido en Monterrey.

Estuvo preso unas cuantas semanas, es cierto. Pero jamás ningún preso político en México recibió tratamiento más benigno. Desde su prisión, hacía publicar libremente cuando le convenía á su

defensa y hasta se le permitió que diera el golpe teatral de conservar á su lado á su señora esposa para exitar más el sentimiento popular (maniobra sumamente poco seria para un caudillo). La prisión de Madero no fue ni ilegal ni injustificada en aquel tiempo. Fué excesivamente impolítica, inoportuna y torpe hasta la estupidez, pero ante el criterio legal era irreprochable. Madero había traspasado los límites de la ley predicando la sedición y la revuelta y si la sedición y la revuelta pueden ser legítimas y justificarse solamente á través de la historia, la justicia y la ley autorizan y hasta ordenan á todos los gobiernos de todos los países que las repriman. El mismo D. Francisco Madero, electo ya presidente de la República después de la revolución, visitó la penitenciaría de Monterrey y dijo á los presos una alocución que apareció después textualmente en todos los periódicos de México, incluso "Nueva Era", el órgano personalísimo del señor Madero. En ese discurso confiesa muy francamente que, cuando se cerraron tras de él las puertas de la penitenciaría, se sintió altamente satisfecho, pues se realizó con su prisión el deseo más ardiente de atraer sobre sí el enojo del gobierno, y confiesa también que en ese período de su campaña, ya su objeto no era el triunfo en los comicios, sino preparar intensa y apresuradamente la revolución.

¿Cómo es entónces que Madero, el favorecido por el destino, el único rival tolerado por el césar, el único á quien se permitió no ya el ejercicio del

derecho sino hasta la propaganda ilegal, haya sido el promotor, instigador y sostenedor de aquel movimiento revolucionario? Madero había visto que todas las iras del Gral. Díaz, los arrebatos oficiosos de los cortesanos, las criminales acechanzas de los sabuezos, lo respetaban á él como á un ungido y sólo se cebaban en sus partidarios más infelices, desamparados y humildes. Debía haber pensado, pues, que las represalias de una revolución sangrienta no lo alcanzarían y menos aun después de la fuga á territorio extranjero: toda la tormenta, todo el furor acumulado durante diez meses de tolerancia inusitada, irían á caer como un huracán sobre los prosélitos, los ilusos, los convencidos y los heroicos que estuvieran dispuestos á sacrificarse por una causa presentada ante sus ojos con todos los esplendores de una revolución libertadora. Un hombre verdaderamente patriota, amante del pueblo de cuyas entrañas procede, del suelo donde dió sus primeros pasos, de su raza de la que es uno de los últimos y más frescos renuevos, vacila en tales condiciones ó corre á ponerse al frente, como Hidalgo, de las primeras huestes redentoras. Y en todo caso va á la revolución con el firme propósito de no apartarse jamás de la línea recta, del camino único que á los hombres de alma grande les trazan el patriotismo y el deber.

¿Fue acaso Madero á la rebelión arrastrado por el irresistible desbordamiento de la desesperación del pueblo, ó preparó consciente, libre y

deliberadamente el sentimiento público para aprovecharlo después como el único medio posible de asaltar la presidencia de la República?

A principios de Diciembre de 1910; es decir, cuando la revolución acababa de estallar, uno de los más cercanos amigos y prosélitos de Madero me escribía lo siguiente: "yo juzgué desde un principio que el movimiento iba á ser quizá prematuro, y así lo manifesté á varios amigos; pero las cosas no pudieron detenerse y cuando Madero se decidió á ponerse al frente de la insurrección, era porque aquella iba á estallar inevitablemente y era preferible darle un cauce y dirigirla, para evitar hasta donde fuera posible, que se gastasen inútilmente las energías del pueblo." Era verdad, el sentimiento público en México había venido siendo más y más hóstil al Gral. Díaz desde hace diez años. Ni la heroica é infortunada tentativa de Aquiles Serdán en Puebla, ni las escasas manifestaciones revolucionarias que en Orizaba, Etzatlán y otros puntos de menor importancia, ocurrieron el día 20 de Noviembre, (el señalado por Madero para el levantamiento que debía ser general) fueron los primeros síntomas de rebelión contra la autocracia del Gral. Díaz. Manifestaciones tan intensas pero también localizadas y poco fructuosas habían venido ocurriendo desde 1905, ora en las Vacas, ora en las Palomas, en Acayucan y en Yucatán. Estos dos últimos alzamientos fueron de mayor importancia que aquellos con que se inició la revolu-

ción maderista. El país hallábase pues en estado de fermentación intensísima; la situación era insoportable; el más sutil pretexto podía ser el latigazo que despertara la reacción y diera rienda suelta al odio insaciable de los pueblos contra sus inmediatos opresores, insaciables también en su rapacidad y opresión. La agitación reyista primero y la maderista después no fueron sino un estímulo de acción real poco considerable. Lo que estimuló de veras á la revolución, fue el pensamiento pavoroso de que en Diciembre de 1910 iba á inaugurarse un nuevo período de porfirismo en maridaje atroz con el caciquismo en la forma más espantosamente tiránica que se ha visto jamás. Terrible era para los habitantes de Puebla, saber que todavía por un tiempo indefinido iban á estar bajo la garra de D. Mucio Martínez, el hombre que ahuyentaba pueblos enteros de su feudo y mandaba fusilar en masa á los Ayuntamientos que osaban constituirse sin su permiso. ¡Y qué negro porvenir aguardaba indefinidamente á los guanajuatenses bajo el dominio de un sátrapa que sepultaba en las penitenciarías y en las cárceles á los que osaban hacer mofa de su figura de mandarín decrépito y crapuloso! La desesperación del pueblo no tenía límites. Con Madero ó sin él, las aldeas, las villas, las tribus esclavizadas, habrían ido rebelándose una tras otra, aun cuando hubiera sido para librarse del exterminio total que las amenazaba.

Pero todas aquellas manifestaciones revolucio-

narias tenían que ser aisladas y heterogéneas. No es verdad que Madero les haya dado la cohesión suficiente para constituír una guerra civil en toda forma. El país en su mayoría no se inclinaba abiertamente á ella; cada pueblo, cada villa, cada ciudad, detestaba profundamente á su inmediato opresor y su aspiración inefable era destruírlo, aniquilarlo, aun cuando más allá de los estrechos límites de cada comarca, otros pueblos estuvieran igualmente oprimidos y deseosos de venganza. Prueba de ello es que cuando llegó el día fijado por Madero para que todos los mexicanos tomaran las armas, no llegaron á mil entre quince millones los que lanzaron el grito de rebelión y en sus comienzos el alzamiento estuvo muy lejos de alcanzar proporciones inquietantes. La verdad neta y sencilla que se desprende del estudio atento de los hechos, es que México se hallaba en ese tiempo en un estado de agitación anormal, favorable para una revolución y que Madero consagró una campaña enérgica, extraordinaria por su intensidad y perseverancia, á hacerse reconocer como jefe de un partido revolucionario. ¿Con qué objeto?

Madero había hecho la agitación antirreeleccionista con el objeto único de llegar á la vicepresidencia y arrastrado por esa ambición no había vacilado en traspasar en su propaganda los límites de la ley. ¿Cómo iba á desaprovechar el ambiente revolucionario que le brindaba una oportunidad excelente para convertirse en caudillo y

aspirar á los honores de un triunfo más ó menos remoto? ¿Cómo iba él, que había gastado tiempo y dinero y consagrado una labor incesante y febril en la aventura, á consentir después en retirarse á la vida obscura de provinciano, de donde había salido poco antes? ¿Cómo era posible que después de haber visto su nombre figurar en cédulas como candidato á la presidencia de la República y recogido como tal aclamaciones en todos los pueblos se retirara sin hacer el último esfuerzo decisivo arrastrando á la guerra á sus partidarios más fieles?

Que á Madero le preocupaba muy poco la libertad y el bienestar de los pueblos, lo demuestran no ya incalificables hechos posteriores á la caída del Gral. Díaz, sino los preliminares y los comienzos de la revolución; comienzos que indudablemente fueron la causa de que un gran número de quienes le acompañaron en la campaña pacífica, resolvieron firmemente apartarse de él en la rebelión.

Es indudable que al comenzar la revolución, ni Madero ni los suyos preveían el inusitado desenlace que tuvo. Aunque ajeno á ella por considerarla antipatriótica, inútil y extremadamente riesgosa, mi independencia me puso en comunicación durante toda la campaña con algunos de los principales asociados en el movimiento revolucionario y por ellos verbalmente y en cartas, supe el desaliento que todavía meses después de estallada la revolución reinaba en casi todas las

filas maderistas. Todavía en vísperas de firmarse la paz de Ciudad Juárez, los revolucionarios no habían alcanzado una organización militar competente para una guerra de mediana importancia. Nadie en toda la República pensaba en Noviembre de 1910 que el Gral. Díaz se rindiera sin haber combatido casi: por el contrario, todos auguraban que frustrado el primer intento, opondría una resistencia tenaz, desesperaba y con ella se abriría una éra de persecusiones, de represalias, de crímenes y abominaciones y, más que todo, de peligros y humillaciones para la patria. Si Madero anhelaba realmente la libertad y el bienestar del pueblo, ¿por qué no enderezaba todas sus energías dentro del terreno de la ley, á mejorar la forma de gobierno, tarea á la cual habrían cooperado ciega, incondicional, firmemente todos los mexicanos de corazón bien puesto?

Es que Madero había llegado al punto en que todas sus ambiciones se concentraban en una sola: arrebatar la presidencia al Gral. Díaz, y esa ambición era más intensa, más poderosa que todos los escrúpulos, que todas las razones de patriotismo, de humanidad, que militaban en contra de la revolución.

No soy de los que creen que la ambición política es un crimen. En los países donde los principios democráticos no han penetrado hasta la conciencia del pueblo, se considera punto menos que insensata la ambición de ser jefe de Estado, puesto que se considera reservado á los preferi-

dos de la fortuna ó á los miembros de casta determinada. En las democracias, todos los ciudadanos pueden tener la suprema aspiración de gobernar. Para mi la ambición politica es tan legítima como la ambición de gloria. Es uno de los resortes que más eficazmente mueven á los individuos y á los pueblos. Pero esto á condición de que se subordine á otro anhelo más grande: el de servir leal y desinteresadamente á la patria. Mas cuando la ambición política se trasforma en el deseo vehemente, irresistible, de oprimir al propio pueblo, de expoliar á la patria y maltratarla como á una concubina ó á un esclavo, entonces la ambición politica es uno de los crimenes más abominables que pueden manchar á la especie humana.

Don Francisco Madero consideró necesario dejar consignados en un "plan" los motivos que lo lanzaban á la guerra y los propósitos que lo animaban al tomar las armas. Los planes revolucionarios tienen por lo general un doble objeto: procurar revestir de cierta legitimidad el movimiento revolucionario indicando que obedece á un anhelo de bien público, y al mismo tiempo, servir de bandera para que lo sigan cuantos se hallen de acuerdo en todo con los propósitos expresados en el documento. En la mayoría de los casos no expresan los motivos reales de la rebelión y para encontrarlos es necesario buscar en otros documentos, ó mejor todavía en las circunstancias que concurrieron á la proclamación del plan

revolucionario. Como son destinados á la publicidad y la historia los ha de recoger, suelen elaborarse cuidadosamente meditando hasta el menos significativo de sus vocablos; en una palabra: no son sinceros.

El plan revolucionario de San Luis Potosí firmado por Madero el 5 de Octubre de 1910 no obedece sin embargo á esa regla. Parece que, como todos sus escritos y discursos, es una obra netamente personal, hecha sin consejo ni ayuda ajena, pues refleja el temperamento vivaz, desordenado, ilógico, que se trasluce invariablemente en todos los actos de este personaje. Es, pues, en cierto modo un documento sincero que permite juzgar el estado de ánimo del caudillo revolucionario.

Así, en la exposición de motivos de su plan, Madero comienza por pintar con los más negros colores la situación política de México y señalar los males del régimen de gobierno que llegaba á ser intolerable. Relata en seguida la campaña antirreeleccionista señalándola como un movimiento exclusivamente electoral, no encaminado á mejorar ese régimen sino sólo á destronar al mandatario supremo. Más adelante confiesa: "desde que me lancé á la lucha democrática, sabía muy bien que el Gral. Díaz no acataría la voluntad de la nación, y el noble pueblo mejicano, al seguirme á los comicios sabía también perfectamente el ultraje que le esperaba; pero á pesar de ello, el pueblo dió para la causa de la

libertad un numeroso contingente de mártires cuando estos eran necesarios, y con admirable estoicismo concurrió á las casillas á recibir toda clase de vejaciones." He aquí confirmada mi afirmación: Madero no ignoraba que la lucha electoral sería inútil é ineficaz para derrocar al Gral. Díaz y á sabiendas de ello, no hizo el más pequeño esfuerzo para encausar esa inusitada agitación popular dirigiéndola á fines más prácticos y democráticos.

Más adelante Madero dice: " . . . . . la actitud del pueblo antes y durante las elecciones, así como después de ellas, demuestra claramente que rechaza con energía al gobierno del Gral. Díaz y que si se hubieran respetado sus derechos electorales, hubiese sido yo el electo para Presidente de la República. En tal virtud y haciéndome eco de la voluntad nacional, declaro ilegales las pasadas elecciones y quedando por tal motivo la República sin gobernantes legítimos, asumo provisionalmente la presidencia de la República mientras el pueblo designa, conforme á la ley, sus gobernantes."

Esta es la médula del Plan de San Luis Potosí. Aquí tenemos el verdadero, el supremo impulso revolucionario. Después de la agitación electoral Madero, fundadamente ó no, se creía despojado de la investidura presidencial y no vacilaba en encender la tea revolucionaria. En ese mismo párrafo del documento fundamental en que se basa la revolución de 1910, Madero dice

que la República queda sin gobernantes legítimos y que con ese motivo asume la presidencia; es decir, se erige en usurpador ni más ni menos que el Gral. Díaz.

El párrafo final de la exposición de motivos que he analizado brevemente, dice á la letra: "El gobierno actual (el del general Díaz) aunque tiene por origen la violencia y el fraude, desde el momento en que ha sido tolerado por el pueblo, puede tener para las naciones extranjeras ciertos títulos de legalidad hasta el 30 del mes entrante, en que expiran sus poderes; pero como es ncesario que el nuevo gobierno dimanado del fraude no pueda recibirse ya del poder, ó por lo menos se encuentre con la mayor parte de la nación protestando con las armas en la mano, contra esa usurpación, he designado la noche del domingo 20 del entrante Noviembre para que de las seis de la tarde en adelante, todas las poblaciones de la República se levanten en armas bajo el siguiente plan:"

No menos importante para la psicología del plan de San Luis (como se ha llamado á la proclama revolucionaria de Madero) es el párrafo que acabo de transcribir. En él se ve, sin género alguno de duda, que la preocupación única, la obsesión de Madero era el resultado negativo de su intentona electoral. No era verdad que le preocupara la tiranía, ni la corrupción, ni la incapacidad del gobierno del general Díaz. Esas causas, en las que debía apoyarse de hecho la re-

volución, y que le dieron el formidable impulso que alcanzó cuatro meses después, venían subsistiendo desde hacía años, y subsistirían lo mismo el 10 de Octubre, que el 30 de Noviembre, que el 2 de Enero del año siguiente. Para levantarse contra la tiranía y para libertar al pueblo, la fecha importaba poco, y lo importante, lo fundamental, lo primordial era en todo caso, ó lanzar e' grito de rebelión desde luego, si se confiaba en el estado del ánimo público, ó aguardar á que las circunstancias favorecieran un levantamiento general. Pero á Madero le interesaba que la rebelión precediera unos cuantos días á la fecha de la renovación del poder, con el fin de tener una excusa, aunque fuera ilógica, para asumir la presidencia provisional. Y por esto lanzó el grito prematuramente, cuando nada había organizado, y sacrificó á la flor y nata de sus partidarios (como Aquiles Serdán), y el resultado fue que el domingo 20 de Noviembre, día señalado por Madero para que todas las poblaciones de la República se lanzaran en armas, no llegaron á diez, entre miles, las que manifestaron alguna actividad revolucionaria. Por otra parte, si Madero reconocía la legalidad del gobierno del general Díaz hasta el 30 de Noviembre de 1910, ¿por qué asumía la presidencia el 20 del mismo mes? ¿No era eso herir de ilegitimidad absoluta sus propias pretensiones?

El plan de San Luis, que se ha publicado íntegro en casi todos los periódicos mexicanos, y

que por esa razón no creo conveniente reproducir íntegro, pues mi objeto es comentar y no narrar, contiene en esencia las declaraciones siguientes:

I. Que se declaraban nulas las elecciones para presidente, vicepresidente, diputados, senadodores, magistrados de la Suprema Corte, y se desconocía la autoridad del general Díaz y demás funcionarios que debieran haber sido electos.

II. Que se dejarían vigentes las leyes expedidas antes del plan, á reserva de reformarlas por los medios que marca la constitución. Hacía, sin embargo, una excepción, la que se refiere á la ley de terrenos baldíos, á cuya sombra se habían cometido muchos despojos, y ofrecía revisar todos los actos relacionados con esa ley.

III. Que se declaraba ley suprema de la República el principio de No reelección del presidente y vicepresidente de la República, de los gobernadores de los estados y de los presidentes municipales.

IV. Que Madero asumía el carácter de presidente provisional con facultades para hacer la guerra al general Díaz, y que tan pronto como estuvieran en poder de los revolucionarios la capital de la República y más de la mitad de los estados de la Federación, se convocaría á elecciones para un mes más tarde.

V. Que el presidente provisional (Madero) nombraría gobernador provisional en cada uno de los estados que fueran siendo ocupados por

las fuerzas revolucionarias, el cual gobernador tendría obligación de convocar á elecciones cuando el presidente provicional (Madero) lo creyera conveniente.

VI. Que las fuerzas revolucionarias tenían facultades para ocupar fondos públicos ó particulares, con tal que no fuesen de extranjeros, y con obligación de llevar cuenta detallada de todas esas cantidades.

Un artículo transitorio marcaba la forma de otorgar grados militares, la promesa de reconocerlos al restablecerse la paz, la preferencia en el mando á los militares de profesión que se adhirieran al plan, y las penas en que incurrirían los que faltaran á la disciplina ó á las leyes de la guerra.

Termina el plan con una excitativa á los mexicanos, en la cual se lee este párrafo:

"Por lo que á mí respecta, tengo la conciencia tranquila y nadie podrá acusarme de promover la revolución por miras personales, pues está en la conciencia nacional que hice todo lo posible por llegar á un arreglo pacífico y estuve dispuesto hasta á renunciar mi candidatura siempre que el general Díaz hubiera permitido á la nación elegir aunque fuera al vicepresidente de la República; pero dominado por incomprensible orgullo y por inaudita soberbia, desoyó la voz de la patria y prefirió precipitarla en una revolución antes que ceder un ápice, antes de devolver al pueblo un átomo de sus derechos, antes de cumplir

aunque fuese en las postrimerías de su vida parte de las promesas que hizo en la Noria y en Tuxtepec."

Despojando este párrafo de la parte meramente declamatoria, en él Madero dice á la nación, en el documento más importante y trascendental de cuantos ha lanzado á la luz pública, que él, Madero, habría desistido de la guerra, si el general Díaz hubiera permitido al pueblo elegir vicepresidente. Y como la única elección popular posible en las postrimerías de la campaña electoral era la de Madero, es claro, indudabe, incontrovertible, que Madero, electo vicepresidente, no habría sido caudillo revolucionario, sino partidario de régimen porfiriano. Porque conforme á la ley, el vicepresidente de México no tiene acción política alguna, ni ejerce la más péqueña influencia en el sistema de gobierno. Y todavía hay que tener en cuenta que Madero hizo esa propuesta de transacción sin estar autorizado por el partido antirreeleccionista, ni haber dado siquiera noticia oportuna á sus partidarios. En una palabra: Madero pretendió vender á su partido, trocándolo por el puesto de vicepresidente, y fracasado su proyecto, se lanzó á la revolución, como único medio de llegar á la presidencia.

¿Qué de extraño tiene, entonces, que Madero asumiera la presidencia de la República al lanzar el plan de San Luis? La historia de México, está constelada de planes, de todas clases, formas y tamaños. Hay terreno de sobra para clasifi-

carlos y ponerlos, como en un museo anatómico, en frascos con sus respectivos marbetes, y formar con ellos una colección de teratología psicológica, apartando uno que otro que sí merecen y merecerán eternamente el respeto de todos los pueblos. Los hay trascendentales, humanos y progresistas, como los de Iguala y de Ayutla; importantes como los de Casa Mata y de Jalapa, que sirvieron de base á la República; ruines y crueles como el de Tacubaya; epilépticos como todas las proclamas del dictador Santa Anna; hipócritas como los de La Noria y Tuxtepec.

Unos han sido de principios, y son los de mayor trascendencia histórica. En ellos las ambiciones personales no son los heraldos que van á la vanguardia ensordeciendo con sus fanfarrias, Son impersonales; los jefes de la revolución conservan estonces exclusivamente su carácter militar; hacen la guerra para derribar un régimen y sustituirlo con otro, y dejan para más tarde, para el día del triunfo, la designación de quienes han de realizar la parte política del movimiento.

Otros ha habido en que las ambiciones personales van á la descubierta, pero vestidas aunque sea con la rudimentaria hoja de parra. En la época de anarquía que asoló nuestro desdichado país en el primer tercio del siglo pasado, cuando era tan fácil asaltar el Palacio Nacional como detener una diligencia en el Monte de las Cruces, hubo muchos caudillos que se lanzaron con un plan por bandera; pero tenían—hasta ellos—

el pudor de no asumir directamente el gobierno; sino que reunían en cualquier mesón, cuartel ó iglesia de no importa qué pueblo, á sus amigos, compadres, cómplices ó criados, y los hacían formar una junta revolucionaria que por unanimidad los eligiera para el mando supremo de la República. Hernán Cortés, para llevar á cabo su obra de iniquidad, de despotismo y exterminio, se cuidó de dar cierta legalidad á sus actos y su primer paso en tierra mexicana fué reunir un ayuntamiento; plantar la horca, símbolo de la dominación española; fundar una autoridad conforme á la legislación ibera, para que lo proclamase justicia mayor y capitán general y le confiriera la facultad de conquistar. El general Díaz, el mayor tirano de la América, al rebelarse loco de ambición contra Juárez y contra Lerdo, no se hizo llamar más que jefe del ejército libertador; y no asumió la presidencia hasta haber entrado triunfante en la capital de la República.

Ninguno de estos escrupulos detuvo á don Francisco Madero, que no era militar y no creía por aquel entonces tener la necesidad de ponerse al frente de las operaciones militares; y por eso prefirió seguir el camino trazado en su plan de San Luis, que lo pone á la altura de los tipos menos airosos de caudillos latinoamericanos. Y asumió la presidencia con facultades extraordinarias, dadas por él mismo; es decir: se declaró dictador. Y, como la muchedumbre de aspirantes filibusteros que han invadido á últimas fe-

chas la América Central, después de investirse de la presidencia, se fué al extranjero á ejercer sus primeros actos de gobierno virtual desde suelo extraño, cuando hay un mandato muy sabio en la constitución mexicana que priva al presidente de todo mando desde el momento mismo en que pisa territorio extranjero. ¡Qué diferencia tan enorme entre esta actitud y la del gran Juárez que, perseguido como fiera por extranjeros y traidores, acorralado en la ciudad que se honra hoy con su nombre, no quiso jamás cruzar la línea divisoria!

Del estudio psicológico del plan de San Luis se desprende con meridiana claridad, que en Octubre de 1910, juzgando por el éxito de su campaña electoral, Madero pensaba que á su voz habían de levantarse en armas todos los pueblos en conmoción intensísima, y que mientras él disfrutaba en San Antonio de Texas ó El Paso de la franca hospitalidad yanqui, sus partidarios derribarían en unos cuantos días á los gobernadores de muchos estados y quizá tomarían la capital de la República, y él no tendría ya más trabajo que llegar en tren especial á instalarse en el alcázar de Chapultepec.

En el plan de San Luis declaraba que el presidente provisional (Madero) designaría á los gobernadores de los Estados, conforme los fueran ocupando las tropas maderistas, y que cuando la mayoría de los Estados estuviesen así á merced suya, se convocaría á elecciones. En los Estados mismos, no se efectuarían elecciones sin permiso

expreso de Madero. De suerte que se trataba de establecer exactamente el mismo sistema del general Díaz. A medida que las tropas maderistas hubieran tomado las capitales de los Estados, Madero pondria en ellas hombres de su entera confianza, y cuando la mayoría del país estuviera en sus manos, ¿quién duda de que el resultado de las elecciones sería favorable á él? ¿No era ese sistema el mismo que, por distintos caminos, y mediante una politica astuta y firme sostenida durante muchos años, había mantenido al general Díaz en el poder?

Y todavía, contraviniendo el mismo plan revolucionario, Madero nombró gobernadores de algunos Estados cuando aun no los ocupaban las fuerzas maderistas. En la historia de la revolución figuran nombramientos de esta clase expedidos en territorio americano, en los cuales se ve cómo Madero designaba autoridades para puestos que todavía ni remotamente estaban á su disposición. Antes del 20 de Noviembre señalado para proclamar la revolución, ya D. Abraham González estaba nombrado Gobernador del Estado de Chihuahua ¡y nunca las tropas maderistas llegaron á apoderarse de la capital del Estado!

El ultimo artículo del Plan de San Luis autorizaba á los funcionarios y empleados que Madero designara, á "contratar emprestitos, ya sean voluntarios ó forzosos"; pero estos últimos, "sólo con ciudadanos ó instituciones nacionales." Fuera de que nadie sabe como se pueden "contratar

empréstitos forzosos" (pues todo contrato exige consentimiento por ambas partes); lo notoriamente injusto de este artículo está en que Madero hacía recaer absolutamente todos los cargos de la campaña sobre los intereses nacionales, haciendo estricta salvedad de los extranjeros. ¿Habrá quién considere justo y patriótico hacer pesar absolutamente todas las consecuencias de un trastorno público sobre los nacionales, concediendo privilegios é inmunidad completa á los extranjeros? Si la revolución tenía por objeto derribar un régimen inadecuado para el desenvolvimiento del país, es claro que lo mismo aprovecharían de sus frutos los nacionales que los extranjeros; y si las exacciones de dinero eran á título de préstamo restituíble no había razón alguna para que se excluyera á los extranjeros. Éstos habían sido privilegiados por el régimen del Gral. Díaz; multitud de sus riquezas tenían por base operaciones ilegales; la tiranía porfiriana se había hecho odiosa, más que todo, por su apoyo incondicional á los extranjeros con detrimento de los nacionales; ésta era una de las principales causas de la revolución, y, sin embargo, Madero decretaba que se eximiera de toda cooperación á esos elementos extraños. Esta cláusula es uno de los borrones más graves, en mi sentir, del famoso plan de San Luis. Indica sin que haya lugar á duda, que Madero buscaba apoyo material ó moral extranjero, prometiendo continuar la misma política traidora de preferencias, privilegios, tolerancia y hasta ini-

quidad en favor de los extraños y con perjuicio de los propios. Madero sabía, ó por lo menos debía saber que en el terreno de la práctica y una vez desatados los terrores revolucionarios, todas las recomendaciones de benignidad, humanidad, justicia y nobleza salen sobrando totalmente. En todas las guerras de todos los siglos, lo que ha disminuído los horrores de la lucha ha sido la disciplina de los combatientes y la firmeza y benevolencia de los jefes. El último artículo del Plan de San Luis no podía ser seguido al pie de la letra, como lo prueban las matanzas de Torreón, los asesinatos de Puebla y de Morelos; los saqueos, las confiscaciones que casi invariablemente fueron la huella de las bandas maderistas. Pero es claro que ese artículo estaba destinado á surtir sus efectos del otro lado de la frontera mexicana, y tenía por objeto llevar al ánimo de los extranjeros y principalmente de los norteamericanos la impresión de que el caudillo revolucionario ponía en su estandarte, en lugar bien visible, la protección á los intereses bien ó mal adquiridos por ellos en suelo mexicano.

El mismo artículo prevenía que se llevara contabilidad exacta de empréstitos contratados durante la revolución. Nada de esto llegó á hacerse. Cuando la rendición del Gral. Díaz puso en manos maderistas el tesoro público, el pago de deudas más ó menos auténticas tomó los caracteres re una orgía. Pero hasta la fecha (y han transcurrido seis meses desde entonces), ni un docu-

mento satisfactorio se ha publicado que demuestre la rectitud y justificación de esas inversiones, (1).

En el tercer artículo de su plan revolucionario, Madero prometía la restitución de los terrenos injustamente adjudicados con perjuicio de sus antiguos y pacíficos poseedores, y hasta la indemnización de estos. Este artículo era sencillamente una trampa.

Hasta los maderistas más recalcitrantes, como los autores del libro "La revolución y sus héroes" escrito exclusivamente para cantar las glorias de Madero, consideran esa promesa un engaño. "El plan revolucionario de San Luis (dice en la pá-

---

(1). Uno de los rasgos más innobles de la dictadura maderista ha sido la adjudicación á favor de Don Gustavo Madero de $700,000 por cantidades gastadas por la familia del caudillo durante la revolución. Esta suma fue uno de los primeros, si no el primer pago que se hizo del tesoro público, antes de que se indemnizara á los deudos de gentes pacíficas asesinadas durante la campaña, como sucedió con los vecinos del Paso; antes de que se comenzara á negociar siquiera la indemnización á China por la hecatombe de Torreón, sin saber aún si las existencias del tesoro bastarían para todos los gastos de la guerra, y, sobre todo, sin haber justificado ninguno de esos gastos. Agentes maderistas recibieron y distribuyeron en igual forma más de diez millones de pesos sin rendir cuentas. En cambio, se han visto surgir fortunas: personas que en vísperas de la revolución apenas tenían qué comer y jamás poseyeron bienes, se enriquecieron súbitamente. Los $700,000 de Don Gustavo Madero le sirvieron para la campaña presidencial. Y todavía después de haber obtenido la restitución de lo que dice la familia haber invertido en la guerra, Madero ha poblado las nóminas del gobierno con nombres de sus parientes y aliados. En la historia escandalosa de las revoluciones hispano-americanas, no creo que haya caso semejante. Ninguna compañía ni sociedad mercantil permitiría que su cajero, pagador ó gerente, dispusiera de una parte grande ó pequeña de los fondos sin rendir cuentas escrupulosa y perfectamente comprobadas. La nación mexicana, no debe, no puede dejarse burlar una vez más siquiera porque la revolución maderista ha costado á la patria mucha sangre y muchas vergüenzas.

gina 73)...... promete más de lo que seguramente el nuevo régimen podrá hacer efectivo, por muy vehemente y por mucha que sea su diligencia."

El vulgo (también hay vulgo entre los historiadores y sociólogos) piensa que es un defecto natural y propio de la psicología humana, que las promesas de los políticos y caudillos sean siempre utópicas. Cree muy disculpable que los hombres, antes de llegar al poder, cuando quieren llevar detrás de sí á las muchedumbres excitadas, ofrezcan á manos llenas á sabiendas de que no han de cumplir sino una mínima parte de lo prometido. Pasa por cierto que todos los apostolados, así de la demagogia como de las conquistas; así de los que predican la libertad como de los que proclaman la guerra santa, han de ser necesariamente soñadores, exagerados, porque es más fácil conmover á los pueblos con la mentira esplendorosa que con la verdad, austera y fría. Es cierto, pero no en absoluto. Comparado con tantas proclamas mentirosas, tantos manifiestos engañanadores, tantos planes revolucionarios tramposos, el de San Luis no es uno de los peotes entre todos cuantos la audacia, la ignorancia y la ambición han lanzado á la vergüenza pública en nuestro continente. Pero la historia tiene un cartabón más amplio para juzgar los actos de los directores de grupos humanos, y ese cartabón ha ido siendo más y más elevado a medida que la civilización ha ido modificando las relaciones de

los individuos y los grupos sociales. No es exacto que todas las promesas de los políticos, ni todas las proclamas tengan que ser rigurosamente engañadoras. ¿Qué hay de engañador, de falso, ni siquiera de utópico, en la declaración de independencia que se firmó en Filadelfia hace más de cien años?

En nuestra propia historia, ha habido proclamas y planes veraces, honrados en sí mismos. El plan de Iguala no proclamaba nada que no hubiera podido cumplirse; no contenía, en esencia, sino el principio de la soberanía nacional, la igualdad de derechos entre los nacidos en territorio mexicano y los inmigrantes de Europa; la promesa de un gobierno monárquico regido primero por una regencia y después por un monarca de sangre española, y la reunión de un congreso constituyente. Nada de esto era imposible; más aún, se dieron pasos para conseguirlo, y los hombres que realizaron la independencia se esforzaron en que se llevase á la práctica. Iturbide no se coronó emperador sino más tarde, y su coronación, al fin de cuentas, no desvirtuaba por sí misma el plan de Iguala.

El plan de Ayutla tenía por objeto único derrocar la dictadura intolerable de Santa Anna y convocar á un congreso que elaborase la constitución mexicana. Ese plan se llevó á cabo en todas sus partes. Los hombres de Ayutla no llegaron al triunfo ávidos de dominio; uno de ellos hasta renunció la presidencia de la República, y

á su debido tiempo se formó el congreso constituyente que duró en sus tareas dos años y en el que estuvieron representadas todas las facciones. Promulgada la constitución, quedaba cumplido el plan de Ayutla, Y lo que tiene de esencial esa constitución no podrá borrarse nunca de nuestro código político sin mengua de la civilización.

Yo no niego que en toda propaganda es punto menos que indispensable ir un poco más allá de la realidad, dejando que el entusiasmo se desborde hasta los límites de lo utópico, porque toda propaganda es una obra de fe, y la fe no se detiene jamás á ver los guijarros del camino. Y mientras más noble es el ideal que se persigue, y más alto se elevan las miradas, es más facil que el espíritu vuele á las regiones de lo irreal. Para lograr un poco de bien, urge ambicionar mucho, porque la realidad suele no conceder sino una parte mezquina de lo que se sueña. Pero cuando la propaganda es falaz, cuando sólo encubre una ambición, cuando el ideal sirve únicamente para disimular innobles esfuerzos, entonces todo es impostura, y las falsas promesas constituyen un crimen, porque crimen es engañar á los pueblos y llevarlos á la lucha fratricida.

Ya veremos más adelante cómo Madero, una vez que tuvo la certeza de heredar al general Díaz, arrojó noramala el plan de San Luis, y volvió las espaldas á su bandera de combate.

A mayor abundamiento, Madero no necesitó nunca haber enarbolado la mentira para acaudi-

llar la revolución. No es cierto que las revoluciones, para tener buen exito, necesiten fundarse en una promesa escrita. Ninguna, ni el más leve plan tenía el padre Hidalgo cuando lanzó el grito de Dolores. Su bandera fue una imagen cogida al paso de una iglesia, y su grito de combate se redujo al de "Muerte á los españoles"; y sin embargo, mes y medio después de su grito de guerra, cien mil hombres lo seguían en el Monte de las Cruces, y tuvo abiertas ante sí las puertas de la capital del virreinato, que no se atrevió á ocupar.

Madero no debió al plan de San Luis un sólo partidario. No fue una obra indispensable de propaganda. No pudo serlo, porque no tenía medios á su alcance para hacerlo circular por todo el país. En realidad, muy pocos sabían el contenido del famoso plan, y sólo llegó á hacerse público después de la paz de Ciudad Juárez. Si el gobierno del general Díaz, en vez de prohibir terminantemente que se hubiera impreso y comentado ese plan, lo hubiera lanzado al público examen, todas las llagas que lo manchan hubiesen salido á luz, y el éxito personal de Madero habría sido menos fácil. Yo sé que algunos de los corifeos del maderismo fueron á la revolución desaprobando el plan y trataron de influír para que Madero lo modificara. Tal, por lo menos, me aseguró el Dr. don Francisco Vázquez Gómez, en Marzo de 1911, durante la primera parte de las negociaciones de paz que se iniciaron en New York y de que hablaré más tarde.

Si, pues, el plan de San Luis no era indispensable, ni útil para la revolución, ni contenía algo que diera garantías de libertades públicas, ni promesas que pudieran cumplirse, claro, clarísimo es que no tuvo más objeto que dar oportunidad á Madero para que, si algún día la revolución triunfaba, reclamara él la investidura de presidente provisional con tantas facultades como las del general Díaz; en una palabra, para hacerse dictador de México.

## LA INTERVENCION AMERICANA.

Teodoro Roosevelt, uno de los más autoritarios y despóticos presidentes que han gobernado á los Estados Unidos, en un momento de delirio, en un espasmo de cinismo y deleite canibalesco, gritó ante un concurso de estudiantes californianos: "¡Yo me cogí Panamá!"

¿El jesuítico Mr. Knox no se atreverá mañana, cuando haya pasado para siempre su reinado en la turbia diplomacia de Wáshington, á exclamar en un paroxismo de orgullo: "¡Yo derribé á Porfirio Díaz!"?

El mismo Roosevelt, repuesto de su acceso y vuelto á la circunspección propia de un ex-hombre de Estado, ha dicho que no fue él, en verdad, quien desgarró las entrañas de la indefensa Colombia y mutiló la nación á costa de tanto heroísmo fundada por Bolívar; sino que los colombianos mismos, por su indisciplina y sus atávicos impulsos desorganizadores, trajeron la separación

de Panamá. Del mismo modo, Mr. Knox podrá decir más tarde, con igual exactitud, que la tiranía de Porfirio Díaz y la ambición de Madero originaron la más reciente tragedia mexicana.

Mas, en presencia de lo ocurrido en Cuba, donde Mr. Knox impera como árbitro supremo; en Guatemala donde los banqueros cómplices del diplomático del dólar han comprado al tirano Estrada (peor mil veces que Díaz), el derecho de explotar todas las riquezas del país; en Honduras, donde se ha querido imponer al pueblo un tratado tan inmoral que escandalizó á los mismos legisladores de Wáshington; en Nicaragua, donde filibusteros yanquis y revolucionarios del país derribaron, bajo la presión directa, inmediata, descarada é impúdica del gobierno americano, al general Zelaya que había osado desafiar las iras yanquis; en Panamá, cuya separación fue fraguada y preparada y expensada en Nueva York; en Venezuela, cuya puerta cerraron sin derecho alguno los americanos al dictador antiyanqui Cipriano Castro; en presencia de todos estos ejemplos, nadie que sea cuerdo y posea un poco de raciocinio, puede creer que el gobierno americano haya permanecido inactivo ante el movimiento revolucionario acaudillado por Madero. No lo había estado nunca, desde que, terminada la guerra separatista, la nación norteamericana quedó constituída en potencia militar de primer orden, superior por sus fuerzas y sus recursos á cualquiera otro país del continente. No fue indi-

ferente ni á las tentativas inoportunas y antipatrióticas de González Ortega contra Juárez, ni á la de Díaz contra Juárez en 1871, ni—ya lo hé demostrado plenamente—á la de Díaz contra Lerdo. Mucho menos indiferente fue á las de Catarino Garza y los Flores Magón y Villarreal durante el largo reinado de D. Porfirio. En la política americana estaba favorecerlas ó estorbarlas según conviniera á sus intereses. En el programa absorbente de la América sajona está aliarse con los caciques latinoamericanos que les son favorables, y oponerse sin reparo á los adversos.

Los Estados Unidos no hacen un secreto de sus pretensiones, ni de los procedimientos que en juego ponen para realizarlas. La política internacional americana en este continente se caracteriza por el impudor y la insolencia, porque, desgraciadamente, en esta parte de la tierra no ha podido florecer aún otro pueblo que contrarreste la hegemonia yanqui, y Europa tiene demasiados problemas complicadísimos interiores y coloniales en Asia y África, para que piense disputar á los Estados Unidos el dominio de América.

No tienen, pues, por qué ocultar sus intenciones. Roosevelt esgrimía á los ojos del mundo la "gran tranca" (big stick) significando con ella una política agresiva, impetuosa, rígida para sujetar á las repúblicas hispanoamericanas. Taft, —ó quizá más bien su brazo derecho, Mr.

Knox—ha inventado un nuevo sistema, "la diplomacia del dólar." Roosevelt fue á Cuba personalmente á contribuir á la terminación del dominio español, y ayudó á la conquista de Puerto Rico; nada sangrienta, es verdad, pero ocupación militar al fin. Taft, hombre de paz; Knox, político de gabinete, no harán eso: no irán ellos á la guerra, ni mandarán tampoco huestes yanquis. Han encontrado otro procedimiento más sencillo, más fácil y quizá más seguro. Si Napoleón decía que el nervio de la guerra es el oro, Knox ha ido más allá: ha encontrado que con el oro se pueden preparar, organizar, dirigir las guerras de conquista, sin derramar una gota de la propia sangre. Para hacer canquistas ya no se necesitan hombres de la talla de Cortés y Pizarro, en quienes la ambición, la crueldad, la rapacidad, estaban al menos aureoladas por el valor inmenso y por el genio; ya no hacen falta hombres de hierro que quemen sus naves en playas misteriosas y hostiles, y que vayan á las crestas de los volcanes á abastecerse de pólvora para sus arcabuces, ni construyan sus bergantines bajo la lluvia de proyectiles enemigos. Los conquistadores modernos contratan expediciones revolucionarias como se alquilan comparsas de circo. Calculan los riesgos con la exactitud de una operación de banca ó un seguro de vida. Con el oro dominan ambiciones, rivalidades, rencores, venalidades; todo ese avispero de malas pasiones que revolotea en los cacicazgos de América; y lan-

zan á los cabecillas ebrios de ambición y convulsos de sed de sangre patria, á que exploten, engañen y traicionen miserablemente á los tristes pueblos oprimidos. Y luego, cuando los aventureros mercenarios llegan al poder, los mercaderes de Wall Street cobran con usura, en concesiones inicuas, los anticipos hechos.

Así han querido regir sin gloria, sin responsabilidad, pero también sin riesgo, á todos los países de nuestra raza, que consideran raza famélica, traidora, profundamente venal y prostituída. Y así seguirán hasta que un pueblo—¡yo sé que ha de ser mi pueblo, el mexicano!—piense lo humillante, lo degradante, lo peligroso que para su propia existencia es someterse á tan villana maniobra, y escarmiente, como escarmentó á los príncipes extranjeros en el cerro de las Campanas, á los cómplices que así venden á la patria por un puñado de monedas.

Hasta 1909 los Estados Unidos habían sido fieles aliados de D. Porfirio, á cambio de un número de privilegios á todas luces incompatibles con la integridad y el decoro de la nación mexicana. El pacto de sangre á que antes he hecho referencia estaba en pleno vigor, y á nombre de él los Estados Unidos violaron el derecho de asilo, y la libertad y el derecho natural en los mexicanos refugiados en territorio americano, y todo esto sin escrúpulos ni miramientos, á la manera brutal, propia de yanquis.

¿Por qué acto milagroso ese pacto quedó en

suspenso de una manera absoluta, sistemática y completa durante la revolución maderista? ¿Por qué únicamente Madero y los suyos gozaron de impunidad y hallaron en tierra yanqui el refugio seguro que hasta entónces se había negado á todos los demás adversarios de D. Porfirio? La clave documentada y completa de estos sucesos saldrá á luz algún día. Los mexicanos tenemos el deber de investigarla y no cejar hasta descubrirla, porque se acerca á grandes pasos el momento decisivo en que la nacionalidad mexicana se afirme sobre la única base posible: la soberanía nacional y el respeto á los derechos de que gozan los países independientes, ó que vencidos en lucha desigual, corramos la suerte de Puerto Rico y las Filipinas.

Mientras tanto, mientras llega la hora en que se rompan las discresiones diplomáticas y los secretos de Estado salgan á la luz pública, como tienen que salir forzosamente, se pueden citar hechos rigurosamente exactos, que tienen casi la fuerza de las pruebas documentales, y en mi sentir, pueden llevar al ánimo la certidumbre.

Que al principiar el año de 1909 la más completa armonía reinaba entre el general Díaz y sus poderosos aliados, está fuera de duda. Gracias á eso el general Díaz, apartándose de sus propias ideas políticas, expresadas en lo que sus aduladores llamaron la **Doctrina Díaz** (1), y aleján-

(1). En 1903 el general Díaz ratificó la doctrina Monroe con esta salvedad: que debía basarse en el respeto y al régimen interior de los países de América. A esta selvedad se llamó entonces **Doctrina Díaz.**

dose asimismo de lo que la previsión aconsejaba, acompañó á los Estados Unidos en la tentativa de mediación para pacificar la América Central. Los Estados Unidos creyeron que la compañía de México en esa aventura le quitaría el sabor imperialista, y D. Porfirio se inclinó ante esos deseos y tomó parte en la comedia.

Al mediar el año, sin embargo, comenzó en México la agitación pública y asumió desde sus comienzos un aspecto nacionalista tan importante que obligó al ministro de Hacienda Limantour á anunciar la mexicanización de las líneas férreas nacionales; es decir, la gradual sustitución del personal americano por mexicanos. La consolidación misma de los ferrocarriles, cuyos móviles secretos no se han puesto bien en claro, era un golpe directo á ciertas corporaciones americanas, especialmente al sindicato poderosísimo que se conoce con el nombre de Standard Oil, y que tenía el propósito de invadir á México apropiándose las líneas de comunicación y los mantos de carbón y de petróleo, medio supremo de dominar la industria. El gobierno mexicano anunció indirectamente por boca de periodistas oficiosos, que el objeto principal de la operación había sido impedir las maniobras de la Standard Oil. Claro es que estos dos acontecimientos no han de haber causado buena impresión en Wall Street, que es el aliado de la cancillería de Wáshington en el dominio de las repúblicas hispanoamericanas.

Todavía en Octubre de 1909 fue el general

Díaz á la ciudad fronteriza de El Paso, invitado por Mr. Taft, á una famosa entrevista que, según rumor público, tenía por objeto preparar la cesión permanente de la bahía de la Magdalena á los Estados Unidos, y según notas oficiales era un simple acto de cortesía, de cordialidad entre dos jefes de Estado, vecinos y amigos.

Mas en Enero de 1910 el general Díaz cometió un acto punto menos que hostil hacia el gobierno de Mr. Taft. A la sazón era presidente de Nicaragua el general Santos Zelaya, enemigo del protectorado americano y de la invasión yanqui, pues temeroso estaba de que los Estados Unidos quisieran apoderarse de la zona por donde pudieran construír un canal interoceánico en caso no remoto de que fracasara el proyecto de cortar el istmo de Panamá. Zelaya tenía además el proyecto de unificar bajo su propia dictadura á toda la América Central, y de la unión que así resultara, no había de ser tan fácil que los Estados Unidos dispusieran á su antojo. Por eso fue que, siguiendo su tradicional política, los Estados Unidos contrataron gente que llevara la revolución á territorio nicaragüense, y en la vanguardia fueron aventureros yanquis encargados de ciertas operaciones técnicas como colocación de minas para volar trasportes y cañoneros nicaragüenses. Zelaya, hombre enérgico y decidido, comenzó su defensa con medidas extremas, radicales, como las que han servido á todos los dictadores para suprimir rebeliones. Hizo aprehender á los fili-

busteros yanquis y los fusiló previo consejo de guerra sumario. El gobierno de Wáshington reclamó enérgicamente, dizque en nombre de la civilización: por primera vez en la historia del mundo, la cancillería americana declaró que hacía personalmente responsable al general Zelaya por la ejecución de los filibusteros y que lo aprehendería y pediría su extradición para castigarlo por hechos que, en caso de constituir delitos, se habían cometido en territorio nicaragüense, y tocaba á la justicia de ese país averiguar y esclarecer. Pero el gesto amenazador tuvo el efecto deseado: la revolución tomó un incremento formidable: ya sin escrúpulos ni pudores, se alistaron en sus filas aventureros americanos; Zelaya tuvo que huír, y desde tonces Nicaragua está gobernada indirectamente por la United Fruit Company, que hasta impone nombramientos diplomáticos al gobierno de Nicaragua, y la presión del gobierno de Wáshington es tal que pone objeciones aun á la constitución del país.

Zelaya huyó; pero cuando trató de hacerlo, se encontró perdido: en ambas costas nicaragüenses buques de guerra americanos vigilaban, dispuestos á apresarlo si intentaba salir, y en tan criticas circunstancias el general Díaz le ofreció asilo en un buque de guerra mexicano, á bordo del cual pudo salir Zelaya sin ser molestado, por entre los cañoneros yanquis que guardaban las costas. Semejante actitud del general Díaz debe de haber dejado estupefactos á los Estados Uni-

dos; á no ser que antecedentes desconocidos del público la hayan hecho previsible. Es claro que Díaz al dar asilo al dictador nicaragüense, no debe de haber obrado por humanidad, ni por amistad, ni por amor á la raza, ni por servir á la justicia ni amparar al débil. Díaz no era un idiota; lejos de eso, pruebas inequívocas había dado de una astucia que lindaba con el genio, y debe haber visto en la actitud del gobierno americano al exigir responsabilidades personales á Zelaya, una amenaza ya no á los países, sino á los gobernantes. Su actitud fue de protesta decidida, firme, no contra la intromisión yanqui en los asuntos interiores de los países débiles, sino en los asuntos personales de los autócratas, sus aliados. De todos modos, esa actitud, que valió al general Díaz aclamaciones en toda la América española, tenía que despertar desconfianzas, recelos y rencores en el departamento que gobierna Mr. Knox.

Una coincidencia vino á empeorar la situación para el general Díaz. La revolución maderista estalló precisamente cuando se cumplía el plazo de tres años por el cual D. Porfirio Díaz cedió la bahía de la Magdalena á los Estados Unidos para que la escuadra americana del Pacífico se abrigara é hiciera ejercicios de tiro.

Ya iniciada la revolucion maderista, los Estados Unidos hicieron nuevas gestiones para que se renovara ó prorrogara el permiso que, como he dicho antes, equivalía á una cesión temporal,

y esas insinuaciones tuvieron que coincidir con las demandas del general para que los Estados Unidos cumplieran el pacto por el cual se habían constituído en guardianes de la frontera mexicana. Estos hechos son ignorados en México, porque el general Díaz jamás dió cuenta exacta al pueblo de las tendencias y miras,—¡qué!; ni siquiera de los hechos más aparentes!—de su política internacional, y sus sucesores en el gobierno han seguido el mismo cómodo sistema. Mas en los Estados Unidos, donde los secretos de Estado no lo son nunca hasta el punto de no traslucirse, y donde la prensa es libre, tales hechos se publicaron aunque incidentalmente y sin establecer entre ellos relación alguna.

El general Díaz se negó terminantemente á prorrogar ó renovar el permiso para que los Estados Unidos ocuparan la bahía de la Magdalena, y en Diciembre de 1910 la prensa anunció que el gobierno americano se disponía á devolverla y procedía desde luego á desarmar el dique, levantar los campamentos, llevarse los almacenes, etc., que allí había establecido. Al mismo tiempo el gobierno de Wáshington se negó á aprehender á D. Francisco Madero, cuya detención pedía insistentemente el general Díaz. En el ya citado libro "La revolución y sus héroes" (pág. 101), refiriéndose á la prisión de D. Juan Sánchez Azcona, que fue pedida por el gobierno de México, se lee: "era el segundo desaire que recibía de nuestros vecinos del Norte, pues ya en

anterior ocasión había pretendido de ellos una cosa parecida respecto del señor Madero."

Al estallar la revolución, Madero se hallaba en los Estados Unidos, en refugio tan seguro que la turba de agentes secretos mexicanos y americanos, alquilados por el general Díaz para descubrir su paradero, no lograron dar con él sino dos meses más tarde. El proyecto, según me explicó días después el Dr. Vázquez Gómez durante su visita á New York, era que Madero permaneciera en territorio americano hasta que los revolucionarios se hubieran apoderado de alguna población importante donde establecer el gobierno provisional. Eso prueba que Madero hallábase perfectamente seguro en territorio americano, sin riesgo de que las autoridades americanas lo molestaran. Llegó, sin embargo, el momento en que los espías de D. Porfirio averiguaron el escondite y un representante oficial se acercó á las autoridades de Texas pidiendo la prisión de Madero, en toda forma y con fundamento legal: al menos con el fundamento que había servido para todas las demás persecusiones de mexicanos. Esa petición se hizo reservadamente, y, no obstante, Madero la supo con tanta oportunidad que inmediatamente cruzó la frontera y fue á unirse á las tropas de Orozco. Esto sucedía á fines de Febrero.

Mientras tanto, en El Paso y en San Antonio funcionaban normalmente juntas revolucionarias maderistas, bajo el amparo yaunqui. ¿Por qué

los Estados Unidos, que habían perseguido cruel, implacable é injustamente á los Flores Magón, á los Villarreal, á los Gutiérrez de Lara y á los Sarabia y jamás habían tolerado una junta revolucionaria enemiga del general Díaz, protegieron con especial atención á Madero y los suyos? (1).

Cuando la revolución estalló, D. Gustavo Madero se hallaba en el Este de la Unión Americana representando muy confidencialmente los intereses de la revolución maderista. Su actitud entonces, y los hechos porteriores indican que ya desde aquellos días era el agente secreto, el resorte oculto del movimiento; era lo que en la jerga política yanqui se llama un boss, es decir, el amo del partido, la mano que desde la penumbra dirigía las operaciones sin asumir abiertamente las responsabilidades, para obrar con más seguridad y libertad. Y muy pocos días después de iniciado el movimiento, D. Gustavo Madero instaló una agencia confidencial en Wáshington mismo. ¿Para qué necesitaba la revolución un agente en la capital de los Estados Unidos? Si Madero

(1). Esta circunstancia es tanto más de tenerse en consideración, cuanto que después de la retirada del general Daiz, tratándose del general Reyes y los suyos la mano de hierro de los americanos ha vuelto á dejarse sentir con energía y, sobre todo, con una oportunidad asombrosa. El general Reyes, según noticias que he recogido después de escritas estas páginas, fue aprehendido sin que mediara petición directa del gobierno de México, sino á la simple indicación de que se pusieran en vigor las llamadas leyes de neutralidad. ¿Cómo es, entonces, que á pesar de las repetidas peticiones y representaciones que el gobierno del general Díaz, no se llegó jamás á hacer ningún esfuerzo eficaz para disolver las juntas revolucionarias y evitar que se usara la frontera como base de operaciones contra el gobierno de D. Porfirio?

creía sinceramente contar con el pueblo de México, y con la justicia y grandeza de su causa, ¿para qué ir á buscar abrigo de Mr. Taft y de Mr. Knox, de un gobierno cuya tendencia ha sido siempre la de dominarnos y explotarnos como vasallos? Para hombres patriotas, para caudillos de la libertad, para redentores del pueblo, era impropio, impolítico, bochornoso, ir á ponerse al arrimo de los enemigos tradicionales de la nación mexicana. Era inútil, además; á no ser que se tratara de obtener el apoyo directo del gobierno de Wáshington. Y como ese apoyo no podía ser nunca desinteresado, tenía que echar sobre el gobierno emanado de una revolución así nutrida por los yanquis, la mancha original del vasallaje y de la protección, incompatibles con la dignidad nacional. ¿Qué objeto legítimo podía tener la agencia confidencial en Wáshington? Se ha dicho que procurar el reconocimiento de la beligerancia de los revolucionarios. Esto no podía ser, porque no se trataba de una guerra de independencia, como en el caso de Cuba, ó de la guerra separatista de los Estados Unidos; porque cuando un país está en rebelión no es posible que las potencias extranjeras reconozcan á un tiempo dos gobiernos. Lo más que puede suceder, como ha sucedido en China, es que los representantes diplomáticos se vean obligados á tratar extraoficialmente con grupos revolucionarios cuando éstos toman posesión de lugares en que hay intereses extranjeros. Reconocer la be-

ligerancia de un partido revolucionario es siempre un acto hostil al gobierno constituido, y un acto hostil á uno de los partidos significa ineludiblemente una alianza con el partido opuesto. Las naciones extranjeras no pueden reconocer un gobierno revolucionario sin desconocer al legítimo, y por esto no lo reconocen sino cuando el gobierno legítimo ha desaparecido. Durante el reinado de Maximiliano, á pesar de que por el año de 1865 se extendía de hecho á la mayor parte de la República y Juárez se hallaba acorralado en la frontera, los Estados Unidos no lo reconocieron jamás. A la caída de Lerdo, el general Díaz no envió representante á Wáshington sino cuando hubo ocupado la capital y organizado un gobierno, y todavía los Estados Unidos tardaron en reconocerlo.

El envío de agentes diplomáticos al extranjero y la celebración de tratados son asuntos en sí mismos tan graves, que en ningún país regido por instituciones medianamente democráticas se dejan al árbitrio del jefe del Estado. La constitución mexicana, lo mismo que la de todas las repúblicas, previene que esos convenios sean forzosamente ratificados por el Senado, lo mismo que los nombramientos de agentes diplomáticos. Esto tiene una razón suprema; el peligro de que los jefes de Estado se dejen llevar en sus alianzas hasta extremos incompatibles con el honor y el interés nacional, es demasiado patente y grave para que pase inadvertido.

Eso es en tiempo de paz. ¿Qué será cuando la guerra civil enciende las pasiones y puede ofuscar los espíritus hasta un grado apenas concebible como lo demuestran los tratados Mon-Almonte y McLane-Ocampo, y la convención de Londres y la intervención francesa en México?

Por último, todos los caudillos, tanto como los gobiernos, están en el deber ineludible de dar cuenta al país cuya representación asumen constitucional ó provisionalmente, de todos los actos que hayan verificado en nombre de él, y muy especialmente de cuanto corresponde á las relaciones internacionales. Cuando el gobierno de Juárez—legítimo de toda legitimidad—asumió poderes dictatoriales por el estado de guerra con los franceses y estuvo representado en Wáshington por el eminentísimo hombre de Estado y esclarecido patriota D. Matías Romero, tuvo buen cuidado de hacer publicar todos los documentos relativos á tan difícil misión, y esa correspondencia diplomática debiera ser el espejo de todos cuantos tratan de dirigir los asuntos públicos de México, porque en ella campean la probidad sin tacha y el patriotismo inquebrantable. Pues bien, hasta la fecha no se ha publicado un solo documento satisfactorio que dé á conocer los trabajos de la misión maderista en Wáshington: nada que satisfaga, que sea la relación veraz y completa de los trabajos realizados por D. Gustavo Madero en Wáshington, en Nueva York y en San Antonio. Mientras tal publicación no se haga, tenemos de-

recho los mexicanos para considerar sospechosas esas relaciones bastardas y misteriosas.

Ninguno de los periodistas de Nueva York ignora que los Maderos vendieron á un sindicato poderoso á que pertenecen hombres de gran influencia política en Wáshington, una riquísima concesión petrolera en varios millones de pesos: concesión extraordinariamente ruinosa para el país (1). ¿En qué cuenta figuran esos millones? ¿Dónde están? ¿Por qué los señores Maderos no han dado cuenta de ellos? ¿No tenemos los mexicanos el derecho de exigir que esa venta ilegal, criminal, no se realice, ó se nulifique si está ya realizada?

Apenas establecida la agencia confidencial de Wáshington, el gobierno mexicano pidió la prisión y extradición de D. Juan Sánchez Azcona, que era uno de sus principales miembros. Antes de proceder, el gobierno americano exigió de la embajada mexicana una declaración, bajo juramento, de que el delito por que se acusaba al Sr. Sánchez Azcona se había cometido efectivamente y procedía la extradición. Fué aprehendido, pero

(1). La afirmación anterior no se basa en simples suposiciones, ni en los rumores persistentes que aparecieron en aquel tiempo en la prensa de los Estados Unidos. Se basa en una información de fuente fidedigna que tuve en mis manos, destinada á aparecer en un diario de Nueva York, y sobre todo, en la nota telegráfica, que también vi, en que un político poderoso de Wáshington indicó la conveniencia de que no se publicara tal información. Gracias á esa nota telegráfica no llegaron á publicarse todos los detalles del negocio. Entiendo que esa concesión fue rechazada muy justamente por el congreso, ¡tan inicua así era!, pero nada difícil será que el gobierno de Madero vuelta á presentarla y, si logra hacerse de una Cámara obediente, que la haga aprobar más tarde.

negada rotundamente la extradición, con durísimos comentarios para el gobierno de México.

Yo no creo que el gobierno americano debiera haber concedido la extradición de D. Juan Sánchez Azcona, porque no era un prófugo de la justicia ordinaria y la demanda de extradición encubría el propósito de venganza política. Pero cuando por complacer al general Díaz se habían cometido tantos y tan graves atropellos con mexicanos refugiados en territorio americano, ¿no es muy significativo que tratándose de amigos de Madero se tuviesen tantos miramientos y el gobierno de Wáshington los amparase con tan buena voluntad? ¿No es ésta, en sí misma una prueba de haberse roto el pacto de sangre? Menos justa que la de Sánchez Azcona era la demanda de extradición de Manuel Sarabia, y menos también la de Lázaro Gutiérrez de Lara, y sin embargo, á ambos únicamente los salvó de las garras del gobierno yanqui la actitud firme y resuelta de sus amigos, que provocaron una seria agitación pública.

Es claro pues, que desde el principio el gobierno de Wáshington no solamente toleró cerca de sí una agencia confidencial fundada por D Gustavo Madero, sino que la puso bajo su propia salvaguardia. La agencia confidencial de Wáshington tenía por consultor legal á la casa Hopkins & Hopkins. En todo Wáshington es perfectamente sabido que la casa Hopkins & Hopkins ha estado relacionada en casi todos los movimientos

revolucionarios que la diplomacia americana y los banqueros de Wall Street apoyan, protegen y expensan. Ha sido el intermedio de Knox, los banqueros y los revolucionarios centro y suramericanos. Esto no es un misterio para nadie, pues hasta se ha publicado en páginas especiales de los periódicos la historia de esa casa. Con tales antecedentes, si D. Gustavo Madero, el agente confidencial de la revolución hubiera querido proceder con entera rectitud, habría huído como de la peste de una firma cuyos antecedentes eran á tal punto sospechosos, del mismo modo que el cajero, tesorero ó cobrador de una negociación, si quiere conservar su buena fama y no hacerse sospechoso, rehusa sistemáticamente la compañía y la amistad de tahures, ladrones y caballeros de industria.

Nótese que al referirme á la agencia confidencial no he mencionado al Dr. D. Francisco Vázquez Gómez, no obstante que fue más tarde el jefe de ella. Es porque el Dr. Vázquez Gómez no fue á hacerse cargo sino después y su papel se limitó casi exclusivamente á intervenir en las negociaciones de paz de que hablaré más adelante. Ignoraba los manejos secretos de la agencia; su función era más bien decorativa, pues era él, sin disputa, uno de los hombres de mejor reputación social é intelectual entre los que rodeaban á Madero.

Hasta fines de Febrero de 1911 la revolución maderista no había adelantado casi nada. Sus

éxitos, muy pocos, como la ocupación momentánea de Torreón, Gómez Palacio y Ciudad Guerrero habían sido efímeros, ó como la sorpresa de Mal Paso, de muy pocos resultados efectivos. Los relatores maderistas no citan, no obstante su deseo de exagerar los hechos favorables á Madero, sino muy incidentalmente unos cuantos nombres de combates, ninguno de los cuales había tenido real importancia. Las fuerzas revolucionarias carecían de cohesión; estaban muy lejos de formar núcleos disciplinados; no había en lo absoluto organización militar. Por revolucionado que estuviese el país, por más que el descontento fuese general y que la vida de muchos pueblos se hubiera hecho intolerable, la nación no siguió á Madero en el primer período de la revolución. La mayoría de los mismos que acompañaron á Madero en su propaganda antirreeleccionista se abstuvieron de ir con él á la revolución, que consideraban preñada de riesgos gravísimos para la patria. La mayoría de los que en los comienzos se alistaron en el maderismo revolucionario fueron empujados por la persecución. Agentes de Díaz los vigilaban, cateaban casas, violaban correspondencia, apresaban y sujetaban á torturas á gentes que no habían hecho otra cosa que tomar parte en la campaña pacífica, y los perseguidos, de indiferentes que eran se convirtieron en revolucionarios. Tal aconteció con el Dr. D. Francisco Vázquez Gómez, según explicación que personalmente me hizo él mismo.

A fines de Febrero, el gran periódico americano "The New York Herald" envió un representante al Estado de Chihuahua, que era donde la agitación revolucionaria había encontrado hasta entonces más eco, para que hiciera una relación imparcial y exacta de la situación, y publicó el resultado de sus pesquizas. "Si quiere uno—decía en el número correspondiente al primero de Marzo—darse cuenta clara y comprensiva de la revolución de México, debe prescindir del pensamiento de que haya una rebelión manejada por un solo centro y una sola cabeza. En todo México hay un movimiento revolucionario decidido, mas fuera del Estado de Chihuahua nada hay que pueda tomarse en serio." En cuanto á la influencia personal de Madero en la rebelión, he aquí lo que el corresponsal encontró: "En Chihuahua nada les importa Madero. Su nombre se usa como grito de guerra porque fue el iniciador de la revolución. Pero en Chihuahua, entre los revolucionarios, el sentimiento es favorable en todo á Flores Magón, y la mitad de los que han tomado las armas lo han hecho cuando Madero les aseguró, por medio de sus agentes, hace tres meses, que en caso de triunfo habría elección libre y de buena fe, y los amigos de Flores Magón tendrán entonces oportunidad de votar por él." El párrafo anterior es verdadero, aunque quizá un poco exagerado.

Por intensa que hubiera sido la propaganda de Madero en Chihuahua, no había durado sino

unos cuantos meses, mientras que la de Flores Magón databa de diez años, sostenida con tenacidad inquebrantable y secundada casi por cada uno de los emigrados mexicanos, que eran miles. Cuando menos tres tentativas anteriores de rebelión habían sido hechas por los amigos de Flores Magón. Además, Madero, aun revolucionario ya, tenía que seguir siendo para el pueblo el terrateniente rico que hace política por afición ó por negocio, perteneciente á otra clase distinta y de quien poco podrían esperar; mientras que Flores Magón vivía la vida del luchador, del obrero, estaba en contacto directo con los mexicanos residentes en los estados yanquis de la frontera, y lo conocían mucho mejor que al hacendado coahuilense. Madero había luchado contra el gobierno de Díaz; Flores Magón contra Díaz y contra la plutocracia yanqui.

En cuanto á la organización militar de los revolucionarios el corresponsal la pinta deplorable: muchos no tenían ni qué comer; mal armados, sin plan fijo y sobre todo sin jefes competentes, no podrían hacer más que guerra de guerrillas. Por más que en ese cuadro pueda haber algo de exageración, el hecho indudable es que las tropas de Orozco (todavía Madero no se había incorporado á los revolucionarios) no eran ni con mucho un ejército, y cuando este caudillo, indudablemente el de más importancia en aquel tiempo, se presentó frente á Ciudad Juárez en actitud amenazadora y permaneció vacilante cuatro días

cuando la guarnición era de menos de doscientos soldados, y se retiró al fin sin llegar á un ataque serio, los simpatizadores de la revolución se sintieron profundamente decepcionados.

No obstante sus pocos éxitos, que hacían al corresponsal del "New York Herald" lanzar este augurio: "Degenerará en guerrillas de menor importancia aún. Día á día las bandas de rebeldes irán siendo más y más pequeñas, á medida que los revolucionarios, muriendo de hambre, regresen á sus hogares ó crucen la frontera"; no obstante el deseo general de que cesara la revolución, deseo que prevaleció hasta los momentos de la conflagración general que vino después, el general Díaz se hallaba alarmadísimo hasta el punto de enviar á su amigo fiel D. Iñigo Noriega á conferenciar con la junta revolucionaria de San Antonio de Texas, proponiendo concesiones valiosas. ¿Por qué? ¿Qué cosa extraordinaria producía el pánico en un hombre habituado á los grandes recursos y cuya audacia y serenidad habían sido verdaderamente asombrosas en los días de mayor peligro? Era que á la penetración del general Díaz, encarnación del egoísmo y la deslealtad, no escapaba la verdadera significación de la actitud francamente hostil del gobierno americano. Desde el momento en que los yanquis abrigaban juntas revolucionarias antiporfiristas y permitían la organización de expediciones armadas, el general Díaz podía estar cierto de que los Estados Unidos fomentaban abiertamente la revolución, y

que tendría que luchar contra el enemigo interior y el exterior· Cuando los cónsules de las ciudades fronterizas se acercaban como lo habían hecho siempre, á las autoridades americanas á denunciar la partida de expediciones armadas ó consignaciones de armas, las autoridades yanquis contestaban encogiéndose de hombros: "no es nuestro negocio; si á México le interesa que no entren armas ni soldados, que vigile la línea divisoria." Contestación muy puesta en razón, desde el punto de vista del derecho internacional; pero traidora en el caso aquel, porque los Estados Unidos habían accedido á vigilar la frontera y cooperar á la pacificación con tal que el gobierno del general Díaz no guarneciera la línea divisoria.

El general Díaz no ignoraba que mientras los focos revolucionarios tuvieran un apoyo en el lado americano, sería inútil la campaña. Los revolucionarios podrían en caso de ser perseguidos con éxito, retirarse al lado americano y reorganizarse allí para reaparecer á poco tiempo. Todo esfuerzo sería esteril y la revolución en tales condiciones, aun reduciéndose á la guerra de guerrillas, tenía que ser interminable. Y como la guerra de guerrillas era grandemente perjudicial para el comercio internacional por la destrucción incesante de las líneas férreas, daba perpetuos motivos de queja al mismo gobierno de Wáshington que fomentaba la revolución.

Desde los comienzos de la rebelión se hizo no-

table la presencia de aventureros americanos en las filas maderistas. Sin embargo, mientras Orozco tuvo el mando del núcleo más importante, el número de extranjeros que hubo en él fue corto. En cuanto Madero se incorporó á ese núcleo, el elemento extranjero adquirió una importancia decisiva. La mayoría de los extranjeros eran ciudadanos de los Estados Unidos, y su presencia en las filas maderistas dio lugar desde luego á los más diversos comentarios. Hasta ahora no he visto que nadie explique satisfactoriamente la presencia de un número crecido de norteamericanos en las filas de Madero, no ya como simples voluntarios, sino con grados tan importantes que, al atacar Ciudad Juárez, de cuatro jefes de mayor graduación que había á la cabeza de los revolucionarios, dos eran extranjeros. Para mí el alistamiento de extranjeros es una mancha imborrable de la revolución maderista, y de ella es responsable directamente D. Francisco Madero. Se ha sostenido que el auxilio extranjero es licito cuando se trata de libertar á los pueblos, y se cita en apoyo de esa idea á los generales Mina, Regules, y muchos otros que, siendo españoles, combatieron por la Independencia de México, y Mina, por ejemplo, contra la dominación de los españoles, sus compatriotas. La ayuda extranjera es lícita, nadie lo niega, para defender la independencia de los pueblos, repeler las invasiones, sacudir yugos extranjeros. En la guerra civil la ayuda extranjera puede ser lícita. Nadie la tachará de

injusta, antipatriótica ni inconveniente, cuando se trata de extranjeros cuyos intereses se hayan ligado íntimamente con los del país donde residen y es casi imposible que se sustraigan totalmente á la lucha, como no se pueden sustraer á ninguna otra influencia interior. Pero ¿es acaso igualmente lícito contratar aventureros de naciones extrañas, filibusteros sin escrúpulos, para invadir con ellos el suelo de la patria? ¿No es tan criminal instigarlos á que violen el suelo patrio y lleven la guerra y el exterminio al propio pueblo, que aliarse con el extranjero, como lo había hecho antes el general Díaz, para el exterminio de los descontentos? En mi sentir, jamás podrá justificar Madero su acción al contratar filibusteros que disparasen contra la bandera nacional y ponerles en las manos el arma con que habían de herir mexicanos pechos. Madero es personalmente responsable, porque él contrató á esos hombres, los recibió con especial atención en sus filas, los distinguió, los colmó de dádivas y honores, y cuando uno de ellos halló merecida muerte, hizo lo que no había hecho con ninguno de los mártires de su causa: fue personalmente á entregar á los deudos la espada con que aquel aventurero había ensangrentado á la patria, bajo la bandera del maderismo.

En las filas revolucionarias la presencia de los extranjeros no causó buena impresión. Los humildes soldados de Madero no podían sin sacrificio admitir la presencia de hombres que no te-

nían más interés que la aventura ni más ambición que el botín. Hubo murmuraciones, y cuando Madero después de la toma de Ciudad Juárez llevó al extremo su complacencia hacia los extraños, estuvo á punto de estallar un conflicto.

Madero aceptó la ayuda extranjera bajo su responsabilidad personal, y contra la opinión de la mayoría de sus partidarios. El doctor Vázquez Gómez á quien llamé la atención sobre la inconveniencia de invadir el territorio nacional con aventureros de otras nacionalidades, me aseguró con toda firmeza que ese error era obra personal de Madero, y se había realizado á pesar de la oposición del mismo Dr. Vázquez Gómez y otros jefes revolucionarios.

Madero no podía invocar en favor de tan antipatriótica conducta, ni siquiera la suprema razón de la necesidad inmediata, imprescindible de aceptar ese arbitrio so pena de que la revolución fracasara. Madero contaba, ó por lo menos aseguraba contar, con la opinión pública de todo México. Decía que por donde quiera que pasaba, los pueblos lo seguían; lo que le hacía falta, según decía él y han repetido los panegiristas de su revolución, eran armas que distribuir entre los que estaban ansiosos de incorporarse á las filas maderistas. ¿Para qué era, pues, la ayuda de hombres extranjeros? ¿Ó dónde estaba la confianza de Madero en el pueblo?

Es que la ambición presidencial—dictatorial más bien,—se había apoderado tanto de ese espí-

ritu agitado y resuelto hasta el punto de turbarlo, cegarlo y orillarlo á no reparar en medios, por criminales é indecorosos que fueran. Desde ese momento, nada lo detendría—como nada lo ha detenido hasta la fecha: todos los procedimientos le parecerían buenos—como le han parecido; humillar á la patria, sacrificarla, con tal de llegar al objeto supremo y único de su ambición: sentarse en el trono de Porfirio Díaz. Ese rasgo es, en mi sentir, decisivo y marca, como diré más adelante, uno de los peligros más graves que amenazan á la República.

No siendo necesaria la presencia de jefes y oficiales yanquis en las filas maderistas, era, eso si, ocasionada á riesgos graves para el país. Efectivamente, ya Mr. Knox había sostenido en Nicaragua que los filibusteros yanquis, no por ser delincuentes como todos sus congéneres, habían de estar sujetos á las leyes de la guerra: lejos de eso, debían ser tratados con delicadeza y atención especiales, aun cuando se les cogiera en momentos de colocar bombas de dinamita. El gobierno de Wáshington había significado muy claramente que protegería cuando á sus intereses conviniera, á aventureros y criminales lo mismo que á hombres honrados, y que á esa decisión habían de doblegarse todos los países á quienes la naturaleza ha puesto bajo la garra "protectora" del Tío Sam. ¿Qué sucedería cuando, prolongándose la guerra civil y llegando á los extremos de crueldad á que han llegado casi todas las guerras civiles, espe-

cialmente las de los países españoles, los revolucionarios yanquis fueran víctimas de las sangrientas represalias?

Pero, á cambio de lo riesgoso, inconveniente, antipatriótico é innecesario para la libertad del pueblo, el alistamiento de yanquis tenía para Madero una ventaja personal decisiva. Protegido por un Estado Mayor yanqui, por lo que se llamaba entonces la "legión extranjera", Madero tenía todas las probabilidades de ser respetado por las tropas del gobierno. Estaba á salvo casi de una manera absoluta, de caer acribillado como Aquiles Serdán y Talamantes. Aun en lo más encarnizado de las represalias, el temor de complicaciones detendría quizás el brazo vengador del general Díaz. La ley fuga, la corte marcial, el asesinato, la suspensión de garantías se seguirían ejerciendo allá en el interior del país, en las ban das netamente indígenas que amagaban Puebla, Pachuca, Cuernavaca, Zacatecas; pero no llegarían hasta las márgenes del Bravo, bajo la mirada atenta de Mr. Knox, donde Madero paseaba, de Juárez á Casas Grandes, su legión de aventureros sin patria, ni ley, ni hogar.

Que todo esto contribuía á hacer grave para el general Díaz la situación que de otro modo habría sido menos difícil, es cosa que está fuera de duda. Prueba inequívoca es que la alarma del dictador no estaba de acuerdo con su actividad militar. Él se daba bien cuenta de la situación, y por más que fingía calma y hasta cierto desdén

hacia la revolución, ocultamente hacía activas gestiones, por una parte para ofrecer la paz á Madero y los suyos, y por otra para ganarse la voluntad de Messrs. Taft y Knox. Con este fin envió á D. Joaquín Casasús, ex-embajador de México en los Estados Unidos, á una misión especial con instrucciones para obtener la aquiescencia de Wáshington en aplicar rigurosamente las famosas leyes de neutralidad y disponer la opinión en favor del general Díaz. Mr. Taft, aunque benévolo y atento, no hizo cosa que valiera para demostrar sus buenas intenciones, si no fue dar al Sr. Casasús una carta para el gobernador de Texas quien, por su parte, expidió una proclama recomendando á los texanos que no tomaran parte en expediciones filibusteras. Lo cual era en realidad un expediente para mal encubrir las apariencias, que ya eran claramente favorables á los proyectos de Madero.

Tal era la situación cuando, en los primeros días de Marzo de 1911, súbitamente, y sin que mediara antecedente público alguno, el gobierno de los Estados Unidos lanzó la noticia estupenda de que iba á movilizar veinte mil soldados, el 30% de su ejército regular, á la frontera de México y á estacionar sus escuadras en puertos mexicanos del Golfo y del Pacífico. La conmoción que causó esta noticia fue indescriptible. En toda la superficie del globo no hubo quien no viera en esa maniobra el primir paso hacia la intervención, por más que Mr. Taft aseguró tibiamente que sus in-

tenciones eran mantener la neutralidad y dar á las tropas yanquis la oportunidad de lucir su instrucción militar en las llanuras texanas.

Sólo un ciego del espíritu, un inocente ó un idiota puede creer que la movilización de tropas de los Estados Unidos á la frontera mexicana, no tuvo una influencia grandísima en el curso y desenlace inmediato de la revolución maderista.

Hízose la movilización en momentos en que nada la justificaba. Ya he dicho que el día primero de Marzo, cinco días antes de que Taft diese la orden, el "New York Herald" publicaba un relato de su corresponsal, en que empequeñecía extraordinariamente la importancia de la revolución.

Mas efectuóse la movilización en circunstancias tales que es imposible engañarse en cuanto á su objeto y trascendencia. Dióse la noticia en la más sensacional y brusca forma que imaginarse pueda, en los momentos en que se acercaba á New York D. José Ives Limantour que regresaba de Europa y era esperado en México como un mesías que sacara al país de las difíciles circunstancias por que atravesaba. Tres horas después de que los periódicos neoyorquinos habían inundado la ciudad con ediciones extraordinarias anunciando el envío de tropas é insinuando que aquello era el preludio de la intervención (1), los reporteros recibían á Limantour en el muelle de Hoboken

(1). Los periódicos yanquis llamaban aquello **war game** (simulacro de guerra), subrayándolo maliciosamente.

agitando los ejemplares y mostrándoselos con arrogancia y malicia.

Mas no por eso se crea que la noticia de la movilización era una sorpresa para el gobierno de México, ni para los caudillos de la revolución. El Sr. D. Francisco de la Barra, á la sazón embajador de México en Wáshington, no pudo negar á los reporteros haber tenido previo conocimiento de que tal movimiento de tropas iba á efectuarse. Y cuando todos creíamos que el señor embajador, teniendo enfrente una situación dificilísima quedaría en su puesto alerta para zanjarla, y que el agente confidencial de la revolución, D. Francisco Vázquez Gómez, aprovecharía la oportunidad para atraerse las simpatías de todo Méxica y aun del mismo pueblo americano por una sucesión de protestas enérgicas, razonadas y hasta exageradamente patrióticas, ambos señores tomaron tranquilamente un mismo tren expreso y salieron de Wáshington casi de bracero, para Nueva York, sin haber hechos más que tibios comentarios, y fueron á reunirse con Limantour, quien fue el único que tuvo para los periodistas esta frase breve pero significativa y categórica: "Intervention in Mexico means war" (La intervención en México significa guerra.)

No se ocultaba al gobierno de los Estados Unidos que la movilización en la forma que la hizo, tenía riesgos muy graves, pues podía exaltar el sentimiento público. Tampoco el general Díaz lo ignoraba. Sabíase que la revolución de 1910

fue precedida muy de cerca por serias demostraciones antiamericanas en México, Guadalajara, Monterrey y otras poblaciones. En aquella vez, el embajador americano Wilson acusó seriamente ante el gobierno á algunos periódicos, especialmente "El País" y "El Diario del Hogar," de haber excitado al pueblo á aquellas enojosas demostraciones. En previsión pues de que ocurriera algo parecido, el general Díaz mandó cerrar y sellar por un juez las oficinas de "El País" valiéndose de un pretexto fútil pero bastante hábil para desorientar á la opinión pública. Hizo que alguien lo denunciara por difamación y se siguiera un procedimiento excepcional. Como no quería en realidad aniquilar al periódico ni dañar á su director, hizo que se clausurara la imprenta poniéndole sello judicial para estar cierto de que no habría manera de publicar el diario, y se expidió una orden de prisión que no llegó á surtir efecto. ("El Diario del Hogar" estaba suspendido por aquellos días.)

Así fue cómo el día que el gobierno de Wáshington ordenó ese movimiento agresivo, inexplicable, estupendo, la noticia sólo apareció en México en la forma que quisieron darle los periódicos del gobierno. El consulado de México en Nueva York, donde se había trasladado el embajador y donde se hallaba el Sr. Limantour, permaneció abierto durante toda la noche, en espera de noticias. La intranquilidad era manifiesta. Temíanse demostraciones públicas cuyos resultados

habrían sido quizás irreparables. Al día siguiente, pasado el riesgo, se rompieron los sellos á las oficinas de "El País", y recibí de él un mensaje con instrucciones para entrevistar á Limantour, y trasmitir por telégrafo el resultado de la entrevista. Presentéme al Hotel Plaza, donde se alojaba el Sr. Limantour, y le anuncié que mi visita era periodística. (Ya la víspera había tenido con él una larga conversación á que me referiré después), y entonces me dijo textualmente:

—No tengo inconveniente en recibirlo á Vd. en su calidad de periodista, pero, antes de que yo acceda á la entrevista, deseo que me diga Vd. lo siguiente: ¿Va "El País", como de costumbre á persistir en su actitud de ataque duro á los Estados Unidos, lo cual sería comprometido en estos momentos, ó va á tomar el tono mesurado que conviene á México en tan difíciles momentos?

A lo cual contesté que, si bien no podía yo, no siendo el director, asegurar ni garantizar la actitud que tomara en el asunto, estaba cierto de que se comprendería lo grave de la situación y se obraría como lo aconsejaba el patriotismo.

Tales reticencias me confirmaron en la opinión formada desde la víspera, de que la movilización era un movimiento audaz, de amenaza tremenda al gobierno del general Díaz (aunque se le había notificado con anticipación para que tuviera tiempo de meditar la actitud que le correspondía), y, por otra parte, que el general Díaz se había esforzado en evitar que tan injustificada acción por

parte de los Estados Unidos tuviera en México la resonancia que debía, pero que habría sido á todas luces peligrosa. Me confirmé asímismo en que la actitud arrogante del gobierno era á todo trance favorable á los intereses de la revolución maderista.

Para mí, y lo mismo habría sido para todo el que viera los asuntos tan de cerca, no era una simple coincidencia que la concentración de tropas hubiera ocurrido á la llegada de Limantour. Para mí ese acto ofensivo para la soberanía nacional, ese movimiento de abierta hostilidad, de inaudita insolencia, tenía por objeto apoyar de una manera decidida, manifiesta, brutal, ciertas maniobras realizadas reservadamente en Wáshinngton, y á las que no eran ajenas la embajada de México ni la agencia confidencial revolucionaria. Fresco estaba en mi memoria lo ocurrido en Bluefields, durante la revolución de Nicaragua, cuando la diplomacia americana apoyada por cruceros y cañoneros, inclinándose abiertamente en favor de los revolucionarios obligó al gobierno á celebrar conferencias de paz bajo la dirección y tutoría de los Estados Unidos. ¡Tutoría que ahora pesa cada vez más sobre el pueblo de esa república!

Con tan amarga creencia visité al Sr. Limantour á su llegada á New York. Hallábase el distinguido economista cercado por una turba de reporteros, negociantes, amigos y hasta curiosos, los unos aguardando en salones, corredores y pa-

sillos del suntuoso Hotel Plaza, los otros haciendo antesala en diversas habitaciones del amplio departamento que ocupaba. A una de esas habitaciones fui introducido por un criado. Frente á mí, que iba preocupado hondamente por los acontecimientos de México, hallábase una gran mesa y en ella una carta muy voluminosa, abierta, de cinco ó seis pliegos mecanografiados, y escrita en papel de la correspondencia oficial del Secretario de Relaciones Exteriores de México. Indudablemente que en esa voluminosa carta podría encontrarse la clave de todo lo que en aquellos momentos tenía perplejos á la mayoría de los mexicanos. Durante los diez ó doce minutos que permanecí enteramente solo, me asaltó el impulso de acercarme á aquellos pliegos abirtos de par en par, y ver si podía, en unas cuantas frases encontrar la solución del enigma. ¿Quién había provocado la intervención? ¿Cuál era el objeto real de ésta?. No me moví, empero, de mi asiento, por hondas que fuesen mis preocupaciones, por mucho que ansiara saber la verdad; comprendí que aun cuando el abuso de confianza que cometiera me haría conocer la verdad, esto era inútil, pues no estaría en mis manos evitar á la patria la humillación que la amenazaba. Y permanecí firme en mi asiento, y cuando apareció el Sr. Limantour y sus miradas descubrieron la carta abierta al alcance de mi mano, en sus miradas se reflejó la inquietud; no pudo reprimir el impulso de su mano que se apoderó impaciente

de la carta, y por sus ojos claros y penetrantes pasó la sombra de una duda. Yo, por mi parte, no me contuve cuando á los pocos momentos, la conversación recayó en las dificultades porque atravesaba México y le dí á saber mis cavilaciones, mis dudas, mi pesimismo, aunque encubriéndolo bajo la apariencia de rumores públicos.

Y la conversación, que debió haber sido breve dadas las circunstancias, siendo sólo una cortesía á un compatriota distinguido, se prolongó por más de una hora. En ella creí ver al recto servidor de México, de otros tiempos, animado del sincero patriotismo que se manifiesta con hechos, esforzada, consciente, firmemente. Pero á medida que él desenvolvía sus proyectos, señalaba los males de la situación, los escollos que estorbaban á la realización de un programa salvador, palpaba yo con más claridad que, si bien en ciertos momentos se manifestase optimista y confiado, hallábase bajo la influencia de lo inevitable. La situación, tal como la entendía entonces, era ésta: aun cuando hubiese dentro del gobierno del general Díaz elementos de progreso, había que luchar contra la oposición de él mismo, todavía aferrado á sus viejas fórmulas, y que, por supuesto, se negaría á cambiar de rumbo tanto más cuanto que el país estaba en revuelta, y ningún gobernante se decide á efectuar reformas bajo la presión de un levantamiento público. Pero aun en el caso de que el general Díaz se decidiera á realizar tales reformas, Limantour, á lo que en-

tonces pude advertir, ya no creía en la eficacia de ellas. El peligro yanqui estaba en pie, allí, á las puertas de la patria, y era un elemento decisivo, que complicaba tremendamente la situación. "El defecto capital del régimen actual—me dijo—es que hemos formado una oligarquía. Hace veinte años que los negocios públicos se hallan en las mismas manos; los mismos ministros, gobernadores y diputados funcionan desde entonces; necesitamos energías nuevas, nuevos hombres, y me esforzaré en realizar la renovación del personal del gobierno. Para ello no es indispensable, ni conveniente siquiera, que el general Díaz se retire, aunque él piensa que no retirándose él no hay por qué cambiar el resto de los funcionarios. Pero esto no es exacto. Si el general Díaz sigue en el poder y se renueva el resto del personal administrativo, no hacemos ni más ni menos que lo que se hace en Francia y en las monarquías constitucionales, donde el jefe del Estado renueva el personal del gobierno cuando es necesario renovarlo." Pero todo eso había que hacerlo rápida, brevemente, ante la actitud de impertinente impaciencia de los Estados Unidos.

Como he dicho ya, á la llegada de Limantour, D. Francisco Vázquez Gómez salió de Wáshington, acompañado de D. Francisco Madero padre, y de D. Gustavo Madero, y se iniciaron las negociaciones de paz, directamente entre ellos y el Sr. Limantour. ¿Fueron en realidad esas las primeras negociaciones? ¿Se entablaron de una ma-

nera espontánea, por iniciativa de los revolucionarios ó del gobierno, ó por mediación más ó menos directa del gobierno de Wáshington? Es imposible contestar con certeza á tan importante pregunta, sobre todo si se exige que la certeza esté apoyada en el testimonio personal ó en la prueba documental. Los hechos, sin embargo, pueden dar mucha luz sobre el asunto.

En México y en los Estados Unidos se había anunciado que el regreso de Limantour obedecía á la decisión del general Díaz de realizar las reformas prometidas al aceptar la reelección, y con las cuales se creía satisfacer la opinión pública y vencer la revolución. Así se creyó en México, y Limantour fue esperado y recibido con inmensas demostraciones de simpatía, muy sinceras, lo cual prueba indefectiblemente que en México había una gran mayoría adversa á la revolución armada, y deseosa de terminar pacíficamente el conflicto, aun cuando el general Díaz permaneciera en el poder.

Si tal era la misión de Limantour, ¿por qué no siguió directamente su camino á México, donde urgía una acción rápida y decisiva, sino que llegado á Nueva York permaneció allí como emisario de paz? ¿No indica esto que el gobierno del general Díaz tenía ya entonces más confianza en la negociación de la paz, que en las reformas prometidas?

Más significativa era, sin embargo, la presencia en Nueva York de D. Francisco de la Barra

durante las negociaciones de paz. Como he dicho antes, en los momentos en que debía haberse hallado en su puesto en Wáshington, protestando enérgicamente contra la movilización de un cuerpo de ejército y de las escuadras de ambos mares; cuando su deber diplomático le ordenaba no apartarse de la embajada, dejó ésta á cargo del secretario D. Carlos Pereira, y se trasladó á Nueva York, al Hotel Astor, el mismo en que se alojaban los señores Madero, y donde se iniciaron las conferencias con Limantour. ¿No es ésta prueba evidente de que para el Sr. de la Barra la actitud del gobierno de Wáshington se conjuraría tratando de satisfacer las demandas de los representantes de la revolución? ¿No indicaba asimismo que tal creencia prevalecía en la embajada mexicana desde antes de que llegara Limantour? Y si todo esto es cierto, hay que deducir lógicamente que el gobierno de Wáshington no fue ajeno á todas esas maniobras, sino que debe de haber insinuado, quizá con cortesía amistosa, quizá con la rudeza inseparable de la diplomacia americana, que vería con mucho gusto á Díaz hacer las paces con Madero, y para apoyar sus insinuaciones, esbozó ese injustificable gesto de amenaza, que había de tomarse universalmente por un amago de intervención.

Vano es que, posteriormente, y para atenuar la crudeza de sus procederes, Mr. Taft haya querido decir que la concentración de tropas tenía por objeto hacer respetar la neutralidad. Para

eso, no era necesario lanzar la noticia inopinadamente al público, ni anunciar que se mandarían veinte mil hombres cuando sólo se mandaron menos de diez mil, ni dotarlos de todos los servicios necesarios para una invasión, ni movilizar al mismo tiempo las escuadras. Vano es todo eso: en las circunstancias y en la forma en que la mobilización se efectuó no pudo haber sido más que un inmenso "bluff" para intimidar al Gral. Díaz, haciéndole entender que, si no capitulaba á tiempo, los Estados Unidos estaban dispuestos á hacerle sentir la presión de sus inmensos recursos.

## BAJO LA PRESION DE WASHINGTON

Así fue, pues, bajo la presión de Wáshington, cómo se abrieron en Nueva York las negociaciones de paz.

El público neoyorquino, con todo y serle indiferente la suerte de nuestra patria, no podía menos de advertir la presencia simultánea de Limantour y Vázquez Gómez en la gran metrópoli, y aunque ellos y el señor de la Barra y los Maderos procuraron que sus entrevistas fuesen muy reservadas, corría el rumor de que se estaba negociando la paz, bajo la dirección del ministro de la Guerra, Mr. Dickinson. El rumor mismo era en extremo desagradable para los mexicanos, pues indicaba la creencia general de que el gobierno americano intervenía muy directamente en los asuntos de México. En vista de ese rumor, fui á visitar al señor de la Barra, y le indiqué la conveniencia, en caso de que las negociaciones de paz se formalizaran, de citar á los más respeta-

bles mexicanos residentes en Nueva York, para que fuesen el medio ostensible por el cual se terminaran esas negociaciones (como se hizo más tarde con los señores Braniff, Esquivel Obregón y Lic. Carbajal), con objeto de disipar la creencia de que el gobierno americano era el mediador. El señor de la Barra tomó nota de mi pensamiento, y me dijo que si llegaba el caso lo tomaría en cuenta.

Las negociaciones de paz se abrieron en Nueva York bajo los mejores auspicios para los revolucionarios. En la primera entrevista, que se efectuó en el Hotel Astor, no hubo más que un cambio general de ideas sin que se llegaran á formular proposiciones. Probablemente el gobierno esperaba que Madero y los suyos, ante la actitud amenazadora de los Estados Unidos depusieran inmediatamente las armas. Era efectivamente el camino que el patriotismo marcaba en tan graves circunstancias, en el supuesto de que los jefes de la revolución tuviesen patrióticos ideales, y en el caso también de no estar ellos informados de los móviles secretos de la amenaza yanqui. Por su parte, el gobierno del general Díaz estaba igualmente obligado á adoptar una actitud francamente conciliadora, y esa fue la que asumió al principio el señor Limantour. En la segunda entrevista se comenzaron á delinear aunque sin precisión los términos que podrían servir de base para un arreglo pacífico. Tímidamente, como que no tenían fuerzas militares efec-

tivas con que sostener sus demandas, los representantes de Madero insinuaron sus pretensiones: querían puestos en el gabinete y en los gobiernos de los Estados, reformas á la constitución y oportunidad de elegir vicepresidente. Nada de esto pareció alarmar á Limantour, que todavía por cuenta propia añadió la proposición de que el erario federal indemnizara á unos y otros combatientes las pérdidas causadas por la revolución.

Después de esa segunda conferencia, el optimismo de los representantes de Madero era extraordinario. Al concluir ella, permanecí hasta cerca del amanecer en compañía del Dr. Vázquez Gómez, mientras él se ocupaba en formular ya en términos más precisos las demandas de los revolucionarios. Y era tan favorable la impresión que el agente confidencial revolucionario llevaba de su entrevista con Limantour, que se deslizó en sus demandas hasta más allá de los términos primeramente indicados, y pidió mayor número de puestos en los gobiernos de los Estados. Mientras tanto, Limantour estaba en comunicación telegráfica con el general Díaz, á quien informaba punto por punto del resultado de cada una de sus conferencias, y de quien recibía instrucciones. Es imposible, no teniendo á la vista los mensajes, saber cuáles fueron las instrucciones que el general Díaz le dió al recibir noticia de las demandas. Fue aparente sin embargo, y hasta desconcertante, el cambio en la actitud de Limantour una vez que hubo recibido esas instrucciones. En

la tercera conferencia anunció que no tenía autorización para ofrecer nada, que le parecían excesivas las demandas, y pidió al señor Madero, padre, que le presentara por escrito las proposiciones para trasmitirlas personalmente al general Díaz en la ciudad de México.

Ocupóse inmediatamente D. Francisco Vázquez Gómez en formular de un modo definitivo las proposiciones y me rogó que le ayudase en la redacción y escritura del documento. Accedí, y de mi puño y letra fueron las demandas que el señor Limantour trasmitió al general Díaz. Conozco, pues, perfectamente el contenido de ellas.

Las proposiciones á que me refiero eran once, y para darles mayor importancia, el Dr. Vázquez Gómez las dividía en dos grupos: las de aplicación inmediata y las de realización tardía. Como me permití hacerle algunas observaciones á las que él iba contestando y explicaba extensamente cada una, pude formarme juicio cabal de cuales eran las pretensiones de los corifeos de la revolución.

En esencia, las proposiciones eran:

Que se proclamara la no reelección.

Que renunciara Corral á la vicepresidencia y se efectuara nueva elección.

Que se retiraran cuatro de los ocho ministros que formaban el gabinete de D. Porfirio, y en su lugar se nombraran antirreeleccionistas que no hubieran tomado las armas.

Que renunciaran diez de los gobernadores de los Estados cuya lista se especificaba, y se designara para sustituirlos á antirreeleccionistas que no fuesen combatientes.

Que se anunciara públicamente haberse entablado las negociaciones de paz.

Que se concediera amnistía á los revolucionarios, pero en términos tales que se les vindicara de todos los cargos de bandidaje lanzados por la prensa gobiernista.

Que el erario sufragara los gastos de la guerra.

Que se respetara la libertad de imprenta.

Que se aprovechara parte de las fuerzas revolucionarias para restablecer el orden, y se licenciara el resto.

Tales eran las principales cláusulas del convenio que fue puesto por D. Francisco Madero, padre, en manos de Limantour, cerca de la media noche, la víspera del día en que el ex-ministro de Hacienda partió de Nueva York á México.

Examinando estas cláusulas se ve que en el convenio para nada se mencionaba la renuncia del general Díaz. Los revolucionarios ni siquiera plantearon tal cuestión, que parecía entonces indiscutible. Aparte de adoptar el principio abstracto de la no reelección, con lo cual creían acallar el clamor popular antiporfirista, se daba por sentado que el sistema de gobierno había de continuar siendo el mismo, aunque el personal más alto cambiase, y con él la posibilidad de remover también empleados inferiores. Los revoluciona-

rios se conformaban con que siguieran funcionando cámaras manequíes, manejadas directamente por el Ejecutivo; admitían que se siguiera violando la soberanía de los Estados—más aun, lo exigían como condición de paz, ya que pedían el nombramiento de gobernadores de algunos estados, designando para ello reconocidos maderistas. Originalmente, el Dr. Vázquez Gómez y los señores Madero proponían que se les diera el gobierno de diez estados; más tarde, cuando hallaron á Limantour tan bien dispuesto como estuvo en la primera conferencia, aumentaron sus demandas para pedir catorce, pero se fijó definitivamente el número en diez. Entre los ministerios que pedían estaba el de Gobernacin, pero no el de Hacienda.

Si el gobierno del general Díaz hubiera podido obrar libremente; es decir, si no hubiera tenido enfrente la hostilidad de Wáshington, que ya abiertamente apoyaba á Madero, las condiciones de paz habrían sido absolutamente inaceptables. En sí mismas significaban una capitulación inexplicable en vista del escaso incremento que la revolución había tomado, y Limantour las resumió muy bien esta frase, que me dijo poco antes de partir para México:

—Quieren, sincillamente, que les entreguemos la situación.

Bajo la presión yanqui, con la frontera amenazada por un ejército listo para entrar en campaña y las escuadras dispuestas á comenzar un bloqueo

de los puertos mexicanos, las condiciones de paz presentadas en Nueva York ofrecían al Gral. Díaz un medio decoroso de terminar las dificultades, conservándose él en la presidencia; pero lo ponían en la necesidad absoluta de romper con los grupos que lo habían apoyado en la última campaña, especialmente con el "científico." Aceptando la paz en esas condiciones, el general Díaz habría hecho exactamente lo mismo que Madero: entregar á su partido con tal de conservar la presidencia. ¿Fue este escrúpulo, ó el temor de que ese partido se le rebelara, lo que impidió al general Díaz aceptar aquellas condiciones? Alguien ha dicho, y me parece muy verosímil, que el general Díaz indicó á D. Ramón Corral la conveniencia de renunciar para que se restableciera la paz, y Corral contestó: "Yo acepté la vicepresidencia por complacer á Vd; yo ya no quería ser vicepresidente, y ahora es demasiado que me pida Vd. la renuncia. Renunciaré siempre que Vd. renuncie la presidencia." Paréceme muy probable que así aconteciera porque, y esto es notorio, Corral marchó á Europa reñido con el general Díaz, y la tardanza en recibir la renuncia de Corral detuvo después la firma del convenio de Ciudad Juárez.

Sea por la resistencia de Corral ó por cualquiera otra circunstancia, el general Díaz rechazó las proposiciones de Madero. Y cualesquiera que hayan sido las razones para rechazarlas, yo pienso que aceptándolas no se habría resuelto el con-

flicto. No creo que haya habido algún revolucionario de buena fe, convencido de la necesidad de recurrir á las armas para procurar al país un poco de libertad, que se hubiera conformado con las concesiones absolutamente personalistas, contenidas en ese convenio. Claro es que quienes iban sólo en busca de puestos públicos y ventajas individuales se habrían dado por satisfechos. Quién sabe si los elementos extranjeros, abiertamente opuestos ya á la permanencia del general Díaz, se hubieran contentado; pero es un hecho indudable que el sentimiento revolucionario, levantado no tanto contra la persona sino contra el sistema, no se daría por satisfecho con que Madero fuese electo vicepresidente. Prueba de ello es que Limantour, creyendo sin duda que efectivamente las proposiciones de paz presentadas por D. Francisco Madero, padre, en Nueva York, expresaban el anhelo revolucionario, en cuanto llegó á México trató de renovar el personal de ministerios y gobiernos de los Estados, y procedió á cambiar los ministros señalados en las bases que le habían sido presentadas, y remover los gobernadores en los Estados cuya lista obraba en su poder; y sin embargo, cuando se vió que á tan poco se extendían las reformas que el gobierno había anunciado como salvadoras, fue precisamente cuando la revolución se propagó por todo el país como un reguero de pólvora. Los términos medios jamás han servido para conjurar las crisis, sino más bien para precipitarlas.

Suponiendo que el general Díaz hubiera aceptado el convenio, la paz se habría hecho de modo que la vicepresidencia de la República quedase vacante y se convocara á nueva elección teniendo los maderistas en su poder diez estados y la secretaría de gobernación que es la que maneja ostensiblemente los asuntos electorales. Además, los maderistas tendrían libertad de imprenta para hacer su propaganda, y por último, como apoyo importantísimo para sus pretensiones, una gran parte de las fuerzas revolucionarias incorporadas á los cuerpos rurales dependientes de la secretaría de gobernación, manejada por un maderista. Es decir, querían que se dejara vacante la vicepresidencia, disponiendo las cosas de tal modo que fuese inevitable la elección de Madero, y dando puestos importantes por sí mismos á los principales amigos de Madero.

Hasta hoy no he visto en ninguno de los relatos publicados respecto á los episodios de la revolución, nada que se relacione con esas primeras bases de convenio, y quizá esta omisión no sea casual, sino se deba á que en ellas se ve con claridad que no deja lugar á duda, á dónde pretendía entonces llegar Madero apoyado por una de las más dolorosas de nuestras revoluciones. Todavía en Marzo de 1911, ya sacrificados cruelmente Serdan y Talamantes, comprometido el crédito del país, bajo la humillante amenaza de una intervención, asoladas poblaciones enteras, llenas las cárceles de reos políticos é inundada

la nación vecina de emigrados, el maderismo estaba dispuesto á plegar su bandera y á entregar su partido por el puesto vicepresidencial. Y si en tales condiciones se hacía la paz habríamos visto a Madero aliado con el general Díaz para continuar la política de exterminio y prostitución, ó extraviado en intrigas para derrocarlo aun cuando tuviera que hacer una nueva revolución.

Rechazadas las proposiciones de paz (lo cual causó no poco desaliento á los representantes de Madero), la misión de Limantour en Nueva York terminó desde luego, y el ministro emprendió inmediatamente el viaje á México. Antes de partir dejó á los periodistas que diariamente iban á entrevistarlo, una larga declaración escrita, de la cual los periódicos neoyorquinos tomaron sólo una parte, ya sea porque les pareciera demasiado largo el documento, ya por las afirmaciones que contenía. Yo recibí también una copia y pude ver que precisamente lo que suprimeron los periódicos contenía cargos directos á los Estados Unidos, por haber estimulado y ayudado eficazmente la revolución. "Aparentemente los americanos—es la versión española de unos de los párrafos más salientes del documento—aliándose directa ó indirectamente con ese movimiento (el revolucionario), lo han hecho con la esperanza de vengar algún resentimiento que tengan contra el gobierno de México, pero sin darse cuenta de que hasta ahora el daño que han hecho ha sido por igual á los intereses americanos y á los mexicanos,

Probablemente ustedes saben que en los dos estados á los que casi exclusivamente se ha circunscrito la revuelta, hay varios miles de americanos y millones de capital americano invertido. La industria minera y sus afines en Chihuahua y Sonora están en gran parte en poder de americanos. Ahora esas industrias están paralizadas en gran parte. Y esto—debo decirlo—más á causa de la actividad de americanos sin escrúpulos y por la ayuda que reciben de este lado de la frontera, que por iniciativa de los americanos que viven en México. Las gentes de ustedes han enseñado á mis gentes cosas que jamás debieron haber aprendido."

"......¿Cuánto durará la revolución? Quién sabe. Pero esto depende tanto de la actitud de los americanos como de los mexicanos. Ojalá que los americanos no olviden nunca que México es un país de admirables recursos y perspectivas, pero cuyo desarrollo completo no puede producirse jamás si no es por la cooperación de todos los que tengan en cuenta los verdaderos intereses de México. ¿No se unirán todos ellos en un esfuerzo decidido para llegar al resultado que se desea? Estas son mis últimas y más serias palabras dirigidas al pueblo americano."

Por inconvenientes y despectivas que sean estas declaraciones para los mexicanos, puesto que los pintan sujetos al capricho de la voluntad yanqui privándolos de iniciativa y de acción alguna revolucionaria, lo cual hasta en aquel primer pe-

ríodo de la revolución no era absolutamente exacto; son sin embargo reveladoras desde el punto de vista de la actitud de los Estados Unidos. El señor Limantour era un ministro del gabinete del general Díaz: más aun, el hombre de confianza del dictador; iba á México con misión importantísima. A su llegada se anunció que iría á visitar á Taft á Wáshington; como representante de un gobierno amigo—¡tan amigo pocos meses antes! —debió haber hecho y recibido visitas de cortesía de las autoridades americanas. Nada de eso: desde sus primeras palabras al pisar tierra americana, hasta la última declaración que dejo en parte trascrita, estuvo obstinadamente señalando la ayuda americana como una de las causas principales del trastorno público de México, y lo hizo sin atenuaciones, sin suavizar sus cargos. Es claro que no acusa directamente á Mr. Taft ni á su lugarteniente Mr. Knox, pues tal cosa habría sido en extremo imprudente y basta con que no haya hecho la menor salvedad relativa á la actitud del gobierno de Wáshington, ni haya recibido ni otorgado la menor cortesía oficial, para que el alcance de sus declaraciones sea mucho mayor y no ponga á salvo á las autoridades supremas de los Estados Unidos.

Vertiendo esas afirmaciones del lenguaje internacional diplomático en que fueron hechas, á términos del habla ordinaria, significan: los Estados Unidos han provocado, preparado, armado y estimulado abiertamente la revolución de México. Y

en aquellas críticas circunstancias la fuerza de esa acusación es tremenda. En los momentos decisivos, cuando Limantour marcha á México á intentar el último esfuerzo para salvar al gobierno del general Díaz, aunque ya sin esperanza de salvación, no tiene ni una palabra de rencor ni de condenación para los revolucionarios mexicanos; lejos de ello, conviene en que el gobierno es defectuoso y urge reformarlo: toda su amargura se desborda en un reproche á los Estados Unidos, los alentadores de nuestras rencillas, y los acusa abierta y firmemente de vengar con una revolución rencores hacia el gobierno de Díaz.

Profundamente desalentado marchó Limantour á México, donde fue recibido con demostraciones de entusiasmo y simpatía, como que de su gestión se esperaban cosas grandes y prodigiosas. Desde su llegada tomó á su cargo los asuntos del gobierno, y desde sus primeros actos advirtióse que era imposible ya con medidas tímidas y con trasacciones incongruas, resolver la crisis. Limantour mismo no tenía fe en su misión, y muy probablemente desde los primeros días se redujo á ir imponiendo en el ánimo del general Díaz la noción de que era absolutamente indispensable retirarse.

Al mismo tiempo que Limantour marchó á México, el Dr. Vázquez Gómez regresó á Wáshington, donde continuaron las negociaciones de paz con el embajador mexicano D. Francisco L. de la Barra, y muy probablemente con conoci-

miento del ministerio de Estado de Wáshington.

Mientras tanto, las operaciones militares revolucionarias iban extendiéndose; en diversos estados surgieron nuevas partidas y nuevos jefes; las tropas americanas ocuparon la línea divisoria, y la actitud americana se hizo más franca y rudamente adversa al gobierno del general Díaz y favorable á Madero. Entre muchos incidentes, uno solo basta para demostrar hasta que punto violaron la neutralidad y el derecho internacional las tropas que Mr. Taft envió á la frontera dizque á defender esas mismas leyes. Cuando el jefe revolucionario Arturo López (que tenía apodo yanqui "Red") atacó Agua Prieta, defendida por unos cincuenta ó sesenta soldados de línea, inició sus operaciones de tal modo que los federales al hacer fuego tuvieron que disparar hacia la población americana de Presidio, y algunos proyectiles tocaron á vecinos de ese pueblo. Soldados y vecinos yanquis se indignaron en alto grado, y decidieron que era indispensable dar fin al combate, para lo cual intimaron rendición á las tropas mexicanas. Persona digna de crédito y que se hallaba á la sazón en aquellas cercanías, me ha dicho que el jefe de las tropas americanas, capitán Goujot, ordenó á sus soldados que cruzaran la línea divisoria y se apoderasen de los soldados mexicanos, cogiéndolos á dos fuegos, y las tropas se negaron á obedecerlo. No estoy seguro de que así haya acontecido, pero sí es cierto que el mismo oficial cruzó la frontera acompañado de

un paisano, americano también, é indicó á los defensores de la plaza que se rindieran porque sus disparos causaban daño á la población vecina. Finalmente, logró que los soldados mexicanos evacuaran la posición y pasaran al lado americano, donde se les recogieron las armas—conforme al derecho internacional—pero después se entregaron esas armas á los rebeldes, con violación abierta, desvergonzada, inaudita, del mismo derecho internacional y de las decantadas leyes de neutralidad.

Violaciones igualmente cínicas ocurrieron en El Paso, donde, mientras se celebraban las últimas conferencias de paz y estaba en vigor un armisticio, los rebeldes se surtían de pertrechos y provisiones, y eran públicamente agasajados.

Con estos hechos cae por tierra la hipócrita afirmación de que la presencia del ejército americano en la frontera tenía por fin mantener incólumes las leyes de neutralidad. Con esos hechos se confirma plenamente mi tesis: el objeto único, exclusivo, de ese acto de suprema arrogancia y de insolencia inaudita, fue tener sobre la cabeza del general Díaz suspendida una amenaza tremenda, y tratarlo en la misma forma que fue tratado, un año antes, el dictador nicaragüense Zelaya. En Nicaragua, país más débil, bastaron unos cuantos cruceros y cañoneros para derribar del trono al tirano desafecto; en México era necesario movilizar todo un ejército y alistar todas las escuadras. El grado de actividad era distinto, pero una mis-

ma la forma y la tendencia: era la maquiavélica "diplomacia del dólar."

El gobierno americano ha dicho que no desea intervenir en México, porque el paso del primer soldado americano al suelo mexicano marcaría el principio de una matanza de indefensos yanquis residentes en México. Aunque esta excusa es inexacta, la verdad es que, por ahora, el gobierno americano no quiere intervenir en México, porque recuerda el fracaso de la intervención francesa, y sabe lo costoso, riesgoso é inútil de tal empresa. Pero en aquel tiempo dió á entender que estaba dispuesto á todo. Además, para derribar al general Díaz, no necesitaba enviar ni un soldado á territorio mexicano ni disparar un solo tiro. Bastábale, de acuerdo con los revolucionarios, cerrar la frontera al comercio y bloquear los puertos del golfo, y dejar que la falta de recursos, la guerra intestina, la desesperación nacional hicieran el resto.

No pudiendo negar el hecho palpable de haber recibido apoyo eficaz del otro lado de la frontera, Madero y los suyos han querido explicarlo diciendo que ese apoyo procedía del pueblo americano que, demócrata y liberal, no podía menos que simpatizar con una revolución libertadora. Además de que esa simpatía popular no explica absolutamente los hechos que dejo apuntados y se refieren á un apoyo manifiesto del gobierno americano, no era ni podía ser general, ó por lo menos no se manifestó así. El pueblo de los Es-

tados Unidos permaneció indiferente. Si una porción fue simpatizadora otra era adversa. En plena efervescencia revolucionaria se efectuaron en el edificio de la Cooper Union, en Nueva York, mitines socialistas concurridísimos, en que se atacaba por igual á D. Porfirio Díaz y á D. Francisco Madero. En los momentos críticos de Agua Prieta y Ciudad Juárez los vecinos de las ciudades yanquis tomaban los combates que en suelo mexicano ocurrían, por un espectáculo del género de las peleas de pugilato ó la lucha grecorromana. Los periódicos hacían escarnio tanto de los rebeldes indisciplinados, hambrientos, mal armados, cuyas operaciones de guerra demostraban desconocimiento absoluto de la ciencia militar, como de los federales, que iban por fuerza á los combates, arrastrados por la inflexible disciplina. Y si alguna vez se inclinaba la simpatía de los corresponsales y reporteros, era precisamente en favor de los oficiales de línea y los pobres soldados federales que peleaban siempre en condiciones desventajosas. Sería interminable tarea la de reproducir fragmentos de los relatos publicados en aquellos días en los millares de periódicos que en los Estados Unidos hay; pero en casi todos se advierte sarcasmo, ironía, si no desprecio y hasta injuria. A Francisco Villa y José de la Luz Blanco las llamaban **rebeldes bandidos**; el "World" llamó ignominiosa la rendición de Navarro en Ciudad Juárez, y en cuanto al ataque, todos los corresponsales convinieron en que ha-

bía sido sin dirección, sin plan concertado, sin nada que indicara otra cosa que el arrojo personal de un puñado de valientes que se posesionaron de las primeras casas inmediatas á la línea divisoria y se sostuvieron en ellas durante más de veinticuatro horas contra las órdenes expresas del mismo Madero. Un diario de Nueva York dióse á publicar relatos exagerados de la invasión americana de 1846, para demostrar el poco valer de las tropas mexicanas; otro dedicaba diariamente una página á historias mudas cuyos protagonistas eran rebeldes mexicanos á quienes atribuía hechos estúpidos ó cobardes. La prensa amarilla de El Paso descubría, exageraba y ridiculizaba las pequeñas rencillas que desde entonces dividían ya al maderismo, y hasta las estimulaba con dimes y diretes, para tener nuevos incidentes que relatar. Todos los hechos meritorios, todas las hazañas, todo lo que tuviera valimiento, se atribuía en los periódicos yanquis á la famosa legión extranjera, y especialmente á los filibusteros de esa nacionalidad. Eran tan bochornosos los relatos que publicaba la prensa yanqui, que el escritor mexicano D. Manuel Bauche Alcalde remitió al periódico "La Libertad," de Guadalajara, un enérgico artículo declarando que debía cesar la revolución, siquiera para no dar lugar á tan vergonzosos comentarios.

Y á pesar de todo esto, que no pudo haber pasado inadvertido para nadie y mucho menos para los jefes de la revolución que operaban en la frontera, he aquí en qué términos se expresó D. Fran-

cisco Madero al abandonar el suelo americano, en camino ya para la ciudad de México, después de la retirada del general Diaz:

"Antes de penetrar á territorio mexicano, quiero despedirme de la noble nación americana, que nos ha dado una vez más pruebas de su sincera amistad. El pueblo americano en los momentos de prueba ha estado con nosotros, ha estado con el pueblo mexicano, no con sus tiranos; y esa actitud del pueblo americano ha hecho que nosotros sintamos por él una gratitud imborrable y que se traducirá en relaciones francas, amistosas y estrechas. No será únicamente la cortesía obligada de gobierno á gobierno, sino la fraternidad de ambos pueblos la que sirva de base á nuestras relaciones internacionales."

¿Quién puede dudar, en vista de todos estos hechos, que Madero (no la revolución) recibió apoyo valiosísimo de los Estados Unidos? ¿Y cómo podré dudar yo, que vi, en medio de esa campaña de desprestigio para México, que únicamente se ensalzaba á Madero y á su hermano D. Gustavo, y esto sobre todo en la prensa notoriamente adicta á Taft y Knox y aliada con los magnates de la plutocracia yanqui?

## LA PAZ DE CIUDAD JUAREZ

Desde mediados de Marzo en que se suspendieron las negociaciones de paz entabladas muy reservadamente en Nueva York, hasta mediados de Abril, en que se abrieron negociaciones ostensibles, pero todavía con carácter de oficiosas, por intermedio de los Sres. Oscar Braniff y Lic. Toribio Esquivel Obregón, las operaciones de Madero y los jefes que militaban á sus inmediatas órdenes no habían tenido importancia. En ese intervalo, Madero permaneció en Casas Grandes, y desalojado de allí por las fuerzas del entonces coronel Samuel García Cuéllar, se dirigió primero á amagar á Chihuahua y luégo á Ciudad Juárez, estableciendo su cuartel general en la Estación de Bustillos. Basta ver un mapa de la república, para comprender lo insignificante de esas operaciones, si es que de una guerra civil en toda forma se hubiera tratado. Las tropas maderistas comenzaron á desalentarse, tanto por el descala-

tro de Casas Grandes, como por el amago infructuoso de Chihuahua y el establecimiento en Bustillos. Nada hay que desmoralice más á las tropas en campaña que la inmovilidad, la pasividad, la falta de iniciativa, de combates y de triunfos. Añadíase el malestar irremisible, ocasionado por la preferencia que Madero daba á los extranjeros sobre los mexicanos. Militarmente, y juzgándola sin parcialidad, la situación de Madero era en extremo desventajosa.

Por esta circunstancia, y estando yo en el secreto de las negociaciones de paz abiertas en Nueva York, quedéme estupefacto cuando la prensa anunció que al entablarse los nuevos parlamentos, ya de una manera ostensible, los revolucionarios no se conformaban con la renuncia de D. Ramón Corral ni con los cuatro puestos en el gabinete y los diez gobiernos de estados, sino que exigían como condición **sine qua non** la renuncia del general Díaz. ¿Cómo explicarse tan radical cambio en las exigencias de los revolucionarios, cambio tan en desacuerdo con los progresos que hasta entonces había hecho la revolución? Ni buscando en los relatores más parciales de los sucesos de ese período se encuentran hechos militares que justificaran semejante cambio.

Pero sí sabemos que al llegar á Wáshington los señores Esquivel Obregón y Braniff, hablaron con el Dr. Vázquez Gómez, quien los recibió punto menos que con absoluta indiferencia, y á las primeras insinuaciones que le hicieron de es-

tar dispuestos á conocer las demandas de los revolucionarios contestó con evasivas y acabó por advertirles que estaba ya en negociaciones con el señor de la Barra. (1) Lo cual es indicio cierto de que, como dije antes, al retirarse el Sr. Limantour, los señores Vázquez Gómez y Francisco de la Barra continuaron tratando respecto á la paz en Wáshington mismo, asiento del gobierno federal de los Estados Unidos.

Y hay la coincidencia muy particular de que al iniciarse esas negociaciones ostensibles que debían dar por resultado la retirada del general Díaz, el señor de la Barra había sido llamado urgentemente á México á ponerse al frente de la secretaría de Relaciones Exteriores, que lo abocaba directamente á recibir la presidencia al retirarse el general Díaz.

Estas circunstancias, y toda la incongruencia, inconsistencia y vacilación de los actos del gobierno, manejado entonces por Limantour; incongruencia y torpeza extraordinarias, impropias de un hombre de inteligencia mediana si se juzgan desde el punto de vista de la defensa militar del gobierno, se explican fácilmente si se considera, como he dicho antes, que ante la actitud de los Estados Unidos y los riesgos de una guerra civil que con la ayuda americana sería interminable, toda la acción de Limantour se enderezó exclusi-

---

(1). Véase el folleto "Democracia y Personalismo," del Sr. Lic. Toribio Esquivel y Obregón, págs. 23 á 26.

vamente á preparar la retirada del general Díaz con el menor trastorno posible. Si en esta actitud racional y humana, benéfica para el país, influyó el temor de complicaciones que comprometieran el honor nacional, ó si esa política también fue exigida por el gobierno de Wáshington, ó la dictó el egoísmo del general Daíz que no quiso exponerse á ser hecho responsable, como el general nicaragüense Zelaya, de los inevitables daños á las personas y propiedades de los americanos en México, son cosas que hasta el momento no hay datos suficientes para decidir. Pero es inconcuso que el gobierno de los Estados Unidos estuvo perfectamente al tanto de todo cuanto se hizo para preparar la entrega del poder á manos de Madero, y que dió, cuando menos, su completa sanción.

El Dr. Vázquez Gómez, agente confidencial de Madero, y el Sr. de la Barra, representante del general Díaz, tenían á su cargo intereses antagónicos y hubieran sido los menos á propósito para negociar directamente. ¿No fue la embajada el enemigo más tenaz de la agencia confidencial, y el Sr. de la Barra quien pidió personalmente la prisión de D. Juan Sánchez Azcona? ¿No era también la embajada el conducto más formal por el que el general Díaz pedía, aunque vanamente, la persecución del maderismo? ¿Cómo hizo entonces el papel de mediador, y cómo fue el depositario del gobierno de México, para recibirlo del general Díaz y trasmitirlo á Madero? Esto

no se explica sino por la influencia de Wáshington.

Sin esta influencia, aun en el supuesto muy probable de que la revolución hubiese acabado por derrocar al general Díaz al cabo de uno ó dos años de guerra civil sangrienta y destructora, el reinado de D. Porfirio habría terminado necesariamente como todos los demás: por la fuga, como el de Iturbide, Santa Anna, Miramón y Lerdo, ó por la muerte, como el de Maximiliano. Sin la influencia de Wáshington, para vencer al general Díaz, Madero habría tenido forzosamente que ganar cuando menos una batalla formal y entrar á la cabeza de sus legiones victoriosas á la ciudad de México.

La paz de Ciudad Juárez bajo la presión tremenda de Wáshington puso en manos de Madero la presidencia de México, presidencia que, de otro modo, es casi absolutamente seguro no hubiera podido conquistar. Para comprender la verdad inconcusa de esa afirmación, basta recordar cual era la situación de Madero en vísperas de la toma de Ciudad Juárez. Madero se acercó á la frontera con la aparente intención de atacar á Ciudad Juárez, pero en realidad para que las negociaciones de paz pudieran efectuarse allí, al amparo del gobierno americano. Primeramente pidió la rendición de la plaza, y anunció que atacaría dentro de las veinticuatro horas siguientes. Trascurrieron cuatro días, sin embargo, y no obstante la urgencia que tenían sus tropas de abrigo, ali-

mentos, ropas y fondos, permaneció inactivo, esperando la oportunidad de entablar parlamentos con los enviados del general Díaz. El Lic. Esquivel Obregón en un folleto muy bien documentado (1) da á conocer el estado de escasez, de miseria en que se encontraban los soldados de Madero, que tuvieron que ser auxiliados por los mismos agentes del gobierno y por el vecindario de la población americana para poder conseguir lo indispensable. Las tropas maderistas murmuraban ya con persistencia: se las traía de aquí para allá, y mientras Madero pasaba el tiempo en discusiones con sus ayudantes civiles ó haciendo caravanas á sus capitanes extranjeros, nadie se cuidaba de abastecer, armar é instruir á las tropas. Madero comenzaba á estorbar á la causa de la revolución, y si no se declaraba entonces abiertamente así, era por el pundonor de aquellos humildes y valerosos luchadores. El armisticio reanimó un tanto á aquellos hombres, pero cuando se hubo roto y Madero, después de muchas vacilaciones anunció definitivamente que no atacaría Ciudad Juárez, el sentimiento de los soldados ya no pudo contenerse, y se decidió no obedecer la orden de marcha, sino organizarla de suerte que Madero saliera de allí con doce horas de anticipación, y cuando estuviera lejos, los hombres de Pascual Orozco atacarían la plaza por cuenta propia. Ya desde ese momento quedaban funda-

(1). "Democracia y Personalismo," págs. 62 y siguientes.

mentalmente quebrantados los lazos que ligaban á Madero con los revolucionarios. Ya ellos quedaban perfectamente convencidos de la incapacidad militar absoluta de Madero, y si había de haber guerra civil, y en ésta se había de triunfar, otro tenía que ser el jefe.

Confirmóse la ruptura después de la toma de Ciudad Juárez, realizada contra las órdenes de Madero, quien una vez ocupada la plaza consagróse á organizar un gabinete, á pesar de no tener todavía negocios administrativos que despachar, y en un trasporte de júbilo colmó de honores exagerados é inmerecidos al italiano Giuseppe Garibaldi. La protesta fue ruidosa y el rompimiento hubiera sido irreparable y fatal para Madero, á no haber sido por la intervención de Pascual Orozco, que se rehizo y dio término á las rencillas.

Claro es, por lo tanto, que si se hubiera realizado el proyecto de Madero, de levantar el asedio y emprender la retirada á través del desierto, su prestigio militar se habría hundido para siempre, como se hundió el de Hidalgo inmediatamente después de la retirada del Monte de las Cruces.

En el resto del país, que se había mantenido indeciso durante los tres primeros meses de revuelta, ésta se propagó como un reguero de pólvora en cuanto se pudo saber que el general Díaz estaba dispuesto á retirarse. Es notable cómo el anuncio de que se abrían negociaciones de paz fue verdaderamente el toque de guerra, y mien-

tras los comisionados del general Díaz se esforzaban en evitar mayor derramamiento de sangre, (ellos sí de buena fe, puesto que creían sinceramente ser los verdaderos agentes de la paz, cuando ya he visto que no), por todas partes surgían nuevos caudillos, se alzaban nuevas partidas, y comenzaba la desbandada general. Sin embargo, no se puede afirmar que el general Díaz no tuviera, todavía después de la toma de Ciudad Juárez, elementos suficientes para hacer una resistencia eficaz que prolongase la guerra durante meses. No había habido defección en las tropas. Hasta los últimos momentos, la superioridad en disciplina, armamento, y recursos de todas clases, estuvo siempre de parte de los federales. Comparando las pérdidas sufridas por el general Díaz con las que otros gobiernos derrocados por la guerra habían sufrido hasta entonces, se ve que eran en realidad de poca importancia y no justificaban la fuga. Todavía hoy, instalado Madero en el Palacio Nacional, el viejo porfirismo es un elemento de bastante potencia con el cual tendrá que habérselas el nuevo dictador y en estos mismos momentos, hay quienes consideran que el general Díaz abandonó á sus partidarios, entregándolos casi sin combatir. Y como no han tenido la clave del enigma, ni han podido explicarse por qué el general Díaz entregó á los revolucionarios que carecían de todo, un tesoro abundante, un ejército disciplinado y valiente, apoyado por toda una clase conservadora é

influyente, han acusado á Limantour de haber traicionado al general Díaz. Acusación injusta. Si Limantour influyó, y estoy cierto de que sí lo hizo, fue porque la retirada del general Díaz era la única solución satisfactoria en aquellas condiciones; porque la entrega del poder á Madero era lo único que disiparía por aquel entonces las nubes de tormenta agolpadas en la frontera del río Bravo, á condición de que esa entrega se hiciese en tiempo hábil, antes de que la revolución se hiciese anárquica y llevase á extremos imposibles de calcular pero que, por la ignominiosa hecatombe de Torreón tenían que ser horribles.

Prolongándose la guerra, la figura de Madero, el menos apto, militarmente hablando, de los caudillos, tenía que desaparecer del primer término á pesar del plan de San Luis, que en aquellas fechas estaba ya en olvido; surgirían otros hombres más hábiles, fuertes y audaces; otros había ya que habían obtenido triunfos mientras Madero no contaba uno solo y estaban mucho más cerca de la capital de la República que el caudillo de Ciudad Juárez. La prolongación de la guerra habría derribado al general Díaz, pero primero habría derribado á Madero, y antes del triunfo las fuerzas revolucionarias habrían alcanzado un grado de organización militar suficiente para hacerlo efectivo y duradero.

Mas, en aquellas excepcionales circunstancias, el gobierno del general Díaz puso especial ciudado en dar término á la guerra lo más pronto posible,

y en que el poder se trasmitiera en una forma quasi legal á Madero, y hasta, cosa única en los anales revolucionarios de la América latina, puso sus líneas telegráficas á la disposición del caudillo del norte, para que recabara de los demás la promesa de deponer las armas en cuanto se firmara la paz en Ciudad Juárez.

No hay duda pues, ni haberla puede, que la paz de Ciudad Juárez tuvo por objeto permitir la retirada del general Díaz en tiempo hábil para que cesaran sus responsabilidades ante el gobierno de Wáshington, y poner á Madero en posesión del gobierno de la república.

El convenio de paz que se firmó en Ciudad Juárez, sólo comprendía estos puntos:

Que renunciarían el general Díaz y D. Ramón Corral.

Que D. Francisco de la Barra sería presidente de la República.

Que el nuevo gobierno acordaría cambios en el personal de los gobiernos de los Estados y comenzaría á indemnizar por los perjuicios causados directamente por la revolución.

Que el nuevo presidente convocaría á elecciones.

Que cesarían desde luego las hostilidades.

Pero esta versión oficial del tratado no era más que para cubrir el convenio secreto, por el cual Madero entraría inmediatamente á gobernar aunque por intermedio del Sr. de la Barra, y nombraría ministros y gobernadores maderistas; se

pondrían á disposición de Madero los fondos del erario, y cuando todo esto se hubiera realizado, y la elección presidencial de Madero estuviese asegurada de modo que no hubiese lugar á duda, se convocaría á elecciones, cualquiera que fuese la situación del país.

Cada vez que se ha dicho en público que el señor Madero contrajo tales ó cuales compromicon determinados intereses nacionales ó extranjeros, contesta él con una sola frase, que pudiera tener valor en labios de un hombre que, como Wáshington, hubiera demostrado por toda una existencia sin mancha, que sus palabras tenían toda la fuerza de la verdad. El señor Madero dice para rechazar todos los cargos: "Yo no celebro tratados secretos." Y así pretende demostrar su impecabilidad, y pretende que se le crea aunque sus palabras se encuentren en absoluto desacuerdo con los hechos. En Ciudad Juárez hubo, esto es indiscutible, un tratado oficial, á cuyo calce figuraban las firmas de ambas partes, y un convenio secreto por el cual D. Francisco de la Barra renunció anticipadamente á cumplir leal, sincera y firmemente las obligaciones que la ley impone al Presidente de la República Mexicana, para ponerse incondicionalmente á disposición del señor Madero. Por indicación del señor Madero designó ministros: tres parientes y cinco amigos íntimos de Madero; y cuando se descubrió que dos de esos ministros eran desleales á Madero y trabajaban por cuenta propia, el señor de

la Barra destituyó á esos ministros. Y cuando un partido, el católico, sustrayéndose á la voluntad imperiosa y ruda del señor Madero, proclamó candidato á la vicepresidencia al señor de la Barra, el periódico del maderismo públicamente declaró que el señor de la Barra no era el presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, sino un simple depositario del gobierno, tolerado y permitido por Madero.

Si mentira hubo en el plan de San Luis, y mentira en las negociaciones de paz de Nueva York, si la falsedad presidió á todos los actos del caudillo en la revolución, todavia en el tratado de Ciudad Juárez se lleva la mentira á un límite inaudito, se engaña á la nación más tristemente que nunca; se juega con la buena fe, con la docilidad, el anhelo de libertad del pueblo. Lo único cierto, lo único que se descubre allí es la ambición loca, desenfrenada, ciega, sin escrúpulos y sin pudor, que se nutre de la sangre del pueblo y de la honra de la patria.

Si la libertad y la democracia hubieran presidido á la celebracion de ese pacto, los únicos términos admisibles, honorables, justos; los únicos compatibles con el honor y la conciencia humana y con los intereses de la patria, eran estos:

Retirada del general Díaz.

Interinato.

Desarme inmediato de las tropas revolucionarias.

Reforma electoral que hiciera efectivo el sufragio.

Convocatoria á elecciones.

Sólo de este modo se habrían cumplido las promesas fundamentales de la revolución que tenía y sigue teniendo (pues la revolución va adelante) por lema: No reelección y sufragio efectivo.

El presidente interino debía haber tenido toda la autoridad que la constitución le otorga, haber respetado la ley y no la voluntad de este ó aquel personaje político, y haber cumplido, ante todo y sobre todo, sus deberes hacia la patria.

El caudillo de la revolución, á quien la retirada del general Díaz quitaba desde luego la calidad de combatiente, tenía por deber primordial, superior á todas las consideraciones de partido, obedecer la ley y desarmar á sus soldados. No podía presentar su candidatura presidencial hasta que no tuviera un solo rifle con que apoyarla, hasta que su papel de revolucionario se hubiese extinguido. Esto es lo que el honor dicta, y sólo cuando hubiera sido electo en tales condiciones podría haber sostenido legítimamente que no usurpó la presidencia.

Sólo cuando esto se hubiera realizado, y se hubieran dado á todos los ciudadanos las garantías constitucionales, se podría decir que una revolución libertadora se había consumado, y realizado el anhelo supremo de los pueblos.

Los hechos, desgraciadamente, han venido á

probar que tal cosa no se realizó. El pacto de Ciudad Juárez con los sucesos que han venido después, tiene un parentesco inmediato con la paz que bajo los cañones americanos se firmó en las costas de Nicaragua hace dos años: una caída, un interinato sancionado por los Estados Unidos para acallar temporalmente al pueblo que clama por la libertad, y una nueva dictadura á gusto de los intereses yanquis.

Y es triste que de las personas que contrataron en aquellos solemnes momentos, sólo el general Diaz, el de la abominable tiranía, cumplió con su deber y se retiró absoluta, definitivamente de los negocios públicos. Porque si el señor de la Barra cumplió el pacto secreto y se esforzó por que la elección de Madero se realizara, dejó de cumplir el deber mucho más alto y respetable que le ordenaba no convocar á elecciones mientras alguno de los partidos estuviera en armas.

Y por esto afirmo yo que, si en Ciudad Juárez Madero alcanzó la presidencia, en cambio, nadie podrá decir que allí triunfó la revolución. Esta tiene que seguir adelante, hasta que dé algún fruto firme y duradero. En ella, la intervención de Madero fué un incidente de más ó menos importancia. Se encendió con intensidad á las postrimerías del alzamiento de Madero, sufrirá flujos y reflujos más ó menos grandes, pero seguirá adelante. La revolución popular que expresa un deseo vehemente de mejoramiento social y eco-

nómico, tiende á adquirir los caracteres de una guerra de castas. Es el esfuerzo supremo y decidido de una clase que lucha por arrebatar á las otras sus privilegios. Así ha sucedido en todas las revoluciones populares, y la de México no ha de detenerse sino cuando la casta que lucha quede aniquilada é incapaz de luchar, ó haya realizado una conquista definitiva.

## A LA DICTADURA.

Firmado apenas el pacto de Ciudad Juárez, D. Francisco Madero no tuvo más preocupación que preparar su campaña "electoral" para llegar cuanto antes á la dictadura. Olvidó que en ese documento figuraba su firma, y que el deber mas elemental le ordenaba preocuparse sobre todo de cumplir al pie de la letra el compromiso contraído en tan solemnes circunstancias. En el documento oficial de la paz figuraba como cláusula muy importante la cesación inmediata de las hostilidades. Retirado el general Díaz, era absolutamente imposible que éste hiciera cumplir esa parte del convenio, y su retiro lo relevaba absolutamente de cumplirlo. Sujeto el señor de la Barra á la autoridad de Madero, que era el oculto gobernante conforme á las cláusulas secretas del tratado, Madero, al asumir indirectamente el gobierno, asumía por sí solo y personalmente todas las responsabilidades. De haber querido cumplir-

las escrupulosamente, como corresponde á un hombre que promete gobernar justa y rectamente, habría procedido desde luego á desbandar las fuerzas revolucionarias cuya permanencia en armas, siendo grupos indisciplinados y formados en gran parte de elementos de desorden, constituía un obstáculo para la cesasión inmediata de las hostilidades, fin ostensible de aquel convenio, que á los ojos de la nación tenía por mira evitar mayor efusión de sangre.

No fue así, Madero en vez de desarmar á sus revolucionarios ó incorporarlos á las fuerzas federales, bajo las órdenes de militares expertos y bajo la acción moderadora de la disciplina, los mantuvo en armas como fuerzas independientes y exigió que fuesen ocupando las poblaciones que habían estado en poder de los federales. Y como éstas se negaron muchas veces á capitular sin combatir, y como la revolución no triunfó en Ciudad Juárez, sino que entonces puede decirse que comenzaba á encenderse efectivamente, se vió que después del convenio de paz siguió la matanza. Los verdaderos revolucionarios, los que no íban á caza de un puesto bajo la administración de Madero ni tomaban la revolución como pretexto para el robo, combatían por la destrucción de un régimen que se hacía sentir en los lugares apartados más que en las grandes poblaciones. Era un desbordamiento del odio del pueblo hacia sus opresores de tantos lustros, y esos odios no podían darse por satisfechos con el con-

venio de Ciudad Juárez; tenían que aplacarse cuando todos los antiguos jefes políticos, comandantes militares, alcaldes y demás caciques del reinado de D. Porfirio hubieran huído ó estuvieran muertos y destruídas sus propiedades, fruto de la injusticia, la infamia y el crimen.

Madero, he dicho antes, quiso mantener bien marcada la división entre las tropas federales y las revolucionarias. Así había y ha continuado habiendo después de varios meses, jefes, oficiales y soldados que se llaman ex-revolucionarios, independientes de las tropas regulares y hasta en muchos casos privilegiados puesto que se les destina á servicios especiales y no se les aplica la ordenanza. Madero hizo que el presidente de la Barra pidiera al congreso autorización para gastar doce millones de pesos destinados á indemnizar y licenciar á las tropas. El congreso concedió esa suma en la creencia de que serviría para destruír y desorganizar el único elemento de desorden que podía surgir después de la revolución. Pero Madero empleó esos fondos en completar y perfeccionar la organización militar de ese elemento, con el fin de que fuera formidable amenaza mientras no se efectuaran las elecciones, y de que estas se verificasen bajo la presión de sesenta mil hombres dispuestos á lanzarse sobre las poblaciones indefensas, á la primera señal de Madero.

Esto no es una suposición: como el señor Madero carece de la virtud de la discresión y la

mesura, necesarias en un político, y sin las cuales no se puede engañar á los pueblos, no ocultó sus miras, y en el periódico más genuinamente maderista, "Nueva Era", leí yo en vísperas de las elecciones, cuando el reyismo amenazaba resurgir y la actitud del partido católico exasperaba á Madero, artículos de una rudeza inaudita en que se planteaba la cuestión de ese modo: "La revolución soy yo (Madero) y, habiendo triunfado la revolución, á mí me corresponde por derecho de conquista la silla presidencial, y si hay quien se oponga, tengo á mis órdenes una irresistible fuerza revolucionaria que pasará á cuchillo á todos los opositores."

Así es como cumplió el señor Madero la promesa solemnísima de restablecer la paz y asegurar el triunfo de una revolución que él mismo ha llamado libertadora.

Apenas se había levantado el campo de batalla de Ciudad Juárez, cuando ya el señor Madero, firmada la paz, se dispuso á penetrar al país. Todavía no se reparaba la línea ferrocarrilera que sus huestes habían destruído, y tuvo que entrar por Piedras Negras. Entró como un torbellino, y desde el primer momento comenzó á preparar su campaña presidencial.

Conviene aquí repetir que yo no considero la ambición presidencial, por sí misma, censurable. Muy al contrario, la ambición de gobernar es una de las más altas y nobles, á condición de que sea efectivamente gobernar lo que se pretende, y no

destruír, tiranizar, recoger tributo y caer como una losa funeraria sobre los pueblos. Lo censurable son los medios, porque el hombre que llega al gobierno por medios indecorosos, ilegítimos, fraudulentos, de cualquier naturaleza que sean, no podrá gobernar después por medios legítimos, decorosos y justos. Esto es elemental. Así pues, no hay que examinar si el señor Madero tenía ó no la ambición de llegar á la presidencia, sino de qué medios se valió para obtenerla.

La paz de Ciudad Juárez, he dicho ya, puso fin á la revolución maderista, pero no al levantamiento popular. Este persistió hasta que los pueblos ahuyentaron á casi todos los opresores más crueles del viejo régimen, y se mantuvo en suspenso después, con la esperanza de que el nuevo régimen trajese, efectivamente, las promesas enarboladas por los caudillos.

Terminada la revolución maderista, si ésta hubiera sido realmente de principios y no personalista, lo indicado, lo cuerdo, la patriótico, habría sido que se eligiera un presidente ajeno á la contienda ó cuando menos que no fuera el caudillo de la revolución. En este punto, las revoluciones de Portugal y China han dado ejemplos muy elocuentes. Hay una verdad que está desde hace siglos en la conciencia de los pueblos: es siempre peligroso poner al frente del gobierno á los caudillos triunfantes. Este principio lo practicaban invariablemente los griegos, el pueblo más sabio y prudente que ha existido sobre la superficie de

la tierra. Los caudillos revolucionarios saben destruír, demoler, desorganizar; pero ignoran el arte, eminentemente conservador, de reconstruír y organizar. El caudillo revolucionario que triunfa por su propio empuje lleva consigo una fuerza desproporcionada que en el gobierno se convierte indefectiblemente en tiránica. Si la revolución mexicana de 1910 hubiera llevado al poder efectivamente á un hombre que conciliara intereses y garantizara la libertad, en vez de un instrumento ciego de un grupo revolucionario, habría sido una revolución eminentemente civilizadora.

Pero de todos modos, al firmarse el tratado de paz, Madero tenía la presidencia de la república al alcance de su mano, y la hubiera obtenido aun ocupándose en cumplir con los deberes que el patriotismo le dictaba y manteniendo su propaganda presidencial dentro de los límites del decoro y el honor. ¿Lo hizo así?

Al salir de Ciudad Juárez, envió á la vanguardia hombres de confianza que preparasen, ejerciendo presión, aun sin ser indispensable, los recibimientos que habían de hacércele.

Los de la vanguardia iban instalando á su paso autoridades municipales amigas, las cuales distribuirían invitaciones en papel timbrado de la secretaría particular de Madero, para que el vecindario se congregase á aclamar y honrar á Madero y á su señora esposa. (1)

(1). Tengo en mi poder uno de esos bochornosos documentos. Al margen lleva un sello con las armas nacionales y el nombre de la población, y debajo el lema

Llegado á la capital de la república, instalados en el gabinete sus amigos, Madero obtuvo del gobierno provisional fondos dizque por indemnización de las sumas gastadas por su familia para armar á la revolución; fondos que necesitaba urgentemente para emprender su campaña presidencial. No hay términos suficientemente enérgicos para condenar la apropiación de los fondos públicos, ni hay razones que la justifiquen, ni autoricen ni siquiera disculpen. Justísimo habría sido indemnizar á los que, siendo neutrales, sin tomar parte activa en una lucha en que se disputaban puestos públicos, sufrieron daño en sus personas o menoscabo en sus intereses. Pero inicuo é ignominioso es que las mismas personas que más se esforzaron en encender la revolución y causa-

---

"Sufragio efectivo, no reelección." En el encabezado dice: "Gobierno provisional del Partido Nacional antirreeleccionista." Debajo y con letras rojas, para que resalte: se lee: "Correspondencia particular del presidente." El texto de la invitación, que está dirigida á una señora, es el siguiente: "Muy apreciable señora: La Honorable Asamblea Municipal que tengo el honor de presidir, en sesión de ayer tuvo á bien acordar se nombre una comisión de damas honorables para confiarles la recepción de la distinguida señora esposa del ilustre Caudillo D. Francisco I. Madero, Da. Sara Pérez de Madero, el día de mañana, y por tal motivo ruego á Ud. atentamente se sirva aceptar el formar parte de dicha comisión.—Esperando se servirá Ud. atender esta súplica, le anticipo mi agradecimiento con las protestas de mi consideración.—De Ud. afmo. atto. y S. S......." y sigue la firma autógrafa del presidente municipal instalado por los maderistas. La circular referida lleva la fecha 3 de junio, cuando ya Madero había renunciado la presidencia provisional y por lo tanto, no existía tal gobierno provisional del partido antirreeleccionista. Es en extremo bochornoso que, en papel de su secretaría particular, Madero se hiciera llamar "ilustre caudillo" é invitara á una pública recepción en honor de su propia esposa. Mas ninguna de estas consideraciones detuvo á los autores de tan indecorosa idea, alentados por la certeza de que las señoras provincianas, aterrorizadas aún por la revuelta, no osaran ni discutir siquiera una invitación tan aparatosa y apremiante.

ron á la patria humillaciones y dolores, y los más directamente aprovechados por el triunfo, cobraran indemnización alguna. Conforme á tan inmoral práctica, hasta el general Díaz podría reclamar su parte, ya que la revolución lo privaba de tantas ventajas y provecho personal.

Para su propaganda presidencial, Madero necesitaba un periódico, y lo fundó inmediatamente después de entrar á la ciudad de México. Todo el país sabía que ese era el periódico de Madero, dirigido por amigos de su entera confianza é inspirado directamente por él. En ese periódico, llamado "Nueva Era," D. Francisco Madero se hacía prodigar los calificativos más exagerados que llegaban hasta lo grotesco. Se aquiparó á Hidalgo, el mártir, el heroico iniciador de la independencia, de quien lo separa, cuando menos, la inmensa distancia que hay entre el que sacrifica la vida por la independencia de su pueblo y el que enciende la guerra civil é impone en ella á rédito un poco de dinero, un mínimo de tranquilidad y una migaja de peligro.

Impaciente por llegar á la silla presidencial, desde mucho antes de las elecciones ya tenía anunciado quiénes formarían su gabinete, pues ofrecía secretarías de Estado á cambio de apoyo personal. Esto, que podía darle ayuda de algunos, comenzó á disgustar á muchos revolucionarios que se vieron excluídos del festín ó que vieron al caudillo aliarse sin escrúpulo con personalidades que, como el general Reyes, habían sido sostén

directo, eficaz é incondicional del viejo césar Porfirio Díaz.

Al mismo tiempo que contraía tan poco delicadas alianzas, el maderismo organizaba una serie de persecuciones y asonadas para aterrorizar á los pocos que pudieran haber ofrecido resistencia. Se fraguaron historias de conspiraciones contra la persona de Madero y se redujo á prisión á muchos inocentes, con el propósito de dar una saludable advertencia á los desafectos al maderismo. Aprovechando la aureola efímera de popularidad de que Madero disfrutaba en aquellos días, se hacía recorrer las calles de la capital á multitudes desordenadas, indisciplinadas, tanto más amenazadoras cuanto menos sujetas á disciplina, dispuestas á la agresión, el saqueo, el crimen, para hacer pensar á los tímidos, que el maderismo contaba con la fuerza absolutamente irresistible de las multitudes frenéticas.

Se organizaron cuerpos de policía secreta, numerosos y espléndidamente provistos, que levantasen falsos testimonios y fraguaran conspiraciones, y mientras tanto, no se daba el más leve paso para castigar á los autores de crímenes verdaderamente espantosos cometidos por foragidos que se abrigaban bajo la bandera revolucionaria. Todavía hasta la fecha, después de muchos meses, no se ha castigado á los que encabezaron las matanzas de Torreón ni los asesinatos de Covadonga, que mancharon la revolución maderista; manchas que solo la justicia pronta, eficaz,

recta, podía haber borrado. En la persecución de los desafectos al maderismo se llegó á un extremo verdaderamente odioso, que ya no se tolera desde hace siglos en ningún país civilizado: los agentes de policía secreta no se limitaron á vigilar, ni siquiera se contriñeron al espionaje, odioso ya por sí mismo cuando tiene un fin político; sino que fueron con cartas falsas, con dinero salido de las arcas nacionales, á tratar de corromper militares fingiéndose enviados del general Reyes, con el fin de tener algún pretexto para aprehenderlos y procesarlos. Estos hechos constan en las páginas de "Nueva Era," que cándidamente ha relatado cómo los agentes de policía secreta propusieron á dos generales la defección, sobornándolos y engañándolos con cartas falsas del general Reyes. Procedimientos verdaderamente inícuos, dignos de la Inquisición, propios de las tiranías más abominables.

Desde los comienzos de la nueva campaña presidencial se produjo una división entre los corifeos maderistas. Dicen que los hermanos D. Emilio y D. Francisco Vázquez Gómez, que habían ayudado á Madero y que se consideraban sus superiores en lo intelectual, creyeron llegado el momento de trabajar en provecho propio, y se desentendieron del papel que les correspondía conforme al pacto secreto de Ciudad Juárez, de simples ayudantes de la campaña en favor de Madero. Este lo supo y decidió de una vez por todas, excluirlos de su partido. Para llegar á ese

resultado proclamó que el viejo partido antirreeleccionista había dejado de existir desde la paz de Ciudad Juárez, y por consiguiente había necesidad de una nueva convención que designara candidatos. Los Vázquez Gómez se opusieron, mas á pesar de todo la convención se realizó y en ella, por buenas ó por malas artes, se excluyó á D. Francisco Vázquez Gómez de la candidatura vicepresidencial. No pocos tropiezos y dificultades produjo ese cambio á Madero. Desde ese momento surgió un motivo de división y desconfianza entre los revolucionarios mismos, quienes comenzaron á clamar contra las imposiciones de Madero, que designó un nuevo candidato vicepresidencial, D. José María Pino Suárez. Esta imposición no fue, en resumen, sino un torpe alarde de fuerza.

Por otra parte, á la caída del general Díaz la iglesia católica que había sido su aliada fiel hasta los últimos momentos, consideró llegado el caso de tomar parte activa en la política mexicana, y se dispuso á organizar un partido. Hizolo así, y surgió el Partido Católico Nacional, que, naturalmente, citó á convención para formular programa y designar candidatos.

Madero sabía muy bien que el elemento católico en México es poderoso por dos razones principales: porque á él pertenecen los ricos, los terratenientes, los prestamistas, los hacendados, los más firmes sostenes del viejo orden social; y no podía menos que procurar atraérselo. Así fue

cómo la señora de Madero celebró su entrada triunfal á México con una aparatosa peregrinación al santuario de Guadalupe, que es como la Bastilla intelectual y moral de México, desde donde se domina la conciencia nacional, y constituye el reducto más firme de la dominación católica en tierra mexicana. Y después fue Madero mismo á echarse á los pies de Su Ilustrísima el Sr. Arzobispo de México, jefe de la iglesia, y, según declaración formal del prelado, prometió solemnemente que echaría noramala las leyes de Reforma (faltando á su deber, violando su protesta solemne hecha en nombre de la patria al tomar posesión de la presidencia), con tal que el partido católico le diera su apoyo. Y recibió este apoyo, y Madero, que había sido proclamado candidato de su propio partido, al que hizo llamar Constitucional Progresista, es decir, sostenedor de la constitución de la cual forman parte las leyes de Reforma, aceptó públicamente la candidatura del Partido Católico Nacional, en cuyo programa está nada menos que la derogación de las leyes de Reforma, la supresión de la enseñanza laica, y la libre admisión de todas las órdenes religiosas, absolutamente contrarias á la libertad de conciencia y que ningún país civilizado tolera ilimitadamente.

No se había dado en la triste historia de los caudillajes latino americanos prueba más patente, más inmoral, más indecorosa, de falta de honradez política; carencia absoluta de principios, de

orientación moral y social; ambición que se desborda por encima de todas las consideraciones humanas; ansia de poderío, que toca los límites de la locura. Ni Iturbide, que era francamente aristócrata y absolutista; ni Maximiliano que era aristócrata y liberal, ni D. Manuel González, que respetó los principios liberales y fue fiel á su palabra; ni el general Díaz mismo y quizás ni Santa Anna, que era el prototipo de la prostitución política, llegaron jamás á tal extremo. Madero aceptó la candidatura ofrecida por el partido católico y después quiso que se plegase á su capricho repudiando para la candidatura vicepresidencia á D. Francisco L. de la Barra, á quien la convención había designado, para sostener á D. José María Pino Suárez, amigo de Madero. Y cuando los delegados del partido católico se opusieron á ello, Madero lanzó un manifiesto que constituye uno de los más innobles documentos de chantage político, y en él amenazó lanzar sobre la honra de D. Francisco L. de la Barra toda la jauría revolucionaria, nutrida con la insolencia del triunfo fácil y con la arrogancia de la impunidad. En cuanto al general Reyes, que no se conformaba con ver derrumbarse para siempre su ambición presidencial y soñaba con una imposible restauración de su vieja popularidad, fue maltratado, apedreado, insultado y humillado por el populacho á quien acaudillaban lugartenientes de Madero.

Así, por todos esos medios, indignos hasta de

un Porfirio Díaz, preparó Madero su elección presidencial.

Mientras tanto, lo poco que el plan de San Luis pudo haber contenido de patriótico; los anhelos nobles, democráticos que pudieron dar aliento á la revolución; los principios que pudieron haber contribuido á hacer que de las ruinas del reinado porfiriano surgiera un gobierno más justo, humanitario, patriótico y liberal, yacían completamente olvidados. En las intrigas políticas de los Estados y del gobierno federal, en la imposición de los amigos y la persecución de los enemigos indefensos (rasgos tomados de la política de D. Porfirio), se gastó la actividad de los ex-corifeos revolucionarios, y mientras tanto, ni siquiera se ha llegado á poner en vigor el principio de la no reelección, que fue el grito de guerra de la revolución de San Luis. Todavía hasta la fecha no está sancionada esa reforma constitucional. Por de contado que no se ha hecho el más pequeño esfuerzo para hacer efectivo el sufragio: otra de las promesas solemnes de la revolución maderista. El mismo sistema electoral, que da al gobierno el supremo dominio del mecanismo, sigue imperando defendido ya á capa y espada por Madero, su enemigo de ayer, que ahora encuentra en él medios eficaces para que el fraude, las imposiciones, la trampa y el engaño lo favorezcan personalmente.

Madero fue electo, y su elección resultó casi tan raquítica como las del general Díaz, y mu-

cho más desalentadora. Raquítica, porque la persecución, la agresión violenta, la amenaza de sesenta mil revolucionarios en armas tuvieron forzosamente que alejar de las casillas electorales á todas las gentes pacíficas. El corresponsal de un periódico neoyorquino, hombre muy honorable y simple espectador de la campaña electoral, envió un mensaje confidencial que tuve en mis manos, en el cual decía: "salvo muy pocos lugares, en el resto de las casillas electorales, los que las instalaron no han tenido que hacer más que fumas cigarrillos y platicar." Es absolutamente imposible que después de treinta y cinco años de ausencia de los comicios, y bajo la amenaza de una nueva conmoción revolucionaria y después de una campaña de persecuciones inicuas, el pueblo esté en aptitud de votar libremente.

Fue eminentemente desalentadora esa elección, porque los hombres de buena fe han visto que no la había en los mandatarios, que Madero, el hombre que voluntariamente había asumido la responsabilidad de que la elección fuese libre, el que había prometido el respeto á la libertad del voto, era el primero dispuesto á comprarla con el oro de las arcas nacionales, socavarla con la imposición de autoridades subalternas encargadas de vigilar y garantizar la legalidad del sufragio, y dominarla con la fuerza de las multitudes en armas.

Así llegó Madero al poder. Con los antecedentes de su primera campaña electoral y los de

su revolución, el pacto de Ciudad Juárez y la segunda campaña electoral, no puede haber habido en México en esos momentos un solo hombre de criterio medianamente lúcido que esperase de él un gobierno justo, liberal, caracterizado por el respeto á la ley y á la justicia. Que tal gobierno es posible, lo había demostrado superabundantemente el interinato de D. Francisco L. de la Barra, no porque el presidente interino se pusiera á la altura de las circunstancias y cumpliera estrictamente con su deber, pues ya se ha visto que se sometió á Madero y los suyos; sino porque, en tan difíciles circunstancias, no llegó á aplicar la ley fuga, ni á poner la más ligera traba á la libertad de la prensa, ni se dejó arrastrar por las propias ambiciones ni por el desbordamiento de sus propios rencores. Y por haber hecho tan poco, pero tan fundamentalmente liberal y recto, el señor de la Barra ha sido el primer presidente de la República mexicana que ha salido del gobierno en medio de una lluvia de flores y un coro de bendiciones.

Instalado pomposamente en el alcázar de Chapultepec, el primer cuidado de Madero fué organizar su corte, abrir las puertas de su palacio á las recepciones y preparar fiestas oficiales, banquetes, besamanos, como los que marcaron la última época del reinado de D. Porfirio. Mostróse dispuesto á seguir de la manera más fiel y completa las huellas de su predecesor. Manifestóse enemigo de la libertad de pensamiento y de con-

ciencia, y hasta del sistema representativo. En su órgano periodístico amenazó con disolver las Cámaras si el congreso no se plegaba á sus deseos; repetidas veces declaróse dispuesto á perseguir escritores públicos como en el período más tiránico de la autocracia de Díaz. Su primera iniciativa al Congreso fue para pedir un aumento de fuerzas militares. Su primer decreto fue una ley inicua: la del servicio militar obligatorio. Es inicua, porque, de cumplirse estrictamente, obligaría a todos los mexicanos á la vida del soldado que en los países latino americanos, con muy pocas excepciones, es una vida cruel, humillante, indigna de hombres civilizados; inicua también porque en países amenazados por la guerra civil el servicio militar obligatorio faculta á los gobiernos á llevar á los ciudadanos á la matanza para sostener autoridades muchas veces criminales y casi siempre tiránicas. ¡Tal ha sido el primer decreto del hombre que se ha querido titular á sí mismo el Libertador de México!

¡Sarcasmo y mentira!

El camino de la libertad es bien distinto. A la libertad no se va con alianzas secretas, con pactos indecorosos, con ayuda de los eternos enemigos de la raza. A la libertad no se llega por el fraude y ninguno de los verdaderos libertadores de pueblos ha manchado su nombre ni su historia con la falsedad, ni ha sacrificado á los pueblos en el altar de la propia ambición y de la propia grandeza.

## CONCLUSION

Este libro no es un libelo. No he mojado la pluma en el odio ni en el rencor. Si los hechos, lógicamente interpretados, quitan fama y honor á quien de ambos había pretendido artificialmente revestirse; si con la filosofía de los acontecimientos tienen que desmoronarse los deleznables cimientos en que se basa la falsa grandeza de un caudillo y la gloria de oropel de un césar, culpa mía no puede ser. La tarea de romper ídolos y depurar historias es por sí misma alta, justa y patriótica; mis intenciones van más allá, sin embargo. La situación de México es gravísima. La naturaleza nos ha puesto al alcance de una garra firme, poderosa, ávida. Nos ha dado tesoros que tienten ajenas codicias, negándonos los elementos indispensables para bien desarrollarlos en provecho propio. Y en estos momentos en que la expansión de nuestros vecinos ya no tiene límites naturales fijos, porque su poderío no tiene nada

que lo contrarreste en esta mitad de la tierra, urge señalar sin vacilaciones, sin pretender engañarnos á nosotros mismos, dónde están los peligros más inminentes, los escollos más graves, las asechanzas y las emboscadas. La nación mexicana tiene en estos momentos en sus propias manos su destino, y es indispensable que todas las voces sinceras se oigan, antes de que las tremendas pasiones de partido cierren los ojos á toda luz, los oídos á todo clamor, y México ruede cierta é irremisiblemente al abismo.

Si la revolución de 1910 ha de ser eficaz en algo, debe producir irremisiblemente un gobierno mejor que el autocrático del general Díaz. Pero ya hemos visto que D. Francisco Madero, cegado por la ambición ó enloquecido por un falso concepto de la propia grandeza, ha creído que el país se alzó en armas y se inundó de sangre y se expuso á todos los riesgos que desde hace un año lo acechan desde las márgenes del río Bravo, tan solo para que él, Madero, se instalara en el viejo palacio virreinal y se ungiera dictador. Confiado en una popularidad efímera creyó que podría recoger íntegra la herencia del general Díaz y que todos los mexicanos le rendirían vasallaje como al viejo mandatario. Pareció olvidar que la tiranía porfiriana no fue obra de un día sino de una generación, y que para llegar á ella el aguerrido militar, el sagaz mandatario había tenido que desplegar facultades poco comunes, entre las cuales descollaban con vigor extraordinario el dominio

absoluto de sí mismo y la cautela más asombrosa. Antes de ser dictador, Díaz había sido defensor de la patria en momentos aciagos; después, presidente constitucional, desplegó una política pasmosa por su moderación y tino, y todavía sin las circunstancias que lo favorecieron muy especialmente y que he dejado apuntadas en las páginas precedentes, no habría llegado al límite de tiranía en que la revolución maderista lo encontró. Olvidó también Madero que el levantamiento popular de sesenta mil hombres que se alzaron á últimas fechas tuvo por motivo principal la desesperación de los pueblos arruinados y diezmados por la casta burocrática.

A pesar de tan indisculpables olvidos, Madero ha querido comenzar por donde el general Díaz acabó, y se esforzará en conseguirlo, aunque para ello tenga que cubrir de sangre todo el territorio mexicano. Ya comienzan á agruparse en torno suyo todos los cortesanos de Díaz; ya lo asedian, inciensan y turban los coros palaciegos; en las cámaras legisladoras, que el general Díaz prostituyó hasta un grado inconcebible, se ofrece apoyo incondicional á una nueva tiranía; los periodistas que vivieron del despotismo porfiriano claman por una vuelta al mismo régimen, único que proclaman posible en México, á pesar de que los pueblos, uno tras otro, han venido protestando, arma en mano, contra él.

Estamos en riesgo inminente de una nueva dictadura, ¡dictadura peor porque la impondría

la ambición de una dinastía, porque el delirio de poder y riqueza ha invadido á toda una numerosa familia! La lucha sigue, y mientras sea una lucha armada, no puede terminar sino por el triunfo del más fuerte, y el más fuerte, cuando gobierna por la fuerza, es siempre un tirano.

Frente á la anarquía y á la amenaza de dictadura, sólo una fuerza medianamente disciplinada se ha levantado: la del Partido Católico Nacional. La obediencia á los prelados, el poderío eclesiástico reforzado á últimas fechas; la influencia de la clase rica, servidora incondicional de la iglesia católica, se han unido para formar el único elemento de gobierno que pudiera surgir de las ruinas del maderismo ó imponerse en medio de la anarquía. Estamos, pues, en riesgo inminente de una reacción clerical. No se acuse de jacobinismo. No se me crea tocado de clerofobia porque llamo á esto un riesgo inminente. Todo partido político, lo he dicho antes y es una verdad inconcusa, debe tener por aspiración suprema gobernar. Luego la aspiración suprema del Partido Católico Nacional es gobernar á México. Un partido católico no puede tener más programa que gobernar al país conforme á los intereses de la iglesia católica: es decir, el triunfo del partido católico nos daría catolicismo de Estado, supeditación del poder civil al poder de Roma; supresión de la libertad de conciencia y de la enseñanza laica; en una palabra, derrumbaría todas las conquistas liberales sin las cuales la vida so-

cial moderna es imposible. Ya no hay en el mundo civilizado pueblo alguno en que el poder civil se supedite al eclesiástico. Donde existe la religión de estado, es sólo nominal, pues la ley autoriza la libertad de conciencia. Pero todavía, donde la religión de Estado es una religión nacional, puede servir de lazo fortísimo de unión de los pueblos, de bandería de raza, y ser un elemento nacionalista de primer orden: ejemplos: Rusia, donde el fanatismo religioso se confunde casi con el de raza; el panislamismo que ha permitido al imperio otomano después de diez siglos de decaimiento, oponer todavía una resistencia admirable á la fuerza absorbente de las potencias de Europa; el budhismo y el chintoísmo que han modelado el alma oriental y han tenido no pequeña parte en el maravilloso resurgimiento del Japón.

Mas cuando la religión no es nacional, sino que tiene un jefe extranjero, como acontece con la iglesia romana, entonces el país que la adopta como religión de Estado, pone la soberanía nacional á los pies del solio del Pontífice, y la religión debilita en vez de confortar el espíritu de la nacionalidad.

La historia del siglo XIX y los sucesos recentísimos de Europa han probado hasta la evidencia que los partidos clericales ya no pueden cumplir los deberes que la civilización impone. Las sociedades han entrado en un período de sobreactividad mental, en que abren nuevos horizontes cada día, se modifican las nociones y los prin-

cipios; estado de sobreactividad incompatible con lo inmutable de los dogmas y lo inflexible de la fe religiosa. No hay ya países civilizados en que gobiernen partidos clericales. En los Estados Unidos, cuna de la libertad religiosa, hay un católico en cada nueve habitantes, y sólo un gobernador católico entre cuarenta y cinco. Con el poder eclesiástico y civil en manos de la iglesia católica, pronto estaría en vigor el pago forzoso del diezmo (¿qué pueblo resiste un impuesto de diez por ciento de la producción agrícola bruta?) y la riqueza nacional volvería á estancarse. Por todas estas razones, y muchísimas otras que llenarían páginas sin cuento, considero un peligro el resurgimiento del antiguo partido clerical.

No menos grave es el peligro de la intervención americana. Hasta estos momentos, al principiar el año de 1912, el gobierno americano declara que no intervendrá en México, á menos que el pueblo mismo lo pida. Mr. Taft, con el desdén que le inspiramos, ha dicho: "no nos conviene intervenir en México, porque ese pueblo cometería el acto salvaje de asesinar hombres, mujeres y niños americanos en cuanto nuestras tropas cruzaran la frontera, y además, porque si de lo que se trata es de ahorrar vidas é intereses, la intervención en México costaría más en hombres y dinero, que cuanto pueda costar la revolución." Sin embargo, deja entender que si las circunstancias lo exigen, habrá intervención.

Nótase que para nada menciona el derecho

que tiene México, aun siendo débil, de resolver libremente sus conflictos interiores, ni el respeto que conforme á la ley de las naciones, merece la soberanía de los Estados, aun los que no cuentan con poderosas escuadras. Esto no ha preocupado para nada á los estadistas yanquis.

Yo creo que, efectivamente, los Estados Unidos no intervendrán, mientras la intervención sea para ellos un mal negocio. Será un mal negocio mientras haya tropas que opongan resistencia seria y las pasiones no hayan dividido á los mexicanos á tal punto que, como aconteció tristemente en 1862, uno de los bandos abra de par en par las puertas de la patria al invasor, para instalarse con él en la residencia de los poderes federales. En el departamento de Estado, en el de Guerra y en el de Marina, se tienen todas las informaciones necesarias para una invasión. Cartas de nuestras costas indefensas, planos de nuestros caminos, inventarios de nuestros arsenales; detalles topográficos, agrícolas, político-sociales, hasta individuales, hay archivados, de cuanto pueda servir en una guerra con México; guerra costosa en dinero, hombres y, sobre todo, en honor; pero en cuanto se vea que las pérdidas pueden ser indemnizadas ampliamente en dinero, territorio, concesiones ó influencia política, los Estados Unidos encontrarán pretexto para invadirnos, y si no lo encuentran, nos invadirán sin pretexto alguno, como invadieron y violaron la soberanía de Colombia. Cuado la anarquía nos haya debilitado

y todos los intereses extranjeros clamen, y hasta la gente pacífica de México pida sinceramente algo que la libre del saqueo, matanza, violación, incendio, exterminio por federales ó rebeldes, entonces el Tío Samuel extenderá la garra y so pretexto de apaciguarnos, desgarrará y mutilará a la patria mexicana.

Esto, en el último trance. Pero el sueño dorado de la diplomacia yanqui no es ir á la guerra, sino tener en el palacio nacional de México un gobernante subordinado, un déspota que exprima al pueblo en provecho de los intereses americanos; un césar capaz de pasar á cuchillo á toda la población nativa, si recibe para ello orden del embajador americano ó del departamento de Estado de Wáshington. Y para conseguirlo, el yanqui azuzará la rebelión ó la extinguirá, amenazará á México ó flirteará con él, abrirá los bolsillos de sus prestamistas ó exigirá pagos apremiantes, alarmará á los gobiernos europeos con noticias y actos estupendos ó los calmará con rasgos de supuesta generosidad. Quiere otro virrey de México, que lo releve de la responsabilidad de un gobierno y de los riesgos de una guerra, y que tenga encadenado al país, para que el Tío Samuel pueda tranquilamente introducirle en las carnes su trompa de vampiro. Situación desesperadamente triste, horrible, humillante como ninguna otra, que la nación no debe tolerar, porque es más dolorosa y vergonzosa que la misma conquista. Ésta, siquiera trae consigo la respon-

sabilidad ante el mundo y ante la historia, y esa responsabilidad obliga á los países civilizados á gobernar sus colonias de un modo tolerable. Es mil veces preferible ser vencido con gloria que dejarse encadenar sin protesta. El mismo conquistador tiene más respeto por el pueblo que se defiende con dignidad, que por el que cobardemente tiende la mejilla para que le pongan el hierro de los esclavos.

El prólogo de la invasión será la anarquía. Si ésta desorganiza al país y lo debilita, se repetirán los sucesos de 1847. La lucha será desigual, y por más que el patriotismo y el honor nacional alienten á los buenos hijos de México, la enorme fuerza yanqui acabará por aniquilarnos y nos veremos obligados á aceptar después una paz humillante. Y aun cuando los Estados Unidos no intervinieran, de la anarquía no puede resultar sino un caudillaje tiránico como los que mancharon hace medio siglo nuestra historia.

¿Podremos librarnos de los cuatro peligros: la autocracia, la reacción, la anarquía y la conquista? ¿Podrá México, que ha dado pruebas de vitalidad admirable, que ha resurgido después de tantas crisis y ha progresado á pesar de todas las trabas que propios y extraños acumularon en su camino; podrá salir avante de esta nueva convulsión social y política?

Yo creo que sí. Los hombres á quienes el porfirismo elevó, honró y enriqueció lo esperan todo de un nuevo caudillo fuerte con fuerza in-

contrastable, que restablezca la paz cadavérica de hace diez años; claman por un césar que ahogue en sangre todas las ambiciones y doblegue todas las voluntades, para volver ellos á disfrutar la plácida existencia cortesana. Mas no está allí la salvación. Un nuevo cesarismo no sería más que otra tregua más breve y menos eficaz que la de D. Porfirio, porque hay ahora nuevas fuerzas sociales en acción. No será un caudillo quien nos salve. No necesitamos caudillos. Lo que necesitamos urgentemente, es un puñado de hombres verdaderamente honrados, verdaderamente patriotas que marquen á las multitudes el camino; que refrenen el radicalismo destructor y ayuden á la "conservación" de un gobierno y sostengan su legalidad (he dicho la **conservación,** no el apoyo incondicional, servil, criminal que autoriza todas las violaciones á la ley, el saqueo de los fondos públicos y el exterminio de los ciudadanos); que mantenga las instituciones políticas, procurando su modificación conforme á las necesidades del medio, favoreciendo la evolución; que sostenga los principios liberales, los derechos del hombre, la libertad; que haga toda esta defensa por medio de la acción; no solamente de la palabra, resistiendo á los abusos, protestando contra las violaciones del derecho. En todos los pueblos de la tierra, los gobiernos tienden á violar las leyes y se atribuyen mayor poder del que naturalmente les corresponde, y los ciudadanos son los encargados de vigilar efectivamente el

cumplimiento de la ley. Los pueblos que lo esperan todo de la bondad de su gobierno, no tendrán jamás libertades, porque ningún gobernante, sea emperador, sultán, czar ó presidente, otorga jamás voluntariamente libertades á los pueblos. La libertad es siempre una conquista que los pueblos alcanzan y mantienen por el esfuerzo continuado, consciente, perseverante.

Un puñado de hombres así, lo hemos tenido. Ellos salvaron al país de las garras de la reacción en 1860 y lo arrebataron luego á la invasión extranjera; y gracias á ellos la República resurgió más grande que nunca. Pero ni Gómez Farías, ni Ocampo, ni Miguel Lerdo, ni Francisco Zarco, ni Ignacio Ramírez, ni Matías Romero, ni Degollado, ni Leandro Valle, ni ninguno de los demás patricios de esa época medían la grandeza de los hombres por la cuantía de las partidas que representaban en el presupuesto, ni subordinaron el patriotismo y el deber á la ambición de mando y de riqueza.

Esos hombres surgieron todos en días críticos, del seno del liberalismo mexicano.

¿Acaso en esta otra crisis tremenda el liberalismo mexicano no dará otro grupo de hombres honrados que salven á la patria, reivindiquen la soberanía nacional y encaucen y dirijan, dentro de los límites de la ley, la revolución popular, para que de ella resulte un sistema político y social menos tiránico y más compatible con la civilización? ¿Acaso la marea de prosperidad

que nos invadió hasta hace poco ; la prostitución y la mercantilización de todas las actividades humanas y la destrucción de todos los ideales, obra ésta de la dictadura de Díaz, han extinguido para siempre en el alma nacional todo anhelo alto y noble?

Si así fuere, y esta generación no puede dar ya más que ambiciones locas, venalidades, traiciones, mentiras; si en los hombres que gobiernan no hay más impulso que vender en Wall Street, la tienda de Shylock, las riquezas de nuestro suelo, recojer el tributo de los pueblos y distribuirlo entre los parientes y amigos y los acreedores extranjeros; si en las clases medias no hay otro anhelo que cambiar la inteligencia y la honra por el pan burocrático, irremisiblemente el pueblo no pensará sino en el extérmino de las dos castas que lo expolian, lo agotan y lo tiranizan: al abismo el honor, la integridad y la soberanía de la patria.